Sin mundo propio

Poul Anderson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

La espacionave salió, como un relámpago, de la superimpulsión y quedó pendiente de una oscuridad inflamada de estrellas.

Durante un momento reinó el silencio.

Luego, alguien dijo:

-¿Dónde está el sol?

Edward Langley hizo dar media vuelta a su sillón de piloto. Había mucha quietud en la cabina, Sólo el susurro de los ventiladores tenía voz y él podía oír hasta los latidos de su corazón. El sudor le escocia en sus costillas. El aire era cálido...

-No... no lo sé... -respondió por fin. Las palabras sonaron a duras y vacías. En el papel de control había pantallas que le daban una visión espléndida de todo el firmamento.

Vio a Andrómeda. Vio la Cruz del Sur. Vio gran extensión de Orión...

Pero en ninguna parte de aquel cristal negro localizó el foco deslumbrante que se esperaba hallar.

La carencia de peso era como un descenso sin fin.

-Estamos en la región general, de acuerdo -prosiguió al cabo de un minuto-. Las constelaciones; son las mismas, poco más o menos. Pero... -el tono de sus palabras se desvaneció.

Cuatro pares de ojos registraron las pantallas con ansiedad. Por último, Matsumoto habló:

-Por aquí... en Leo... la estrella mas brillante que se puede ver...

Miraron hacia la brillante chispa amarilla.

-Creo que tiene el color adecuado -dijo Blaustein-. Pero está terriblemente lejos. .

Tras otra pausa, gruñó impaciente y se inclino sobre su asiento hacia el espectroscopio. Lo enfocó con cuidado sobre la estrella, introdujo una placa con el espectro solar y pulsó el botón de la unidad comparadora. Ninguna luz roja se encendió.

-Lo mismo, un poco más abajo de las líneas Fraunhofer -declaró-. La misma intensidad de cada longitud, hasta dentro de unos pocos quanta. Si no el Sol, es su hermano gemelo...

-¿Pero a qué distancia? -susurró Matsumoto.

Blaustein puso en acción el analizador fotoeléctrico. Leyó la respuesta en una de las esferas y manejó una regla de cálculo con la pericia propia de su prestigio profesional.

-Sobre un tercio de año de luz -aseguró-. No muy lejos...

-Un infierno demasiado lejos -gruñó Matsumoto-. Deberíamos haber salido dentro de un A.U. (*Astronomic Unit*, Unidad astronómica, medida utilizada por los astrónomos, N.del T.) ante el morro. No me digas que la maldita máquina se ha vuelto a desquiciar otra vez...

-Pues... eso parece... ¿no? -murmuró Langley. Sus manos se movieron por entre los controles-. ¿Trató de saltar más cerca?

-No -dijo Matsumoto-. Si nuestro error posicional es así de desgraciado, un salto mas podría hacernos tomar base dentro del sol.

-Lo que sería casi como aterrizar en el infierno o en Tejas -dijo Langley. Sonrió, a pesar de que en el interior de su garganta había un cierto malestar-. ¡Está bien, chicos!, podríais ir a popa y comenzar a repasar aquel cacharro. Cuanto antes encontréis la avería, más pronto podremos regresar a casa...

Asintieron, se desabrocharon unos a otros los cinturones y utillajes y salieron, flotando, de la sala del piloto. Langley suspiró.

-Ni tú ni yo, Saris, podemos hacer otra cosa que esperar... -dijo.

El holatano no respondió.

Nunca hablaba innecesariamente...

Su enorme cuerpo de piel untuosa estaba inmóvil en el sillón de aceleraciones que ellos le habían preparado, pero sus ojos vigilaban...

A su alrededor, parecía respirarse un olor especial... no desagradable, pero raro... una reminiscencia de alguna hierba exótica expuesta a la influencia solar, o algo así... era impreciso cuando se intentaba concretar, pero bien patente, cuando no se le concedía importancia. Se le advertía en seguida su procedencia extraña... parecía venir de un cielo despejado, de un lugar próximo a un arroyo o de un río de tranquilas aguas.

Al llegar a este punto de sus meditaciones, los pensamientos de Langley parecieron transformarse en algo semejante a un delirio psicopático, porque, mentalmente, dijo:

«Un tercio de año de luz. No es demasiado. Volveré contigo, Peggy, aunque tenga que cubrir toda esa distancia arrastrándome como un reptil».

Así, sin más, aquello parecía no tener ningún sentido.

Colocando la nave en vuelo automático, con el improbable riesgo en contra de chocar con algún meteoro, Langley abandonó su sillón.

-No debería costarles demasiado rato -dijo-. Han adquirido mucha práctica, desmantelando aquella pila de chatarra. Mientras, ¿te apetece una partida de ajedrez?

Saris Hronna y Robert Matsumoto eran los «Diablos» del ajedrez en el «*Explorer*» y era extraño contemplarles: un humano cuyos antepasados emigraron del Japón hacia América, y una criatura nacida en un planeta distante de la Tierra mil años luz, absortos en el juego inventado por un persa fallecido hacía una eternidad... Más que la vacía oquedad que había atravesado, más que los soles y planetas que había visto desfilar ante sí a través de la oscuridad y el vacío, eso le daba a Langley un sentido de la influencia y perseverancia del pasado...

-No, gracias -Los blancos colmillos relucieron de un modo raro, cuando su boca y garganta emitieron aquellas palabras, en un idioma para el que no habían sido creadas-. Preferiría dedicar mi atención a este nuevo y sorprendente desarrollo de los acontecimientos.

Langley se encogió de hombros. Incluso tras tantas semanas de convivencia no se había acostumbrado al carácter del holatano, la misma bestia de presa que tenía nariz para husmear las huellas y rastros del bosque, sentándose mientras las horas pasaban con ojos ensoñadores y una cabeza llena de incomprensible filosofía. Pero ya no le asombraba nada.

-¡Está bien, hijo! -exclamó-. Entonces, pasaré mis anotaciones al diario de a bordo...

Empujándose con un pie en la pared salió disparado por el hueco de la puerta y recorrió el estrecho pasillo. En el extremo de éste se agarró a un resorte, giró en redondo hasta entrar en una pequeña habitación y enroscó sus piernas en torno a una silla ligera atornillada ante un escritorio.

Su diario de a bordo estaba abierto, sujeto por el magnetismo de su contracubierta de delgada plancha de hierro.

Con una languidez que era una lucha contra su propia y furiosa impaciencia, el hombre pasó las hojas del libro.

Langley repasó el registro del año anterior, los saltos errantes de estrella a estrella, maldiciendo y desahogándose en un embrollo de cables y tuberías... Llamas azules sobre hierros, soldándose, medidores, reglas de cálculo, una lenta batalla machacando hacia la victoria... Allí había habido un sistema de cambio de opiniones tras otro, a cual mejor, y, finalmente, el salto desde Holat hacia la Tierra, en viaje de regreso. Fueron los filósofos de Holat cuyas mentes no humanas, examinando el problema desde un ángulo extraordinariamente distinto, sugirieron los últimos y vitales procedimientos; y, ahora, el «*Explorer*» regresaba a casa para entregar a la humanidad un Universo...

¡Era un gran acontecimiento!

Los pensamientos de Langley volvieron a vagar por los mundos que había visto, maravilla y belleza, espanto y muerte, siempre un pulso acelerado ante la posible consecución de la victoria... Luego saltó a la última página, desprendió una pluma de su soporte y escribió:

«19 de julio del año 2048 a las 16:30 horas. Emergemos a un 0,3 años de luz del Sol, aproximadamente según cálculos, error que se presume sea debido a alguna imprevista complicación en las máquinas. Se están efectuando intentos para corregirla. Posición...»

Masculló un juramento por su poca memoria y volvió al cuarto de pilotaje para tomar la lectura de las estrellas.

La larga forma delgada de Blaustein acuchilló el aire mientras acababa su tarea; el flaco y anguloso rostro estaba manchado de aceite y el cabello parecía más alborotado que nunca.

-No puedo encontrar nada -informó-. Lo comprobamos todo desde los puentes de Whatstone hasta los computadores de problemas, abrimos la célula giromática... nada parece estar mal. ¿Quieres que desmontemos pieza por pieza este enorme cacharro...?

Langley pareció meditar sobre aquello.

-No -dijo por último-. Probémoslo primero, una vez más.

El sólido y compacto Matsumoto entró; sonrió en su torno masticando su clásico chicle y soltó algunas herejías que a él le parecían sumamente edificantes.

-Podría ser que el cacharro tuviera sólo retortijones de tripas -dijo-. Cuanto más complicada es la órbita mejor se desenvuelve... Hasta parece tener criterio propio.

-Sí -dijo Langley-. Un mecanismo brillante, dedicado por entero a tomar el pelo a sus constructores.

Ya tenía sus coordinaciones. La tabla astronómica le indicó la posición de la Tierra y ajustó los mandos de la superimpulsión para que les sacara allí mismo, aunque con el lógico remanente de posibles errores.

-Ataros y poneros los sombreros, hermanos -recomendó.

No hubo ninguna sensación mientras, maniobraba el conmutador principal. ¿Cómo podía haberla, sin tiempo que involucrar? Pero, de repente, la chispita del Sol fue un disco púrpura sucio mientras la pantalla se polarizaba para resistir su fulgor.

-¡Hurra! -exclamó Matsumoto-. ¡Honolulu, allá voy!

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Langley.

-¡No...! -dijo.

-¿Eh?

-¡Mira el disco solar...! No es lo bastante grande. Deberíamos estar a una A.U. de él; en la actualidad estamos aproximadamente a uno y un tercio.

-¡Bueno, maldita sea! -exclamó Matsumoto.

Los labios de Blaustein se contrajeron nerviosos.

-Teníamos... creíamos tener el control hasta un punto en el que el error de llegada fuese menor del uno por ciento. Lo comprobamos dentro del sistema del sol de Holat. ¿Por qué no puede funcionar bien, dentro de nuestro sistema solar?

-Me preguntaba -el rostro de Matsumoto parecía pensativo-. ¿Nos estaremos acercando de manera asíntota?

La perspectiva de pasarse una eternidad viajando sin cesar, aproximándose siempre progresivamente a la Tierra y no llegando nunca a alcanzarla era escalofriante. Langley la desechó y volvió a tomar los instrumentos intentando centrarse a sí mismo.

Se hallaban en el plano eclíptico y una barrida con el telescopio a lo largo del Zodíaco, sirvió para identificar inmediatamente a Júpiter. Luego, las tablas indicaron la proximidad de Marte, y, asimismo, a Venus, en dirección opuesta...

Un instante después, Langley dejó sus bártulos en el estante propio y distendió su mirada en torno de sí, con expresión enérgica aunque enigmática.

-Las posiciones planetarias no están bien -dijo-. Creo haber localizado a Marte... pero... lo veo verde... es... es increíble, pero es así...

-¿Estás borracho? -preguntó Blaustein.

-No tengo tanta suerte -repuso Langley-. ¡Mírale tú mismo en el espectroscopio! Eso es un disco planetario y, desde nuestra distancia del sol y su dirección, sólo puede intercalarse la órbita de Marte... Pero este Marte no es rojo... sino verde...

Permanecieron sentados, completamente inmóviles.

-¿Opinas algo, Saris? -preguntó Blaustein discretamente.

-Prefiero no decir nada. -Aquella profunda voz sonó a algo calculadamente inexpresivo... pero aquellos ojos... ¡tenían un brillo que revelaban una inteligencia que estaba en acción!

-¡Al infierno con todo! -de manera descuidada, Langley dirigió la nave cuarteando a través de la órbita. El disco solar saltó en las pantallas.

-¡Tierra! -susurró Blaustein emocionado-. ¡La reconocería en cualquier parte!

El planeta pendía azul y brillando contra la noche, su luna, como una gota de oro fresco. Las lágrimas asomaron a los ojos de Langley.

Volvióse a inclinar sobre sus instrumentos, tomando posiciones. Se encontraban aún casi a medio A.U. de su meta. Era tentador olvidarse de las condenadas máquinas y volver a casa empleando los cohetes... pero eso exigirla mucho tiempo y Peggy estaba esperando... Ajustó los controles para emerger a 500 millas de distancia.

-¡Salto!

-Estamos mucho más cerca -dijo Matsumoto-, pero no lo hemos conseguido todavía.

Por un momento un iracundo sentimiento hacia la máquina se apoderó de Langley. Lo reprimió sin embargo, y tomó sus instrumentos...

Esta vez la distancia era de casi 45.000 millas. Otro cálculo. Este calculando el movimiento de traslación del planeta. Mientras, el reloj llegaba al instante que él había elegido: manipuló el conmutador.

-¡Lo logramos! -exclamó.

Allí estaba; un escudo gigante, casi totalmente velado por nubes, blasonado por las manchas de sus continentes... una única estrella radiante en la que los curvados océanos enfocaban la luz del sol. Los dedos de Langley parecían trémulos, mientras tomaba los datos facilitados por el radar: El probable error aquella vez no tenía importancia.

Los cohetes vomitaron fuego, empujándoles hacia atrás en sus asientos, mientras conducían el navío hacia adelante.

«Peggy... Peggy... Peggy...», era como una canción dentro de él.

¿Era chico o chica? Revivió como si hubiera ocurrido una hora antes, cómo habían intentado encontrarle un nombre; no querían verse pillados de improviso cuando el hombre trajese el impreso del registro de nacimientos... «¡Oh, Peggy!».

Entraron en la atmósfera, demasiado impacientes para preocuparse de ahorrar combustible describiendo una elipse de frenado, bajando hacia atrás sobre un chorro de llamas. La nave rugió y atronó en su torno.

Al poco, comenzaron a deslizarse en una larga espiral que les llevaría a describir media circunferencia en torno al globo terráqueo, antes de aterrizar. Había un austero rugir del aire exterior...

Langley estaba demasiado ocupado pilotando para contemplar el paisaje, pero Blaustein, Matsumoto e incluso Saris Hronna clavaron sus pupilas en las pantallas. Fue el holatano el primero en hablar.

-¿Es eso la ciudad de la que vosotros hablasteis tanto y que decís se llama Nueva York?

-No... ahora estamos sobre el Oriente Medio, creo -Blaustein miró hacia el firmamento nocturno, poblado de centelleantes lucecitas-. ¿De todas maneras, qué es esto...? -dijo, señalando un punto determinado.

-Hummm... que me aspen... nunca vi ninguna ciudad en esta zona, lo bastante grande para que se pudiese divisar sin telescopio -dijo Matsumoto-. ¿Ankara? Tal vez... La noche allí debe ser extraordinariamente clara...

Pasaron los minutos.

-Esos son los Alpes -apuntó Blaustein-. ¿Veis cómo la luna los ilumina? Sólo... -de pronto gritó-: ¡Bob! ¡sé condenadamente bien que allí no hay ninguna ciudad de este tamaño!

-¡Dios! Debe ser casi tan grande como Chicago. -Matsumoto hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono profundo y extraño-, Jim, ¿has mirado bien a la Tierra mientras nos acercábamos?

-Pues... yo creo... ¡vamos...! sí... ¿por qué?

-¡Pss! ¡se me acaba de ocurrir! No he visto ningún casquete polar...

-¿Eh? ¡Oh...! ¡oh...!

-Recuerda, ¿quieres? Estábamos demasiado excitados para fijarnos en detallitos, pero identifiqué perfectamente a Norteamérica. Tan claramente como te veo a tí, y... debería de haber visto el casquete Polar Ártico... Lo he visto desde el espacio un millón de veces... sólo que... ahora... había allí unas cuantas manchas oscuras: islas, tal vez, pero nada de nieve. Nada en absoluto.

Silencio.

Luego Blaustein dijo con voz áspera:

-¡Probad la radio!

Cruzaban Europa y ponían proa hacia el Atlántico, aun disminuyendo la velocidad, la cabina parecía un horno. De vez en cuando, sobre las vastas aguas, surgían cual joyas de luz, creadas por un artífice misterioso, ciudades flotantes, donde nunca las había habido.

Matsumoto manipuló concienzudamente los mandos del receptor. Unas palabras llegaron hasta él... Una jerigonza sin ningún sentido... ¡Qué raro!

-¿Qué diablos...? -murmuró-. ¿Qué clase de idioma es éste;..?

-No es europeo, te lo aseguro -dijo Blaustein-. Ni siquiera ruso. Lo conozco lo suficiente como para identificarlo... ¿Oriental? No creo...

-Ni chino... ni japonés... Probaré en otra banda...

La nave se decantó sobre Norteamérica hacia, el amanecer. Vieron como pasaba la Costa. De vez en cuando, Langley manipulaba giróscopos y cohetes para controlar el descenso. En su alma sentía una fría desolación. Y en su paladar un sabor acre y desagradable.

El idioma desconocido brotaba de todas las frecuencias. Abajo la tierra era verde, pasaban raudos enormes trechos de campos y bosques. ¿Dónde estaban las ciudades y los pueblos y las granjas, dónde estaban los caminos, dónde estaba el mundo?

Sin puntos de referencia identificables, Langley trató de localizar el espaciopuerto de Nuevo Méjico, que era su base. Estaba lo bastante alto como para facilitar su objetividad, aun a través de las nubes errantes. Vio el Mississipi y luego, lejos, creyó reconocer el Platte, y se orientó maquinalmente.

Una ciudad se deslizó abajo. Estaba demasiado lejos para reparar en detalles, pero no se parecía a ninguna ciudad de las que él conocía. El árido desierto de Nuevo Méjico se había vuelto verde, surcado con canales de riego...

-¿Qué ha pasado? -dijo Blaustein como un hombre a quien le han golpeado el estómago-. ¿Qué ha pasado? ¡En nombre de Dios! ¿qué ha pasado?

Algo apareció en su campo de visión; algo de estructura larga, acigarrada, parecía compaginar su velocidad y órbita, con la velocidad del «*Explorer*» con increíble eficiencia... En aquel objeto no se veían signos de motores a reacción, ni cohetes, ni hélices, ni... nada. El objeto se aproximó más... tenía el tripe de volumen del «*Explorer*» y Langley pudo ver en él una serie de planas torretas como de artillería.

Pensó vagamente en invasiones del espacio, monstruos de las estrellas arrollando y transformando la Tierra en breve espacio de tiempo, en el horror de las víctimas de aquella transformación... una tenue explosión y un reflejo blanco-azulado que le lastimó los ojos, interrumpió sus evocaciones temerarias y notó la vibración de una onda expansiva...

-¡Son salvas de aviso! -reveló con voz helada- ¡será mejor que aterricemos!

Allí abajo había un desparramado complejo de edificaciones y espacios abiertos; parecía ser cemento. Negros moscones volaban en su torno y se veían altas paredes rodeándolo todo. Langley alzó el morro del «*Explorer*» y lo hizo bajar de popa hasta la superficie.

Cuando cortó los cohetes, se produjo un silencio vibrante. Luego se desató del sillón y se puso en pie.

Era un hombre alto y allí plantado daba una impresión grisácea; uniforme gris, ojos grises, cabello negro prematuramente listeado en gris, un rostro largo de aquilina nariz,

moreno por la luz de extraños soles. Y cuando habló, el tono de su voz parecía emanar cadencias grises también.

-Vamos. Tendremos que salir, para ver qué quieren... -decía, escuchándose a si mismo como si fuese otro el que hablaba.

II

Lord Brannoch Dhu Crombar, Almirante Terciado de la Flota. Alto Noble de Thor, embajador de la liga de Alfa-Centauro en el Tecnicado Solar, no parecía un dignatario de ninguna potencia civilizada.

Era un gigante: dos metros de estatura, tan ancho de hombros que parecía casi cuadrado. La melena amarilla de un capitán thoriano le caía pasado las orejas en donde anillos enjoyados relucían sobre el imponente cuello; los ojos eran azules y felices bajo un bosque de cejas y el rostro era torpe y pesado y bronceado, surcado con viejas cicatrices. Su pijama era de corte centauriano, completo con pantalones y en extremo coloreado; un cinturón de diamantes, en forma de collar le rodeaba la garganta. También se le conocía como a un deportista, cazador, duelista, poderoso don Juan y un fanfarrón matesiete con insuperable conocimiento de los lugares más tenebrosos de media docena de planetas. El apartamento que su enorme cuerpo parecía llenar por completo, estaba atestado de color, y de trofeos, aunque apenas se descubría un libro en las estanterías.

Todos aquellos tapujos encajaban perfectamente bien con su carácter, pero ellos también mantenían una especie de tapadillo para uno de los cerebros más agudos del universo conocido. Podría haberse observado que la bebida en su mano, mientras descansaba en la terraza, no era el aguardiente rascatripas de su planeta natal, sino uno de los mejores vinos venusianos, que ingería deleitándose en cada uno de los sorbos como un verdadero entendido en aquella clase de licor especial. Pero no había nadie para advertirlo, excepto cuatro monstruos en un tanque y a ellos no les importaba.

El sol de la mañana caía sobre él, haciendo relucir las espiras airosas y los puentes flexibles de Lora contra un cielo sereno. El era, como correspondía a su rango, habitante de los niveles sociales superiores de la ciudad. Su voz le llegaba en un susurro, era la remota canción de las máquinas que constituían el corazón el cerebro y el nervio y el músculo. En un solo punto de su alcance visual, estaba el punto final de la armonía metálica y plástica, en donde la ciudad se cortaba como un acantilado a mil doscientos metros de altura con respecto a los parques que la rodeaban. Las pocas figuras humanas que se velan en las rampas y en los puentes eran como hormigas, casi invisibles desde aquella distancia. Un robot de servicio pasaba rodando junto a ellas, ligado a algún trabajo demasiado complejo para un esclavo meramente humano.

Brannoch se sentía relajado y feliz. Las cosas iban bien. Sus fuentes de información estaban operando tranquilamente y con eficiencia. Ya sabía mucho acerca del sol que le sería valioso cuando comenzase la guerra. Había capturado un dragón en la reserva africana del ministro Tanarae; ganó considerablemente la última vez que visitó el casino lunar; se había comprado una chica muy a la medida de su gusto hacía pocos días; la última nave correo de Centauro informaba que sus estados de Feyja iban a verse regalados con una cosecha increíble... claro, las noticias tenían más de cuatro años de antigüedad, pero fueron bienvenidas. En la vida podría haber cosas peores...

El zumbido discreto de un rebozono interrumpió sus reflexiones. Demasiado perezoso para levantarse, condujo el sillón hacia el aparato. Alguien que sabía su numero, especial y altamente particular lo llamaba, pero podían ser muchas personas. Accionó el conmutador y

una voz familiar y un rostro se le opusieron. El que llamaba se inclinó ritualmente, tapándose los ojos y dijo con humildad.

-Milord, se solicita audiencia de vos.

-¿Ahora? -preguntó Brannoch.

-De inmediato, milord, o cuando más convenga...

Había un tartamudeo que podía tomarse por el nerviosismo lógico de un inferior ante tan augusta presencia, por si acaso era una intromisión en aquella línea particular cosa que Brannoch sabía muy bien que sí lo era. En la actualidad, la costumbre de repetir consonantes era también un santo y seña para identificación. Aquel era Varis Tu Hayem, un mezquino ministro y capitán del cuerpo de Inteligencia Militecnico Solar, vestido con ropas civiles y portando una mascara vital. No se presentaría en persona a menos que fuese algo importante. Brannoch le hizo pasar por la rutina de dar su presunto nombre y su asunto, y le dijo que subiese; luego cortó el circuito. Sólo entonces se permitió fruncir el ceño.

Levantándose realizó una cuidadosa revisión de las armas robot y del fusil secreto bajo su propia túnica. Podía ser un intento de asesinato, si los contraespías de Chanthavar habían aprendido lo bastante. O podía...

Pensó en el mundo que rodeaba a Tu Hayem y una sonrisa triste semicompasiva apareció en su boca. Era fácil, terriblemente fácil destruir a un hombre.

Uno conocía a aquel orgulloso y ambicioso aristócrata, cuya única falta real era la juventud y la inexperiencia en un par de recepciones, se la arrancaba, oh, sencillo, sencillo, con el brillo del propio nacimiento y el respaldo del rango. Los agentes en su cuerpo de guardia conseguían el registro psicológico para uno y uno decidirla que era material prometedor. Así que le cultivaba, no mucho, pero incluso una pequeña atención del agente de una potencia extranjera era abrumadora si uno era un Alto Noble, un almirante y un embajador. Se le colocaban un par o dos de cables. Se le presentaba a personas de alto vuelo, alegres nobles de cada estado conocido, a sus magníficas mujeres, se le introducía en la conversación cultivada y en los espléndidos hogares y se le enseñaba a degustar vinos raros. Uno le daba la idea de que estaba escuchando a la puerta para planear que es lo que sacudiría las estrellas...

Naturalmente él hacía algunos favores para uno, sin nada que violase su juramento, sólo empujando las cositas un poco por aquí y un poco por allá.

Uno le llevaba a casas de placer que funcionaban con verdadera imaginación. Uno le hacía jugar y al principio le ganaba increíbles sumas. Luego uno le obligaba al asesinato.

En pocos días su fortuna había desaparecido, el ambicioso estaba hundido en un año de luz de deudas, sus superiores comenzaban a recelar de él por causa de la asociación con uno, sus acreedores (que eran criaturas de uno, aún que él no lo sabía) embargaban y atacaban la propiedad y esposa... si uno la tenía y durante tres años, ahora, él se había convertido en tu espía dentro de su propio cuerpo, porque sólo tú y tu organización te mantenías arriba y porque incluso una pequeña ilegalidad preparada y creada por ti te hacia posible chantajearle. Algún día, si quedaba algo realmente valioso, incluso podías comprarles su esposa (con quien él estaba tan loco como para creerse enamorado) y devolvérsela... prestarla, por lo menos, aunque con ciertas condiciones.

Muy fácil. Brannoch no tenía placer ni dolor en hacer una herramienta de lo que había sido un hombre. Era parte de su tarea; y si tenía algún sentimiento acerca de sus hombres rotos, era de desdén, al pensar que habían sido tan fácilmente asequibles.

La puerta exterior de la habitación inspeccionó las huellas digitales de Hayem y puso en marcha el mecanismo que le iba a dejar pasar. Entró y se inclinó según las fórmulas adecuadas. Brannoch le invitó a sentarse.

-¿Y bien? -dijo.

-Muy radiante señor, tengo información que puede seros de interés. Pensé que era mejor traérosla personalmente.

Brannoch esperaba. El falso rostro ante él se retorcía con una ansiedad que parecía patética.

-Milord, yo estoy como vos sabéis destinado al Campo Mesko. Anteayer, una nave extraña entro en la atmósfera de la Tierra y fue obligada a aterrizar allí. -Tu Hayem se buscó en su túnica y sacó un carrete que colocó en un magnetofón especial. Sus manos temblaban-. He aquí una imagen, de ella...

Su magnetofón proyectó una imagen tridimensional por encima de la mesa. Brannoch emitió un ruido.

-¡Rayos y truenos! ¿Qué clase de navío es ese?

-Increíblemente arcaico Milord. Mirad, incluso utiliza cohetes... una pila de uranio fisionable para la alergia, la masa expelida en forma de reacción e ionizada.

Brannoch aumentó la imagen y la examinó.

-Hum, sí. ¿De dónde viene?

-No lo se, milord. Hicimos la pregunta al propio Technon, sección de registros, y nos dijo que el diseño es de los primeros días del viaje espacial, mucho antes que el control gravitacional fuese descubierto. Posiblemente de una de las más viejas colonias perdidas.

-¡Hum! Entonces la tripulación debía haber sido de proscritos. No comprendo que haya exploradores que partan sabiendo que no volverán hasta dentro de miles de años. ¿Qué hay de la tripulación? -Brannoch giró el mando y la siguiente imagen fue de tres seres humanos con un extraño uniforme gris, recién afeitados el cabello corto al estilo de los ministros solares-. ¿Es eso todo?

-No, milord. Si eso fuese todo, no habría considerado tan importante el negocio. Pero había un ser no humano con ellos, de raza desconocida pava cualquiera incluyendo la sección de registro. Tenemos una imagen, tomada con apresuramiento.

El ser extraño aparecía corriendo. Era una gran bestia: dos metros y medio de largo incluyendo la gruesa cola, bípedo, con una andadura inclinada hacia adelante, todos los brazos musculares terminando en manos de cuatro dedos. Podía verse que era macho y presumiblemente mamífero; por lo menos estaba cubierto con una piel lisa color caoba. La cabeza era especial: redonda, con una nariz torpe, las orejas altas, patillas y bigote en torno a la boca y por encima de los ojos grandes y amarillos.

-Milord -dijo Tu Hayem en casi un susurro-, nada más salir fueron arrestados durante la investigación. De repente el ser extraño trató de escapar. Es más fuerte que un ser humano, derribó tres hombres que se le interpusieron en el camino, se movió más de prisa de lo que uno pueda pensar. Los fusiles anestésicos abrieron fuego sobre él... pero, mejor dicho, debieron abrir fuego, pero no lo hicieron. ¡No pudieron disparar! Le lancé un disparo con mi detonador manual y el circuito estaba estropeado... nada ocurrió. Otros varios padecieron de lo mismo. Se disparó contra él una cápsula pequeña robot... y estalló. Un explorador aéreo pilotado trató de pasar cerca, pero sus armas no funcionaban; los circuitos de control estaban apagados, estropeados y al quererlos hacer funcionar estallaron también. Las puertas más próximas estaban cerradas pero se abrieron para dejarle paso cuando el ser extraño se acercó. Un hombre de las proximidades le enfocó un trazador neurálgico sobre él mientras se metía en los bosques, pero no funcionó hasta que el fugitivo estaba fuera de alcance. Desde entonces, hemos tratado de hallar su rastro. Hay patrullas por todo el distrito, pero no se encuentra señal de él. ¡Milord, eso no parece posible!

El rostro de Brannoch parecía haber sido esculpido en madera oscura.

-Así -murmuró. Sus ojos descansaron en la imagen en movimiento del ser extraño- También completamente desnudo. Sin armas, ni artefactos. ¿Se ha calculado el alcance de sus... potencias?

-Poco más o menos 500 metros, milord. Esa fue aproximadamente la distancia dentro de la que nuestros aparatos fallaron. Avanzó demasiado de prisa en busca de la libertad para que las armas de largo alcance pudieran apuntarse en su dirección en espacio de breves segundos.

-¿Qué hay de los seres humanos?

-Parecieron tan sorprendidos como nosotros, milord. No llevaban armas y no hicieron el menor gesto de resistencia. Su idioma es desconocido. De momento están bajo estudio psiquiátrico, que imagino incluirá un curso de idioma Solar y no tengo acceso a ellos. Pero la sección de registros les dice, según los documentos de a bordo, que el lengua es... -Tu Hayem registró en su memoria-. «Americano antiguo...» Los documentos están siendo traducidos, pero no se me ha dicho lo que se ha descubierto.

«Americano antiguo!», pensó Brannoch. «¿Cuan vieja será esa nave, de todas maneras?»

-¿Qué otro material tienes? -dijo en alta voz.

-Copias de todos los documentos, fotografías y cuanto se encontró a bordo, milord. No... no fue fácil conseguirlo.

Brannoch gruñó indiferente.

-¿Es eso todo?

Hayem se quedó boquiabierto.

-¿Todo, milord? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Mucho -dijo tajante Brannoch-. Entre otras cosas, quiero un informe completo de lo que se ha hallado en los interrogatorios, preferiblemente una trascripción directa. También la distribución exacta hecha de este caso, boletines diarios del progreso en la casa del ser extraño... sí, mucho.

-Milord, no tengo autoridad para...

Brannoch le dio un nombre y una dirección.

-Ve a este amigo y explícale el problema... en seguida. El te dirá cómo ponerte en contacto en el campo de aterrizaje y cómo aplicar las presiones adecuadas.

-Milord. -Tu Hayem se frotó las manos nervioso-. Pienso que quizás, milord... vos sabéis... mi esposa...

-Pagaré un buen precio por este material, reduciéndolo de tus deudas -dijo Brannoch-. Si resulta ser de algún valor, pensaré en alguna prima. Puedes irte.

En silencio Tu Hayem se inclinó y retrocedió.

Brannoch se sentó inmóvil durante un rato después de que el visitante se hubo ido y luego repasó las series de fotos inmóviles. Eran buenas, claras, página tras página de lo escrito en un lenguaje cuyo mismo alfabeto le era desconocido. *He de hacer traducir esto,* pensó, y entonces se acordó del nombre de un escolar que lo haría y mantendría al mismo tiempo la boca cerrada.

Permaneció sin hacer nada un poco más, luego se levantó y se dirigió a la pared del Norte de la habitación. Parecía ser un dibujo movible, muy convencional; pero tras él había un

tanque de hidrógeno, metano, y amoníaco a una presión de mil atmósferas y a menos de ciento un grados de temperatura y había también un aparato visual y sonoro.

-¡Hola, vosotros thrymkanos! -dijo vivaz-. ¿Estábals vigilando?

-Lo estaba -dijo la voz mecánica. Brannoch no sabía si había sido Thrymka 1, 2, 3 ó 4, quien habló, pero tampoco importaba-. Ahora estamos todos eslabonados.

-¿Qué pensáis?

-En apariencia, es eso lo extraño, tiene poderes teleketicos -dijeron los monstruos sin emocionarse-. Creemos que deben ser simples emanaciones superelectrónicas, porque se advierte que todo lo que controlaba o desarmaba envolvía tubos electrónicos. Sólo una pequeña cantidad de energía telekenética sería necesaria para dirigir las corrientes en el vacío como él deseó y así apoderarse del el núcleo del mecanismo. Con muchas probabilidades. Eso significa que es telepático hasta el grado máximo; sensitivo a los usos eléctricos y neurales y capaz de inducir tales corrientes en el sistema nervioso de los demás. Sin embargo, apenas pudo leer en las mentes de sus guardias. Así, su acción fue, con toda probabilidad, la precisa para permanecer libre hasta que pudiese evaluar su situación. Pero lo que entonces hará es imprevisible, hasta que conozcamos más su psicología.

-Sí. Eso es lo que, pensé también -dijo Brannoch-. ¿Qué hay de la nave...?, ¿alguna deducción?

-No... La comprobación tendrá que llevarse a efecto después de que esos documentos sean traducidos, pero parece probable que la nave no viene de ninguna colonización ignorada, sino de la propia Tierra... del repasado remoto. En el curso de sus vagabundeos, debía tocar, por casualidad, el planeta de este ser extraño, y se lo llevó consigo, cautivo... o por su propia voluntad. La distancia de dicho planeta, depende de la edad de la nave, pero puesto que, por su estructura, parece remontarse a unos 5.000 años, el planeta no puede estar a mas de 2.500 años luz de distancia... -aseguró. categóricamente.

-Bastante lejos -comentó Brannoch-. El Universo conocido sólo llega hasta un par de cientos de años luz... ¿no es así?

Dio una vuelta por la habitación, sin esperar respuesta a su pregunta con las manos crispadas a su espalda.

-Dudo que los seres humanos importen... -dijo-. En especial si proceden en verdad de la Tierra; entonces constituyen sólo un dato de interés histórico... Pero... este ser extraño... Este control electrónico... estos efectos... todo esto constituye una forma desconocida... un fenómeno nuevo... ¡Vaya instrumento! -sus ojos llamearon-. ¡Desbaratar los cañones del adversario e, incluso, volverlos contra sus manipuladores... e incapacitar al propio Technon...!

-El mismo pensamiento ha debido, sin duda, ocurrírsele a las autoridades Solares -comento el Thrymkano.

-¡Aja! Por eso es por lo que apremian con tanto ahínco la captura. Si ellos no le capturan, esos amigos suyos humanos puede que sepan cómo hacerlo. Y aún suponiendo que ellos lo capturasen, quizá pueda sentirse influenciado por las impresiones de sus compañeros de tripulación. Lo que transforma a esos mequetrefes en seres de más importancia de lo que habíamos pensado. -Brannoch hurgó en el suelo con la punta del pie, mientras meditaba sobre aquella posibilidad.

De pronto, se sintió muy solo. Tenía junto a él a sus ayudantes, su Cuerpo de Guardia, sus agentes, su red de espías... pero... eran muy pocos comparados con los billones de hostiles de Sol... Se necesitarían casi cuatro años y medio para enviar un mensaje a la patria; tardaría otro tanto en llegar a la flota.

Una imagen aguda se alzó ante él, evocándole su casa; las escarpadas y ventosas montañas de Thor, los cielos borrascosos, el calor, el bosque y las anchas y rubias llanuras, los mares grises, creciendo bajo la marea producida por las tres lunas. Recordó el palacio de sus antecesores, piedra y madera extendiéndose regiamente hasta ahumadas vigas y antiguas banderas y blasones, sus caballos y sus perros y la larga y prolongada emoción de la caza. El amor, y añoranza hacia su planeta le producía un dolor dentro de su pecho, tan profundo como si de la amputación de algún miembro o de alguna víscera vital se tratase.

Pero su misión era gobernar y el camino de los reyes es árido. También -y aquí sonrió-, sería divertido saquear la Tierra, llegado el momento... ¡Aquello le resarciría de sus renunciaciones y sacrificios...! ¡Estaba seguro...! Casi iba a emitir una carcajada, cuando se contuvo...

Su misión de repente se había estrechado.

¡Tenía que conseguir a aquel ser extraño, para Centauro! Así, los científicos de su patria podrían estudiar aquel poder y aplicarlo a una misión militar... Si fracasaba, tenía que evitar que Sol intentase lo mismo... y, sobre todo, que triunfara... matando a la rara criatura, si era preciso...

Desistió de unirse a la caza, con sus propios agentes: sería demasiado arriesgado, y también habría muy poca posibilidad de triunfo... ¡No!, sería mejor trabajar por mediación de aquellos prisioneros humanos... ¡Sí!, ¡eso sería más sensato...!

Pero... ¿qué forma de presión podría ejercer sobre aquellos hombres, cuya generación estaba enterrada desde hacia 5.000 años?

Volviendo al magnetofón estéreo de imágenes, volvió a instalar el carrete. Algunos de los marcos mostraban fotografías y otros objetos, que podían ser de utilidad... Dentro del navío, desde luego. Sin embargo, le llamó la atención la fotografía de una mujer, que le pareció tan excelente como para ser conseguida...

Se le ocurrió una idea: Volvió a la galería, cogió un vaso de vino y brindó por la mañana, con una breve sonrisa... Si. ¡Sería un día estupendo!

III

Langley se incorporó, sentándose y con un respingo, miró en torno suyo. Estaba solo. Durante un momento, permaneció muy quieto, pensando y evocando en lo que había ocurrido... Todo era demasiado abrumador y trepidante, para ser considerado bajo un solo aspecto, o sacando una sola conclusión.

La Tierra, alterada hasta hacerse casi irreconocible: sin casquetes polares, los mares surcando millas y millas de tierra en cada playa, ciudades transformadas, lenguajes desconocidos, hombres extraños... Había una sola respuesta, pero la evitó temiendo acertar y casi dominado por el pánico...

Bastaba también lo del aterrizaje y la asombrosa fuga de Saris Hronna... ¿Por qué?, luego cuando él y sus compañeros fueron separados había hombres de azul que le hablaban en una habitación llena de máquinas enigmáticas que chirriaban y daban chasquidos y se iluminaban y apagaban alternativamente. Una de esas fue puesta en funcionamiento con un interruptor y siguió en plena oscuridad. Más allá de aquello, había sólo una confusión como de sueños, de voces a medio recordar. Y ahora estaba despierto y desnudo y solo.

Lentamente miró a la celda. Era pequeña, desnuda, excepto la cama y el lavabo, que parecía salir del suelo verde, suave, como de caucho... Había también la reja de un pequeño ventilador en la pared, pero no se veía ninguna puerta.

Se descubrió temblando y procuró controlar sus nervios. Quería llorar, pero dentro de él había un seco vacío.

Peggy, pensó. *Por lo menos, podían haberme dejado tu retrato... Es todo lo que tendría ahora... pero ni esto... sólo tu recuerdo...*

Una rendija apareció en la pared más lejana, dilatándose hasta que se convirtió en el umbral de una puerta y tres hombres entraron. El sobresalto que hizo que Langley se pusiese rígido, sirvió para calibrar lo tensos que estaban sus nervios.

Se arrellanó otra vez, tratando de captar en su mente los detalles del aspecto de aquellos desconocidos. De todas maneras, era difícil. Eran de otra civilización; vestidos, cuerpos, y sus mismas expresiones. Eran algo nuevo.

Dos eran gigantes, casi dos metros de alto o más, sus cuerpos musculosos arropados en un ajustado uniforme negro, sus cabezas afeitadas. Le costó un poco darse cuenta de que ambos rostros, bronceados, eran idénticos. ¿Gemelos?

El tercero era un poco más alto de lo normal, ligero y casi imposible. Vestido con una blanca túnica, una capa azul oscuro, suaves sandalias en sus pies y poca cosa más. Pero el emblema que ostentaba en su pecho, un sol radiante con un ojo, era la misma que llevaban los dos hombretones detrás de él. Tenía también su pigmentación bronceada, lisa, y altos pómulos, ojos lánguidos y rasgados. Pero su cabello liso y negro, estaba peinado sobre su cráneo redondo y su rostro era bello: amplia frente, ojos oscuros y brillantes, nariz algo respingona, fuerte y enérgica mandíbula, boca desarrollada. Y sobre toda una eficiente actividad.

Los tres llevaban armas en el costado dentro de sus fundas.

Langley tuvo un sentido de desamparo y degradación al verse desnudo ante ellos. Trató de adoptar una expresión inexpresiva y un aspecto tranquilo, pero dudó de haberlo logrado. Había un nudo de incontenible pena en su alma que le obligaba a hacer un esfuerzo sobrehumano para contener el sollozo que pugnaba por salir de su garganta y las lágrimas que nublaban sus ojos.

El jefe inclinó la cabeza ligeramente.

-¿Capitán Edward Langley? -dijo, pronunciándolo con un acento pesado. Su voz era baja, resonante, como procedente de un instrumento fantásticamente controlado.

-Si...

-Supongo que eso significa *sya* -el desconocido hablaba la lengua extraña y Langley la comprendía como si fuese la suya propia. Era un lenguaje de tonos altos, cortado, lleno de inflexiones; pero de una gramática simple y lógica.

Entres otras cosas, Langley sintió únicamente una vaga sorpresa ante su propio conocimiento, un cierto alivio de no tener que estudiar.

-Permítame que me presente yo mismo. Soy el ministro Chanthavar Tang vo Lurin, jefe de campo operativo del cuerpo de inteligencia militécnica Solar... y... espero ser su amigo...

-Gracias señor -le respondió Langley un poco crispado.

-Tiene que perdonar la falta de tacto con que podamos habernos comportado -dijo Chanthavar con una sonrisa bastante singular-. Sus camaradas están sanos y salvos y usted pronto se reunirá con ellos. Sin embargo, como hombre espacial, se dará usted cuenta de que no podemos correr riesgos... De hecho es un completo desconocido... Desearíamos conocerle... Esto facilitaría las cosas...

Hizo un gesto a uno de los guardias, que depositó un juego de trajes en la cama. Era parecido al que llevaba Chanthavar, a pesar de que le faltaban el símbolo militar y la estrella de joyas que ostentaba en el pecho.

-Si quiere ponerse esto, capitán... es el traje propio de los nacidos libres y me temo que se sentiría usted bastante conspicuo en el suyo propio...

Langley obedeció.

El material era suave y confortable. Chanthavar explicole cómo cerrar las aberturas, que parecían ser una especie de perfeccionada cremallera. Luego se sentó admirablemente en la cama, haciendo gestos a Langley para que se le uniese. Los guardias permanecieron rígidos junto a la puerta.

-¿Sabe usted qué le pasó? -preguntó.

-Pues... eso creo -dijo Langley con torpeza.

-Siento decírselo -la voz de Chanthavar era gentil-. Hemos traducido su diario de a bordo, así que sabemos que usted no se dio cuenta de cómo actualmente funciona la super impulsión. Es curioso que no lo supiese y que, sin embargo, hayan podido construir un aparato de éstos.

-Hay una teoría bastante adecuada -dijo Langley-. Según ella, la nave saltó a través del hiperespacio.

-No hay tal cosa. Su teoría estaba equivocada, como debió haberse descubierto muy pronto. En la actualidad, una nave se construye bajo un molde ondular, reelaborándola o reproduciéndola nuevamente en el punto de destino. Sólo es cuestión de ajustar las vibraciones de la onda electromagnética, de modo que reconstruyan el original en otro punto del espacio... o tiempo... Eso o algo así me han dicho los especialistas. Yo, no pudiendo comprender las matemáticas... no puedo expresarme correctamente, pero... es algo de eso que le he referido, hay... cualquier observador externo, sabe que el viaje sólo se hace aprovechando la velocidad de la luz. No se ha podido encontrar mejor técnica y dudo que ésta llegue a superarse. La estrella más próxima, Alfa Centauro, esta todavía a cuatro años y medio de distancia.

-Nosotros habríamos sabido eso -dijo Langley con amargura-, a no ser por los jaleos que tuvimos, al calcular la posición espacial. Esto nos llevó mucho tiempo hasta comprobar los defectos de nuestros cohetes de prueba con los que descubrimos que no teníamos modo de observar si un tiempo finito de pasaje había pasado de largo. En mi propio viaje, el retardo temporal se perdió en la incertidumbre de las posiciones exactas estelares. No me extraña que tuviéramos tantas dificultades en acercarnos a la Tierra cuando volvíamos a casa... ¡A casa! -estalló en un sollozo-. Cruzamos un total de cinco mil años de luz. Así que deben haber pasado tantos años terrestres, como años luz que nosotros recorrimos para volver.

Chanthavar asintió silenciosamente.

-¿Qué ocurrió durante todo ese tiempo? -pregunto cansino, Langley.

Chanthavar se encogió de hombros.

-Lo de siempre. Superpoblación, desaparición de los recursos naturales, guerra, hambre, plagas, pestilencias, despoblación, colapso y, luego, otra vez a empezar el ciclo. No creo que encuentre usted a la gente muy diferente hoy.

-¿No podrían enseñarme...?

-¿Cómo? ¿El idioma? No muy bien. Eso ha sido un proceso hipnótico rutinario, completamente automático y que no interesaba los altos centros que rigen el cerebro...

También se le interrogó en ese estado. Pero en cuanto a un aprendizaje más complejo, es mejor hacerlo de manera natural y progresiva.

Había en la sorprendida indiferencia de Langley un cierto aire de cansancio. Se apartó de él tratando de enfocar su mente hacia los detalles... en cualquier detalle, aunque fuese superficial...

-¿Qué clase de mundo es éste de ahora? ¿Qué puedo hacer yo en él?

Chanthavar se inclinó hacia delante, apoyó los dedos en sus rodillas, mirando de reojo al joven, Langley se obligó a sí mismo a prestarle atención.

-¡Veamos...! La emigración interestelar comenzó en sus tiempos... no muy extensa al principio, por causas de las limitaciones de la superimpulsión y de la relativa escasez de planetas habitables. Durante los últimos periodos de dificultades, hubieron exploraciones con éxito, con mucho movimiento emigrante. Pero la mayor parte de «los que se iban» eran desahuciados de la sociedad y seres corrompidos que buscaban poner mucha distancia del Sol para no ser encontrados. En su mayoría, lo consiguieron y se perdieron, tanto, que ni siquiera hallamos rastros de ellos. Presumimos que hay muchas colonias nuestras perdidas, desparramadas a través de la galaxia y que, algunas de ellas, deben de haber evolucionado fructificando en civilizaciones inteligentes. Pero ni en el Universo que conocemos; actualmente, apenas tenemos noticias de ellos ni siquiera, un contacto superfluo, puesto que sólo llegamos en nuestra tarea de investigación a un par de cientos de años luz... ¿Quién puede tener noción de lo que hay más allá...?

«Sí... Veamos, creo que fue la guerra mundial número 28, la que redujo el sistema Solar casi a la barbarie y barrió las colonias más próximas de las estrellas más próximas. La reconstrucción llevó bastante tiempo, pero hace unos 2.000 años, que el sistema solar se unificó, bajo el Tecnicado, y éste Tecnicado ha logrado bastante. La colonización se reanudó, con la idea de mantener a los colonizadores bastante cerca de la patria y, así, por tanto, tenerlos bajo control, mientras que la emigración sería una válvula de seguridad para desembarazarse de aquellos que no ajustaban bien a los nuevos sistemas de gobierno.

»Claro, no dio resultado. Las distancias son todavía demasiado grandes; los diferentes medios ambientales inevitablemente producen distintas civilizaciones, distintos modos de vivir y de pensar... Casi hace mil años, las colonias se independizaron y, después de una guerra, tuvo que reconocérsele su derecho a ser libres. Hay casi una docena de tales estados ahora con los que tenemos buenos contactos... la liga de Alfa Centauro es, con mucho, el más poderoso de ellos.

»Si quiere saber más acerca de las condiciones del espacio exterior, puedo hablar con algún miembro de la sociedad comercial. En el presente, sin embargo, yo en su lugar no me molestaría, hasta que esté más instruido sobre la evolución de la vida en la moderna Tierra.

-Sí, ¿y qué hay de eso? -preguntó Langley- ¿Qué es de todos modos este sistema técnico...?

-El Tecnicado es meramente un computador gigante socialmatemático que se alimenta con todos los datos posibles, sin solución de continuidad, con la intervención de todas las agencias, y que toma las decisiones políticas básicas, una vez examina dichos datos. Una máquina es menos falible, menos egoísta, menos capaz de ser sobornada, que un hombre. -Chanthavar sonrió-. También, ahorra a los hombres el trabajo de pensar por si mismos. No es bueno pensar...

-Tuve la impresión de que se trataba de una aristocracia...

-¡Oh! bueno, si quieres llamarle así. Alguien, tiene que aceptar la responsabilidad de hacer que se ejecuten las políticas del Tecnicado y que se tomen las pequeñas decisiones cotidianas. La casa de los ministros existe para ese propósito. Bajo ellos están los comuneros.

Es hereditario, pero no tan rígido que gentes salidas de los comuneros sean elevados hasta el ministeriado.

-De donde yo vengo -dijo Langley despacio-, aprendimos que dejar la jefatura al azar..., y la herencia, lo es, podría ser, arriesgado.

-Eso no nos preocupa hoy día. Ya le dije que tenemos ingenieros genéticos.

-¿Qué podemos... mis amigos y yo... hacer? -Langley se sintió un poco enojado por la tensión de su voz.

-Su estado civil está un poco fuera de lo corriente, ¿verdad? Me han nombrado a mí su patrón, y usted tendrá una especie de rango ministerial con fondos para los gastos propios de aquí en adelante. A propósito: nada de caridad. El Tecnicado tiene una caza especial para los detalles imprevistos y usted están aquí clasificados como un detalle imprevisto. Eventualmente, trabajaremos para prepararles «algo», pero no se preocupe sobre lo de ser enviado a los comuneros. Si no ocurre nada más, su conocimiento del pasado va a hacer de ustedes los favoritos de los historiadores durante el resto de sus vidas.

Langley asintió. No parecía importarle mucho, de un modo u otro, Peggy estaba muerta... jamás la volvería a ver... Y el niño era polvo... y sus amigos eran polvo... y su nación era polvo...

Inclinó la cabeza y quiso llorar, pero habían demasiados ojos fijos en él.

-Hay una cosa en la que usted podría ayudadme ahora mismo -dijo Chanthavar-. Es el motivo por el que vine aquí, en vez de hacerle venir a mi despacho. Tenemos más intimidad en su habitación.

Langley se mojó los labios, recordando los besos de Peggy, cincuenta siglos antes.

-Se trata de ese ser extraño que les acompañaba... Saris Hronna. ¿No era ese el nombre que le dieron ustedes?

-Poco más o menos. ¿Qué hay de él?

-Se escapó, ya lo sabe. Todavía no lo hemos encontrado. ¿Es peligroso?

-No lo creo a menos que se enoje. Los de su raza tienen un agudo instinto de la caza, pero por otra parte son pacíficos, y nos trataron como grandes amigos. Saris vino para ver la Tierra y como una especie de embajador. Creo que se ha marchado hasta poder hacerse una idea de la situación. Debió de prever la posibilidad de ser encarcelado.

-Puede controlar las corrientes electromagnéticas. ¿Lo sabía usted?

-Claro. Al principio, también nos sorprendió. Su raza no es telepática en el sentido usual, pero son insensibles a las corrientes neurálgicas, en especial a las emociones, y sin embargo, pueden proyectarlas. No sé, en realidad, si son capaces de leer la mente humana o no...

-Tendremos que descubrirlo -dijo Chanthavar-. ¿Tiene usted alguna idea de dónde podría estar... ¿qué podría hacer?

-Tendré... tendré que pensarlo. Pero estoy seguro que no es peligroso. -Langley estaba maravillado. Conocía muy poco acerca de la mente holatana. No era corriente.

-Tenga usted en cuenta que su planeta está a unos mil años de luz del Sol. Y es desconocido para nosotros, claro. No tenemos intención de hacer a ese ser extraño ningún daño, pero es preciso que le localicemos.

Langley levantó la vista. Bajo la móvil y sonriente máscara de su rostro Chanthavar parecía casi febril. Había un brillo de ansiedad en sus ojos.

-¿Por qué tanta prisa? -preguntó el viajero espacial.

-Por varias cosas. Principalmente, la posibilidad de que pueda portar consigo algún germen contra el que los hombres no tengan inmunidad. Hemos tenido complicaciones de esta índole con anterioridad.

-Estuvimos en Holat durante un par de meses... ¡Jamás estuve más sano en mi vida...!

-¡No importa!, tiene que ser analizado. Además. ¿Cómo va a vivir, si no es robando? Tampoco podemos consentir eso. ¿No tiene usted la menor idea de dónde ha podido ir? Langley sacudió la cabeza.

-Lo pensaré con detenimiento -dijo precavido-. Quizá pueda encontrar una respuesta, pero no le prometo nada.

-Bueno -dijo Chanthavar casi de mal humor-, con eso bastará por ahora, ¡Vamos!, ¡comeremos un poco!

Se levantó, Langley le siguió hacia fuera y los dos guardias caminaron detrás. El hombre del espacio prestó poca atención a los pasillos y a los ascensores antigravitatorios por los que pasó. Estaba abrumado por su propia desolación.

IV

Había oscuridad en torno a Saris Hronna.

Un húmedo viento soplaba procedente del canal, transportando con él un millar de aromas extraños. La noche estaba llena de posibilidades tenebrosas.

Yacía entre los sembrados y el barro de la ribera del canal, con el vientre aplastado contra la tierra y escuchando a aquellos que le perseguían...

Todavía no había salido la luna, pero las estrellas eran claras. Un creciente resplandor en el horizonte le indicó que allí había una ciudad. Miro hacia abajo, la línea recta del canal, las ordenadas filas de cereal cuyas espigas el viento agitaba, marchando de horizonte a horizonte, al bulto redondeado de la oscura choza de alguien, a unos cinco kilómetros. Por las aletas de la nariz respiró un aire fresco y saturado de ráfagas de vida de vegetación, de paz... Oyó el lento batir de alas de un pájaro lejano, el zumbido increíblemente débil de una aeronave, a muchos kilómetros por encima de su cabeza. Sus nervios recorrieron nuevos remolinos y las pulsaciones de otros nervios, de otros seres. Así tenía que yacer en la oscuridad de Holat, esperando a que la presa pasara junto a él y dejándose matar en aquella vasta medianoche llena de murmullos. Pero esta vez, la presa era él y no podía acostumbrarse a la vida de la Tierra. Era demasiado extraño: cada olor, cada visión, cada nervio tembloroso de ratón, o de escarabajo, le llegaba dotado de extrañezas. El mismísimo viento soplaba con voz propia...

Por debajo de su espera y de su miedo, había algo de lástima hacia si mismo. Sin saber como atravesó el tiempo lo mismo que el espacio, sin saber cómo el planeta que conocía y toda su familia, esposa e hijos y parientes, quedaban a miles de años atrás. Estaba solo donde ninguno de su raza estuvo jamás solo.

Sus dientes perrunos relucieron blancos al retirar los labios. Había algo por que vivir, incluso ahora. Algo por que matar.

Si pudiese regresar... Era un pensamiento como una pequeña vela en una enorme y tormentosa noche. Holat no había cambiado mucho, ni siquiera en dos mil años, a menos que algún navío humano hubiese recalado en él. Su gente no era estática; había progresos en todo tiempo. Pero era un crecimiento como la evolución, en armonía con las estaciones y los campos y el gran ritmo del tiempo. Podría encontrarse a sí mismo de nuevo. Pero...

Algo se agita en el firmamento. Saris Hronna se apretó más contra el suelo, como si quisiese enterrarse contra el barro. Sus ojos se contrajeron hasta formar dos amarillentas rendijas mientras enfocaba sus percepciones mentales, registrando los cielos en busca de un fantasma.

Sí, corrientes... y no corrientes animales sino el frío girar de los electrones en el vacío y en el gas y la inmortal pulsación que era como una uña arañando sus nervios. Se trataba de una pequeña aeronave, decidió, dando vueltas en una zona pequeña, buscando con detectores. Le estaba rastreando a él.

Quizás debería entregarse voluntariamente. Los humanos del *Explorer* eran honrados; su afecto por Langley había ido creciendo cada día más. Quizás aquel lejano antepasado suyo fuese también razonable, ¡No! Era dejarlo demasiado al azar. Había toda su entera raza.

Ellos no poseían aquella tecnología estrellada de Holat. Allí había herramientas de hueso, el viaje a pie o en bote con velas y remos alimentos sacados de la caza y de la pesca y de las enormes manadas de animales semi domesticados por control telekenético. Un Holatano en Tierra podría rastrear a una docena de hombres y matarles en la verde quietud de los bosques. Pero una espacionave humana podía pender del cielo y sembrar de muerte el planeta.

La aeronave de encima de su cabeza se alejaba. Saris Hronna respiró profundamente, llenando de nuevo de aire sus pulmones.

¿Qué hacer, dónde ir, cómo escapar?

La aeronave volvía. Su ruta formaba un espiral. ¿Cuántos de ellos había allí, cuántas aeronaves volarían en la lucha de la Tierra?

Su mente se estremeció, menos de miedo que de dolor y soledad. La vida de Holat estaba asentada ordenadamente, con ceremonias, las graves cortesías entre los viejos y los jóvenes, machos y hembras, la tranquila religión panteística, los ritos de la familia por la mañana y por la noche: todo en su lugar, equilibrio, armonía, seguridad... sabiendo siempre que la vida era de una enorme unidad. Y él se veía lanzado en una oscuridad extranjera y perseguido y acosado como una bestia.

La cosa de encima bajaba cada vez más. Los músculos de Saris se pusieron rígidos y hubo en su corazón una llamarada. ¡Que se pusiesen a su alcance ya se apoderaría del control y estrellaría la nave contra el suelo!

No estaba capacitado para aquella matanza momentánea. En la familia holatana no habías dominaciones, ni un padre duro o un hermano quisquilloso... todos estaban unidos. Y un miembro que mostraba verdadero talento era mantenido sin rencor ni envidia por los otros mientras trabajaba en su arte o en su música o sus pensamientos. Saris había sido de esa clase, desde cuando salió de su época de cachorro. Más tarde fue a una de las universidades.

Allí condujo y guardó ganado, fabricó herramientas, barrió suelos para sufragarse el privilegio de yacer en la choza de algún filósofo o artista o escultor, discutiendo con él y aprendiendo de él. Su afición particular se encaminó hacia el campo de las ciencias físicas.

Tenían su enseñanza en Holat, pensó de manera defensiva mientras el metal mortífero caía lentamente hacia él. Los libros eran copiados a mano y sobre pergamino, pero en ellos había un conocimiento sonoro. La astronomía, la física y la química eran elementales para un hombre, y le acompañaban tan lejos como fuera. La técnica biológica, la cría de animales la comprensión y el uso de la ecología eran al menos iguales en las áreas en donde no había instrumentos sino simples lentes y escalpelos para el trabajo... y posiblemente superiores. Y las matemáticas de Holat tenían una habilidad innata que se erguía por encima de cualquier humano.

La nave hociqueaba, como si fuese un pájaro de presa presto para atacar. Aun fuera de la zona de alcance de su control... Deberían tener detectores quizás de rayos infrarrojos, que les hacían sospechar su presencia. No se atrevía a moverse.

Lo más seguro para ellos sería dejar caer una bomba. Langley le había hablado de bombas. Y eso sería el fin: un fogonazo y un tronar que no podría percibir, disolución, oscuridad para siempre.

Bueno, pensó, sintiendo como el viento lento y triste alborotaba sus patillas, tenía poco de que quejarse. Su vida había sido buena. Fue uno de esos escolares vagabundos que recorren el mundo, siendo siempre bien recibidos por las noticias que pueden traer, siempre viendo algo fresco en la universidad de las culturas básicamente similares que salpicaban su planeta. Su suerte estaba unida a un planeta. Últimamente se había instalado, e inició una familia enseñó en la universidad de Sun-dance-Through-Rain... Pero si le venía una rápida muerte en una Tierra desconocida, la vida no por eso dejaría de verse sino amable.

¡No, no! Sacudió su mente con viveza. No podía morir, todavía no. No hasta que supiese más, conociese que Holat estaba a salvo de aquellos monstruos pálidos, sin pelo, o conociese cómo prevenirse y defenderse de ellos. Sus músculos se tensaron dispuestos para la acción y la carrera.

Se levantó de un salto y echó a correr.

La aeronave descendió con una rapidez que le sobrecogió. Salió de sí mismo dispuesto a cerrar aquellas corrientes atorbellinadas eléctricas y magnéticas para influirlas con los campos de fuerza de su cerebro, y se retiró, estremeciéndose.

«No -se dijo-. Espera... Puede haber un medio mejor».

La nave aterrizó en los campos a unos cien metros largos de distancia. Saris se agazapó de nuevo reuniendo bajo de él sus patas y brazos. ¿Cuántos eran?

Tres. Dos de ellos bajaban, el tercero se quedaba a bordo. No podía ver a través de las espigas altas del sembrado pero podía sentir que uno de los dos llevaba una especie de instrumento que no era una arma. Un detector, entonces. Ciegos en la oscuridad, todavía podían rastrearle.

Pero claro, no estaban seguros de que fuese él. Su instrumento podía también estar registrando la presencia de un animal extraviado o de un hombre. Saris pudo oler el hedor fuerte de adrenalina producido por el miedo de ellos.

Acometido de un súbito impulso. Saris Hronna se levantó por la ribera y a cuatro patas atravesó las espigas. Alguien gritó. Un rayo de energía chocó contra él, la vegetación flameó en donde la descarga se estrelló y el ozono le llegó hasta su olfato. Su mente no podía cuidarse de las armas; ya se había apoderado del motor y de los comunicadores de la nave.

Apenas sintió el rayo que le recorrió las costillas, dejando un cinturón de carne quemada. Saltando, se halló sobre el hombre más cercano. La figura se derrumbó, sus manos le arrancaron la garganta y Saris se hizo a un lado mientras el otro disparaba.

Alguien gritó, fue un vagido que puso una nueva nota de pánico en la oscuridad. Un arma que arrojó una andanada de proyectiles de plomo funcionó desde la proa de la nave. Saris dio un salto, cayendo sobre la parte superior. El hombre de fuera estaba proyectando una luz, con la que trataba de cogerle a él dentro de su rayo luminoso. Fríamente, el Holatano calculó las distancias... Demasiado lejos.

Aulló, deslizándose de nuevo hacia la Tierra el rayo de luz y un detonador le estallaron donde había estado. Saris cubrió la distancia entre saltos. Levantándose, golpeó duro y percatóse de cómo los huesos del cuello de su enemigo crujían, bajo la presión de su mano.

¡Luego... corrió hacia la nave! Saris olfateó en la puerta. Estaba cerrada y la cerradura era puramente mecánica, no podía ser controlada por la pequeña energía que manaba de su cerebro. Pudo percibir el terror del hombre que estaba dentro.

Cogió uno de los caídos detonadores. Durante un momento lo examinó empleando el principio general de que la forma determina la función. La mano rodeó la culata, un dedo acarició el gatillo, del otro extremo salió un escupitajo de fuego y comprendió que aquel ajuste o tornillo delantero debería regular el tamaño del rayo. Experimentó con el detonador y se sintió contento de ver que sus deducciones eran acertadas. Volviendo al bote, fundió con el detonador la cerradura de la puerta.

El hombre del interior había retrocedido apoyado contra la pared más lejana, un arma en la mano, esperando con un grito seco en la garganta a que el diablo entrase. Saris lo examinó telepáticamente: ¡A popa de la entrada... bien! Abriendo de la puerta una rendija, sólo lo bastante para que le pasase la mano, disparó en dirección al hombre. El detonador parecía una cosa frágil en una zarpa del tamaño de la suya, pero con un disparo tuvo bastante.

El olor a carne quemada era intensa a su alrededor. Ahora tenía que trabajar de prisa; debía haber alguna otra nave en la vecindad. Recogiendo todas las armas, se lanzó a la silla del piloto -era demasiado pequeña para que se sentase- y estudió el panel de control.

El principio usado no le era familiar, algo más allá de la ciencia en la época de Langley. Ni podía leer los símbolos de los controles. Pero siguiendo el rastro de las corrientes eléctricas y de los campos filemagnéticos con su mente, y aplicando la lógica consiguió una deducción de cómo manejar la nave.

La hizo elevarse con algo de torpeza mientras maniobraba los conmutadores, pero pronto comprendió su funcionamiento. Al poco rato estaba bien alto en el firmamento, marchando a gran velocidad por la oscuridad que se elevaba en su torno. Una pantalla mantenía un mapa iluminado con un punto rojo movible, que debería representar su propia localización. Muy ingenioso...

No podía permanecer en aquella máquina mucho tiempo; sería identificada y derribada. Debería usarla para conseguir suministros y luego hallar un escondite antes del alba, después de lo cual tendría que volar hacia el Oeste para estrellarla en el océano. Sería capaz de ajustar el piloto automático para que hiciese ese trabajo.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer?

V

Se celebraba una fiesta en casa del ministro Yulien, alto comisario de metalurgia. Lo más selecto de las sociedades Solar y extranjera asistía y Chanthavar llevó consigo a la tripulación del *Explorer*.

Langley acompañó a la gente por pasillos altos, con columnas en donde el aire tenía una suave luz y los murales dibujos relucientes que destacaban de las también relucientes paredes. Detrás de él marchaban una docena de guardaespaldas, igualmente gigantes. Chanthavar le había explicado qua eran sus esclavos personales y el resultado de la duplicación de cromosomas en un tanque exogenético. En ellos había algo no completamente humano.

El hombre espacial estaba recobrándose de su sentimiento de torpeza, a pesar de que seguía sin poderse imaginar que su aspecto era bastante ridículo con sus peludas piernas saliendo de debajo de la túnica. El, Blaustein y Matsumoto apenas habían salido de su palacio en el día siguiente al que fueron puestos en libertad. Permanecieron sentados, hablando poco, de vez en cuando maldiciendo en un susurro lleno de dolor. Era todo demasiado nuevo,

demasiado abrumador y súbito. Aceptaron la invitación de Chanthavar sin gran interés. ¿Qué iban a encontrar tres fantasmas en una fiesta?

La suite era lujosa: muebles que se moldeaban a los contornos de quien se sentaba y que se aproximaban cuando se les llamaba mentalmente... una caja intérprete que lavaba, cepillaba, depilaba, masajeaba y preparaba pulcramente para salir a la calle con un perfume permanente; suavidad y calor y colores pastel en todas partes donde uno miraba. Langley se acordaba del mantel manchado de una mesa de cocina, de una lata de cerveza delante de él y de la noche de Wyoming con Peggy sentada a su lado.

-Chanthavar -preguntó de repente-, ¿tienen aún caballos?

Había una palabra en aquel lenguaje terrestre para designar a los caballos que le habían enseñado... ¿o quizás...?

-¡Oh!, no lo sé -el agente pareció un poco sorprendido-. Que yo recuerde jamás vi ninguno, fuera de los museos históricos. Creo que queda alguno... si, en Thor para diversión de las gentes, sino en la Tierra. Lord Brannoch a menudo ha aburrido a sus invitados hablándoles de caballos y perros.

Langley suspiró.

-Pero si no hay ninguno en el Sistema Solar se puede obtener sintético -sugirió Chanthavar-. Hay quien fabrica toda clase de animales según pedido. ¿Tiene interés de cazar algún día un dragón?

-No me importa -dijo Langley.

-Esta noche en la fiesta habrán muchas personas importantes -dijo Chanthavar-. Si usted puede entretener lo bastante a una de ellas ha hecho su fortuna. No se acerque a lady Halin. Su marido es celoso y usted acabaría como un esclavo con la mente borrada por completo, a menos que yo quisiese sacar provecho de eso. No necesita usted actuar tan impresionado por lo que vea. Una buena cantidad de intelectuales jóvenes, especialmente, tienen a juego hablar mal de la moderna sociedad y eso sería considerado, si ustedes les siguiesen el ejemplo, como peligroso. Por otra parte, puede hacer lo que quiera y pasarlo bien.

La primera impresión que recibió Langley fue de profunda enormidad. La habitación debería tener un kilómetro de diámetro y era un torbellino de colores relampagueantes, con un millar de invitados, quizás. Parecía que no tenía tejado, que estaba abierta por arriba al suave cielo nocturno lleno de estrellas y de la luna. Sin embargo, decidió que tenía que tener una cúpula invisible. Bajo su turbadora altura, la ciudad era un espectáculo adorable, resplandeciente.

Había perfume en el aire, con una pizca de dulzura y música que venía de algún lugar oculto. Langley trató de escuchar, pero se oían demasiadas voces.

Chanthavar estaba presentando a su anfitrión, que era increíblemente gordo y rojizo pero sin carecer de una cierta fuerza en sus pequeños ojillos negros. Langley recordó las fórmulas de cortesía adecuadas por las que un cliente de un ministerio se dirigía y doblaba la rodilla ante otro.

-Un hombre del pasado, ¿en? -Yulien aclaró su garganta-. Interesante. Muy interesante. Tendré que hablar con usted cualquier día. ¡Hum! ¿Le gusta esto?

-Es lo más impresionante, Milord -dijo Matsumoto, con rostro inexpresivo.

-¡Hum! ¡Ja! Sí. Progreso. Cambio.

-Cuando más cambien las cosas, Milord -aventuró Langley-, más permanecen lo mismo.

Una mujer de bastante buena presencia con ojos de algún modo protuberantes le cogió del brazo. y le confesó lo «*excitante*» que resultaba ver a un hombre del «pasado» y que ella estaba «*segura*» de que hubo una época «*interesante*» en la que los hombres eran muy «*viriles*». Langley se sintió aliviado cuando una mujer de mayor edad y de rostro agudo, la llamó y le sacó del apuro. Con toda claridad las mujeres tenían una posición de sirvientas en el Tecnicado, a pesar de que Chanthavar había mencionado no se qué acerca de algunas grandes mujeres con autoridad.

Avanzó triste hacia el «buffet» en donde se sirvió de algunos manjares muy sabrosos y de vino. ¿Cuánto tiempo duraría la farsa, de todos modos? Reconoció que hubiese preferido estar a solas consigo mismo.

Un individuo fofo que parecía haber bebido demasiado le pasó el brazo en torno al cuello y le dio la bienvenida. Y comenzó a preguntarle acerca de las técnicas sexuales del dormitorio íntimo propias de su época. Fue un alivio para Langley poder deshacerse de él.

-¿Quiere que le proporcione algunas chicas? El ministro Yuilen es muy amable como anfitrión en ese concepto, nosotros lo pasábamos muy bien antes que los Centaurianos me redujeran a polvo.

-Tiene razón -corroboró un joven-. Por eso es por lo que nos van a dar más palos que a una estera. Usted queda simpático para la gente. ¿Sabían luchar en su tiempo, capitán Langley?

-Tolerablemente bien cuando era preciso -dijo el americano.

-Eso es lo que me imaginaba. Tipos supervivientes. Conquistaron las estrellas porque no tenían miedo de dar una patada al prójimo. Nosotros si. Nos hemos ablandado, aquí en el Sistema solar, ¿No sabe usted que hace mil años que no peleamos una gran guerra y que ahora que se esta preparando una no sabemos como proceder?

-¿Pertenece al ejército? -preguntó Langley.

-¿Yo? -el joven pareció sorprendido-. Las fuerzas multares habituales son esclavos, criados adiestrados para el trabajo, de propiedad pública. Los altos jefes son Ministros pero...

-Bueno, ¿abogaría usted por arrastrar a su propia clase al servicio militar?

-¿Eso no serviría de nada. No encajan. No son de la clase de especialistas esclavos, los Centaurianos, en cambio, se llaman a ellos mismos hombres libres y les gusta pelear.

-Hijo -dijo Langley con desaire-, ¿ha visto alguna vez hombres a quienes le habían volado la cabeza, saliéndoles las tripas por algún agujero de la panza?

-¡No... no, claro que no! Pero...

Langley se encogió de hombros. Ya conocía de antes a ese tipo de hombres, allá en la patria. Algunos escribían libros.

Murmuró una excusa y se alejó. Blaustein se le unió y se pusieron a hablar en inglés.

-¿Dónde está Bob? -preguntó Langley.

Blaustein le dirigió una sonrisa maliciosa.

-La última vez que le ví salía de escena con una de esas hembras despampanantes. Una chica muy mona, también. Quizás es el único de nosotros que ha sabido incorporarse.

-Puede que si -Langley.

-Yo no puedo hacer lo mismo. Por lo menos ahora no -Blaustein parecía asqueado-. Ya sabes, pensé que quizás, ahora cuando todo lo que conocimos ha desaparecido, la raza humana habría aprendido por último tener algo de sentido común. Yo era pacifista, ya lo sabes, pacifista intelectual, simplemente porque podía ver que la guerra era una farsa

sanguinaria e insensata, en la que nadie nada excepto unos cuantos tipos listos -Blaustein había bebido demasiado también-. ¡Y la solución es tan fácil! ¡Te salta a la cara: un gobierno universal con dientes y garras! Eso es todo. No mas guerras. No más hombres haciéndose matar y energías desperdiciadas y niños quemados vivos. Yo pensé que quizás en cinco mil años incluso esta raza estúpida nuestra aprendería aquella lección tan evidente. Recuerda, jamás tuvieron guerra en Holat. ¿Somos nosotros mucho mas estúpidos.

-Creo que en una guerra interestelar sería difícil de pelear -dijo Langley-. Muchos años de viaje para llegar hasta el enemigo.

-Ajá. También poco incentivo económico. Si un planeta puede ser colonizado en total, eso será auto-suficiente. Esas dos razones son por las que no habido una verdadera guerra durante miles de años, desde que las colonias se independizaron.

Blaustein se acercó más, jugueteando con algo entre los pies.

-Pero ahora se está preparando una. Nosotros puede que la veamos muy bien. Ricas fuentes de primeras materias minerales en los planetas de Sirius y el gobierno allí es débil, y los de Sol y Centauro fuertes. Ambos desean esos planetas. Ninguno puede dejar que el otro se apodere de ellos; sería demasiada ventaja. Hace poco que hablé con un oficial, que está destinado cerca de esos mundos, y que oyó además algo acerca de que los Centaurianos son sucios bárbaros.

-Aún así y todo me gustaría saber cómo se podría pelear a través de cuatro años luz -dijo Langley.

-Uno envía una flota de tamaño real, completa con cargueros llenos de suministros, uno se encuentra con la flota enemiga y la barre del espacio. Después uno bombardea los planetas enemigos desde el firmamento. ¿Ya sabes qua ahora puedan desintegrar cualquier clase de materia? Nueve veces diez a la vigésima potencia de ergios por gramo, y hay cosas como el virus sintetic y polvo radioactivo uno destroza una civilización en esos planetas, aterriza y hace los que les place. ¡Sencillo! la única cosa que hay que asegurar es que la flota enemiga no te derrote a ti, porque entonces tu propia casa queda abierta, Sol y Centauro han estado intrigando, agitándose, desde hace décadas. Tan pronto como uno de ellos consiga una clara ventaja... ¡bam! fuegos artificiales.

Blaustein agitó su copa y fue por más.

-Claro -continuó lúgubremente-, siempre está la posibilidad de que incluso si tu bates al enemigo bastantes de sus naves escapen para llegar a tu sistema, destruir tus defensas planetarias y bombardear. Entonces uno tendrá dos sistemas que han vuelto a la época de las cavernas. ¿Pero cuando esa perspectiva ha servido para detener a un político? O a un administrador psicotécnico, como creo que se les llama ahora, déjame tranquilo. Quiero emborracharme.

Chanthavar encontró a Langley unos cuantos minutos más tarde y le cogió por el brazo.

-Venga -dijo-. Su Fidelidad el jefe de los Sirvientes del Tecnicado, quiere conocerle. Su Fidelidad es un hombre muy importante... ¿Excelente Sulon, puedo presentarle al capitán Edward Langley?

Era un hombre alto y delgado con una sencilla túnica azul y capuchón. Su rostro delgado era inteligente, pero hay algo falto de humor y fanático en su boca.

-Eso es interesante -dijo con aspereza-. Tengo entendido que usted vagó muy lejos por el espacio, capitán.

-Sí, Milord.

-Sus documentos han sido ya presentados al Tecnicado. Cada retazo de información, sin embargo, aunque parezca remota, es valiosa. Porque sólo a través del seguro conocimiento de todos los hechos puede la máquina tomar decisiones seguras. Usted se quedaría sorprendido si supiese cuantos agentes hay cuyo único trabajo es la recopilación constante de datos. El estado le da las gracias por sus servicios.

-No ha sido nada, Milord -dijo Langley con la debida deferencia.

-Puede ser mucho -repuso el Sulon-. El Tecnicado es el fundamento de la civilización Solar, sin él, estamos perdidos. Sin propia ubicación es desconocida para todos excepto los más altos rangos de mi orden, sus servidores. Por esto nacemos y nos educamos, por esto renunciamos a todos los lazos familiares y a los pareces mundanos. Estamos tan acondicionados que si hiciese el intento para conseguir nuestro secreto, que no hubiese escapatoria evidente, moriríamos automáticamente. Le digo esto para que se haga una idea de lo que significa el Tecnicado.

Langley no pudo pensar ninguna respuesta. SuIon era la prueba de que el Sol no había perdido toda su vitalidad, pero había en él algo inhumano.

-Me han dicho que un ser extraterrestre de raza desconocida estaba con su tripulación y que se ha escapado -prosiguió el anciano-. Debo tener una vista muy completa y seria de esto. Es ese ser un factor completamente imprevisible... su propio diario de a bordo da muy pocas informaciones.

-Estoy seguro de que es inofensivo, Milord -dijo Langley.

-Eso está por ver. El Tecnicado mismo ordena que se le encuentre o se le destruya de inmediato. ¿Tiene usted, como conocido suyo, cualquier idea de cómo seguir adelante con esto?

Allí estaba de nuevo. Langley sintió frío. El problema de Saris Hronna les tenía a todos ellos asustados. Y un hombre asustado podía ser una criatura maligna.

-Los sistemas de búsqueda normales no han dado resultado -dijo Chanthavar-. Le digo todo esto, a pesar de que es secreto: él mató a tres de nuestros hombres y se escapó con su nave voladora. ¿Dónde se ha ido?

-Tendré... tendré que pensármelo -balbuceó Langley-. Eso es de lo más desgraciado Milord. Créame, le dedicaré toda mi atención.

Langley fue apartado por una mano peluda y rolliza. Pertenecía a un hombre grande, barrigón, con vestido al estilo extranjero. Su cabeza era maciza, con una nariz elefantina, con un pelo rojo llama desordenado y la primera barba que Langley había visto en aquella época. El hombre tenía ojos sorprendentemente penetrantes y ligeros. La voz bastante alta tenía un acento, una entonación no terrestre.

-Saludos señor. Tenía muchísimas ganas de conocerle. Me llamo Goltam Valti.

-A su servicio, Milord -dilo Langley.

-No, no. No tengo ningún título. La pobre gota de grasa llamada Goltam Valti no ha nacido para los colores. Soy de la Sociedad Comercial y no tenemos nobles. No podemos darnos ese lujo. El trabajo lo bastante duro para que podamos vivir honradamente estos días con compradores y vendedores aliados para quitarte el suficiente beneficio como para dejarte sin nada ya que tienes tus haciendas muchas generaciones lejos. Bueno, en mi caso aún ha de quedar, soy de Amon en el sistema Tau Ceti originalmente. Un planeta dulce, miel, con cerveza dorada y chicas para servirte, es maravilloso.

Langley sintió algo de interés. Había oído hablar de la sociedad, pero poco. Valti le condujo a un diván y se sentaron y silbó a una mesa que pasaba con refrescos.

-Soy factor jefe en el Sol -prosiguió Valti-. Algún día tiene usted que venir a ver nuestro edificio. Recuerdos de cien planetas que tenemos allí y estoy seguro que le interesarán. Pero la cantidad de 5.000 años de vagabundeo es demasiado incluso para un comerciante. Usted ha debido ver muy grandes negocios, capitán, grandísimos negocios. Ah, si yo fuese otra vez joven...

Langley se apartó sutilmente y pidió que le contestase a unas cuantas preguntas directas. Sacar informes a Valti costaba tiempo y paciencia; uno tenía que escrutar una parrafada de autocompasión, para conseguir una frase que valiese la pena oírse, pero algo se sacaba. La sociedad había existido ya mil años o más, reclutada de todos los planetas, incluso de razas no-humanas; portaba la mayor parte del comercio interestelar, tratando con mercancías que eran procedentes a menudo de mundos desconocidos en aquella pequeña sección de la galaxia. Para el personal de la sociedad, las grandes espacionaves eran el hogar de hombres y mujeres y niños que vivían todas sus vidas en ellas. Tenían sus propias leyes, costumbres, idioma; no debían obediencia a ninguna persona que no fuese la propia sociedad.

-¿No tienen ustedes una capital, un gobierno?

-Los detalles, amigo mío, los detalles los podremos discutir más tarde. Venga a verme. Soy un viejo solitario. Quizás pueda ofrecerle alguna pequeña diversión. ¿Por casualidad ha estado usted en el sistema Tau Ceti? ¿No? Es una lástima. Le habría interesado: el sistema doble anular de Osiris y los nativos de Horus y los hermosos, hermosísimos valles de Amon, sí, sí.

Los nombres originalmente dados a los planetas habían cambiado, pero no tanto que Langley no pudiese reconocer las figuras mitológicas que los descubridores habían tenido en cuenta. Valti prosiguió su reminiscencia de mundos que había visto en los últimos y lamentados días de su juventud y Langley encontró distraída la conversación.

-Eh, ustedes.

Valti se puso en pie de un salto y se inclinó servil.

-¡Milord! ¡Vos me honráis más de lo que valgo! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que os vi.

-Dos semanas completas -sonrió el rubio gigante vestido con la chillona chaqueta carmesí y los pantalones azules.

Llevaba en la mano una copa de vino, en su mano peluda, en la otra sujetaba por los tobillos a una diminuta y exquisita bailarina que colgaba de su hombro y se agitaba riendo.

-Y entonces tú me engañaste mil solares, tú y tus sobrecargados dados.

-Muy excelente señor, la fortuna debe de vez en cuando sonreír a mi feo rostro; la ley de las probabilidades así lo exige -Valti hizo con sus manos el gesto de lavárselas-. ¿Quizás a Milord le venga bien que le conceda la revancha alguna noche de la semana que viene?

-Puede que si. ¡Baja! -el gigante dejó que se deslizase la chica hasta el suelo y la despidió con una juguetona palmada en las nalgas-. Vete, Thura, Kolin, o como te llames. Te veré más tarde -sus ojos eran brillantes y azules y se clavaron en Langley-. ¿Es éste el hombre precursor de que he oído hablar?

-Sí Milord. ¿Puedo presentarle al capitán Edward Langley? Lord Brannoch dhu Crombar, el embajador Centauriano.

Así que este era uno de los hombres odiados y temidos de Thor. El y Valti fueron los primeros tipos caucásicos reconocibles que el americano había visto en aquella época: presumiblemente sus antecesores habían dejado la Tierra antes de que las razas se fundiesen en los seres casi uniformes de aquí y con toda posibilidad los factores ambientales tenían algo que ver con la fijeza de sus rasgos distintivos.

Brannoch sonrió jovial, se sentó y contó una cómica e interesante historia. Langley contraatacó con el relato de un vaquero que consiguió tres deseos, y la carcajada de Brannoch hizo que temblasen los vasos.

-¿De modo que ustedes todavía utilizaban caballos? -preguntó después.

-Sí, Milord. Yo me crié en un país de caballos. Los utilizábamos junto con los camiones. Yo iba... iba a dedicarme a su cría.

Brannoch pareció advertir el dolor del hombre del espacio y con sorprendente tacto prosiguió para describir el establo de su casa.

-Creo que le gustaría Thor, capitán -terminó-. Todavía tenemos ocasión para trabajar con ahínco. ¿Cómo pueden respirar con veinte millones de pedazos de carne gruesa en el Sistema Solar? Nunca lo he sabido. ¿Por qué no viene a vernos alguna vez?

-Me gustaría Milord -dijo Langley y quizás no mentía por completo.

Brannoch se arrellanó, estirando sus largas piernas.

-Yo también he viajado un poco -dijo-. Tiempo atrás tuve que abandonar el sistema, cuando mi familia dio fin a una pelea. Pasé cien años de tiempo externo dando vueltas, hasta que tuve oportunidad de volver. La Planetografía es una especie de afición mía, por eso podré decir que es la única razón por la que vengo a sus fiestas, Valti, viejo barril engañoso. Dígame, capitán, ¿ha tocado usted alguna vez en Procyon?

Durante media hora la conversación versó de estrellas y planetas. Algo del peso interior de Langley sufrió alivio. La visión de muchas cosas extrañas de diversos rostros girando en torno a una sin fin oscuridad exterior era capaz de dejar sin respiración.

-A propósito -dijo Brannoch-. He oído algunos rumores acerca de un ser extraño que traían con ustedes, que se escapó. ¿Qué hay de verdad en eso?

-¡Ah si! -murmuró Valti mientras se acariciaba la barba-. A mí también me ha intrigado. Sí, parece que es un tipo la mar de interesante. ¿Por qué tomaría una acción tan desesperada?

Langley se puso rígido. ¿Qué es lo que había dicho Chanthavar? ¿No se suponía que todo el asunto era confidencial?

Brannoch, claro, tendría sus espías. Consecuentemente Valti también. El americano sintió un escalofrío al notar fuerzas inmensas confluyentes, como una máquina marchando desbocada. Y comprendió que le hablan pillado entre los alocados engranajes.

-Me gustaría poderle añadir a mi colección -dijo Brannoch en tono casual-. Es decir, no hacerle ningún daño, sólo conocerle. Si en verdad es un verdadero telépata, es casi único.

-También tendría interés en asociarme en este asunto -dijo Valti con tono de desafío-. El planeta puede tener algo que valga la pena comerciar incluso a costa de un largo viaje.

Al cabo de un momento, añadió ensoñador:

-Creo que el pago por este informe sería muy generoso capitán. La sociedad tiene sus pequeños caprichos y el deseo de conocer una raza nueva es uno de ellos. Sí, habría dinero para pagar el informe.

-Yo aventuraría por mi cuenta una cantidad -dijo Brannoch-. Un par de millones de Solares... y mi protección. Estos son tiempos borrascosos, capitán. Un patrón poderoso no es para despreciar.

-La sociedad -observó Valti-, tiene el privilegio de extraterritorialidad. Puede garantizar un santuario, también como la salida de la Tierra, que se está conviniendo en un

lugar malsano. Y, claro, recompensas monetarias: tres millones de solares, como inversión en un nuevo conocimiento.

-Este no es sitio para hablar de negocios -dijo Brannoch-. Pero como dije, creo que le gustaría Thor. Y podríamos enviarle a alguna otra parte que usted eligiese. Tres millones y medio.

Valti gimió.

-¿Milord, deseáis arruinarme? Tengo familia que mantener.

-Sí. Una en cada planeta -bromeó Brannoch.

Langley permaneció sentado muy quieto. Pensó saber por que querían ellos a Saris Hronna. ¿Pero qué podía hacer él?

La forma ágil de Chanthavar salió de entre la gente.

-¡Oh!, estaba usted ahí... -dijo. Se inclinó con deferencia ante Brannoch y Valti-. Su sirviente, Milord y buen señor.

-Gracias, Channy -dijo Brannoch-. Siéntese, ¿quiere?

-No. Hay otra persona a quien le gustaría conocer al capitán. Perdónenos.

Cuando estuvieron seguros entre la gente, Chanthavar llevó a Langley aparte.

-¿Iban esos hombres en busca de que usted les entregase ese ser extraño? -preguntó. Había algo frío en su rostro.

-Sí -respondió Langley, cansino.

-Me lo pensé. El gobierno Solar está plagado de estos agentes. Bueno no lo haga.

Una cólera cansada e insensata bullía dentro de Langley.

-Mire, hijo -exclamó mirando fijamente a los ojos de Chanthavar bien por debajo de los suyos-. No veo yo por qué tengo que deberme hoy día a cualquier facción. ¿Por qué no deja usted de tratarme como si fuera un crío?

-Yo no voy a tenerle a usted incomunicado, a pesar de que podría -dijo Chanthavar con voz meliflua-. No vale la pena, porque antes de mucho probablemente tendremos a esa bestia. Le estoy solamente avisando, sin embargo, de que si él cayese en cualquiera de otras manos, que no fuesen las mías, se las pasarla usted muy mal.

-¿Por qué no me encierra y sigue adelante con las suyas?

-Eso no, me obligaría usted a pensar como yo quiero que piense en caso de que mis propias búsquedas fallen. Y es demasiado crudo -Chanthavar se detuvo, luego añadió con una curiosa intensidad-: ¿Sabe usted por qué juego esta partida de política y guerra? ¿Cree usted que ambiciono el poder para mí mismo? Eso queda para los locos que desean mandar a otros locos. Sin embargo, es divertido jugar. La vida de otro modo, se volvería aburridísima. ¿Qué otra cosa puedo hacer que no haya hecho cientos de veces ya? Pero sí es agradable probar fuerzas con Brannoch y con ese pelirrojo fanfarrón; sus consecuencias, ganar, perder o empatar, son también divertidas; aunque, claro está tengo intención de ganar.

-¿Incluso no ha pensado usted nunca en... un compromiso?

-No deje que Brannoch le engañe. Es uno de los cerebros más fríos e inteligentes de la galaxia. Bastante decente, lo lamentaré cuando tenga por último que matarle, pero... ¡no importa! -Chanthavar se volvió-. Vamos dirijámonos al serio negocio de emborracharnos.

VI

El progreso lo consiguió: el armarlo bar de Langley le borró todas las huellas de la resaca de él a la mañana siguiente y el robot de servicio le deslizó un desayuno por una rampa hasta una mesita y se lo llevó cuando hubo acabado. Pero después de eso hubo un día sin nada que hacer excepto sentarse y pensar.

Sería fácil ceder, cooperar con Chanthavar y dejarse llevar por la corriente. ¿Cómo sabía que no obraba bien? El Tecnicado parecía representar el orden, la civilización, las fuentes de justicia. Era inútil que se opusiese a veinte billones de personas y 5.000 años de historia. De haber estado Peggy con él, se habría rendido; de estar dispuesto a arriesgar el cuello de ella por un principio del que ni siquiera estaba convencido de ser cierto.

Pero Peggy había muerto y le quedaban pocas cosas a él excepto el principio vital. No es divertido juzgar a Dios, incluso en aquella mezquina escala, pero había llegado a una sociedad en que cada hombre se constituía en depositarlo de la obligación de decidir las cosas por sí mismo.

Chanthavar les fue a visitar aquella tarde. Todavía se quejaba.

-¡Vaya hora para levantarse! No vale la pena esforzarse antes de ponerse el Sol. Bueno. ¿Iremos?

Mientras le conducía hasta la salida, media docena de sus guardas se unieron al grupo.

-¿De qué sirven? -preguntó Langley-. ¿Protección contra los comuneros?

-Me gustaría ver a un comunero capaz de pensar en armar dificultades -dijo Chanthavar-. Si es que puede pensar, cosa que dudo. No, necesito la protección de estos individuos contra mis propios rivales. Brannoch, por ejemplo, con mucho placer me mataría solo para conseguir que nombrasen a un sucesor incompetente. He detenido a buena cantidad de sus agentes.

-¿Y que ganarían si le asesinasen? -preguntó Blaustein.

-Poder, posición, tal vez algunas de mis haciendas. O puede que sean enemigos por rencor particular. Tuve que pisotear a mucha gente en mi carrera ascendente.

Salieron a una avenida y dejaron que una correa los transportase a lo largo de la calle, Chanthavar señalo una colina donde se alzaba una única torre.

-La estación de control del tiempo -dijo-. La mayor parte de lo que ustedes ven pertenece a la ciudad, al parque Ministerial público. Pero hacia allá están los límites de la hacienda de Tarahoe. Cultiva cereales mediante el sistema retrógrado natural.

-¿No tienen ustedes granjas pequeñas? -preguntó Langley.

-¡Espacio, no! -Chanthavar parecía sorprendido-. En los planetas Centaurianos lo hacen pero encuentro difícil de imaginar un sistema más ineficaz. La mayor parte de nuestros alimentos son sintéticos; el resto se cultiva en Tierras Ministeriales.

Almorzaron en una terraza restaurante, en donde las máquinas servían a una clientela aristócrata alegremente vestida y de modales relamidos. Chanthavar pagó la factura con un vale.

-Me sabe mal que el Ministro Agaz, enemigo mío, gane dinero, pero deben ustedes admitir un buen jefe de cocina.

Los guardaespaldas no comieron; estaban adiestrados para conservar una dieta y una vigilancia incansable.

-Hay muchas cosas que ver, aquí en los niveles superiores -dijo Chanthavar. Señaló con la cabeza el cartel discreto y resplandeciente de una casa de diversiones-. Pero casi todo es lo mismo. Vamos a la parte baja para cambiar.

Un ascensor gravitacional les dejó caer los seiscientos metros hasta el suelo y una vez allí entraron en un otro mundo distinto.

Allí no había Sol, ni firmamento. Paredes y techo eran de metal; los suelos suaves y esponjosos y una sensual languidez pareció apoderarse de la visión mental de Langley. El aire era fresco, pero palpitante y sonoro con un ruido que jamás terminaba: zumbidos de bombas, martilleo, vibración. El profundo y segundo latir de la gran máquina que era la ciudad. Los corredores, calles, estaban atestados, inquietos, vivos con movimientos y conversaciones chillonas.

Aquellos eran los comuneros, Langley permaneció plantado durante un momento a la entrada del ascensor, contemplándoles. No sabía lo que se esperaba -quizás maniquís vestidos de gris- pero de todos modos estaba sorprendido. La masa desordenada le recordaba las ciudades que conocía en Asia.

Los vestidos eran una versión barata de los trajes ministeriales: túnicas para los hombres, trajes largos para las mujeres; parecía que todo se había convertido en un número de uniformes, verdes azules y rojos Los hombres llevaban las cabezas afeitadas y los rostros reflejaban la mezcla de razas que el hombre de la Tierra había llegado a conseguir. Se veía un número increíble de niños desnudos jugando por entre los pies de la multitud: allí no se veía ninguna disgregación de sexos obligatoria como en los niveles superiores.

-Tendremos que caminar -dijo el agente-. Aquí abajo no hay aceras rodantes.

-¿A qué vienen tantos uniformes? -preguntó Blaustein.

-Trábalos diferentes: el metalúrgico, el de las industries alimenticias, etc. Tienen un sistema singular, muy bien organizado, con aprendizaje de varios años y luego hay también una gran rivalidad entre los gremios. Pero mientras los comuneros realicen su trabajo y se comporten bien, les dejamos tranquilos. La policía, esclavos propiedad de la ciudad, les mantienen a raya si se inicia algún motín -Chanthavar señaló a un corpulento hombre vestido de negro y con casco de acero-. No importa mucho lo que ocurre ahí. Ni tienen amas mi educación para amenazar a nadie. La enseñanza que reciben recalca la obsesión de que deben conformarse a encajar dentro del sistema básico.

-¿Qué es eso? -Matsumoto señaló a un hombre vestido con un traje escarlata ajustadísimo, el rostro enmascarado, un cuchillo en el cinto, que se deslizaba en silencio entre la gente que no le ponía ningún obstáculo a su paso.

-Del gremio de asesinos, a pesar de que en su mayoría se alquilan fuera para que roben y ataquen a quien se les ordene, los comuneros no tienen robots, ya que nosotros fomentamos las empresas personales. No se les permite tener armas de fuego, así que la cosa es bastante segura y hace que los demás se diviertan.

Después de cenar, que fue en un lugar patronizado por los comerciantes más ricos, Chanthavar sonrió.

-Estoy cansado de pasear hoy -dijo- ¿Qué les parece si vamos a divertirnos? Toda la ciudad adquiere fama a través de sus vicios.

-Bueno, está bien -contestó Langley. Se notaba un poco borracho: la punzante cerveza de los niveles inferiores le hacía dar vueltas a la cabeza. No necesitaba mujeres, no cuando sentía en su pecho el dolor por una de ellas. Pero deberían haber juegos y... Su bolsa estaba llena de billetes y de monedas-. ¿Adonde vamos?

-Creo que podemos ir a la Casa de Ensueños -dijo Chanthavar, mostrándoles la salida-. Es el lugar favorito de todas las clases sociales.

La entrada era una nube azulada que daba acceso a varias habitaciones pequeñas. Tomaron una de ellas, colocándose sobre el rostro máscaras vitales de carne viva sintética que se ceñiría brevemente a los terminales nerviosos del cutis y que luego era parte de uno mismo.

-Todo el mundo es igual aquí, todo el mundo, es anónimo -dijo Chanthavar-. Reconfortante.

-¿Qué es lo que desean, señores? -la voz llego procedente parecía de ninguna parte, fría y de algún modo no humana.

-Una vuelta general -dijo Chanthavar-. Lo de siempre. Por favor, metan en esta ranura cada uno de ustedes cien solares. El lugar es caro, pero divertido.

Se sintieron relajar en lo que parecía una nube seca y algodonosa y notaron cómo eran transportados por los aires. Los guardaespaldas formaban un grupo impasible a cierta distancia detrás. Se les abrieron las puertas. Flotaron bajo un firmamento perfumado de estrellas surrealistas y de lunas, mirando hacia lo que parecía ser un panorama desierto, no terrestre.

-Parte ilusión, parte real -dijo Chanthavar-. Usted puede tener la experiencia que se imagine aquí, a su justo precio. Miren...

La nube vagó a través de una lluvia que era azul y roja y de fuego dorado, tintineando al caer sobre sus cuerpos. Coros triunfales de música manaba en torno a ellos. A través de las llamas giratorias y atorbellinadas, Langley divisó chicas de imposible belleza, bailando en el aire.

Luego se vieron bajo el agua, o así les pareció, con peces tropicales nadando a través del fluido verde, por entre corales y sinuosas algas marinas. Luego se hallaron en una caverna iluminada de rojo, como el infierno, en donde la música aceleraba el ritmo cardíaco y precipitaba la circulación de sangre de las venas. Salieron disparados en receptáculos en forma de dardo una serie de robots pequeños que les ofrecían bebidas agradables cuando les alcanzaban. Entraron en una enorme agrupación de gente ruidosa, que cantaba y reía y bailaba y tenía instrumentos. Una muchacha joven soltó unas risitas y acarició el brazo de Langley. Brevemente, el joven se agitó inquieto.

-¡Fuera! -dijo luego con aspereza.

Dando vueltas sobre una cascada murmullante, cruzando el aire que era lo bastante espeso como para nadar en él, resbalando por grutas y bosques llenos de extrañas luces y en medio de una niebla gris que no permitía ver ni lo que había un metro delante... Aquí, en un silencio goteante y espeso que parecía enmascarar la enormidad de lo infinito, se detuvieron.

La sombra imprecisa de Chanthavar hizo un gesto y se oyó una nota aguda y tensa en su meliflua voz:

-¿Les gustaría jugar a ser por un momento el Creador? Déjeme que les enseñe... -una pelota de llamas furiosas estaba en sus manos y con ella modelaba estrellas y las lanzaba como sembrándolas a través de la invisible porción de infinito que parecía rodearles-. Soles, planetas, lunas, gente, civilización e historias... ustedes pueden hacerlas aquí a su placer-. Dos estrellas chocaron una con otra-. Es posible incluso ver crecer un mundo... y en él, cualquier detalle, no importa lo pequeño que sea. Un millón de años en un minuto o un minuto alargado a través de un millón de años; uno puede aniquilarlo todo con un trueno y ver cómo los enemigos se achican y te adoran-. El Sol y las manos de Chanthavar brillaban torpemente a través de la bruma. Diminutas chispas que eran planetas giraban en su torno-. Apártense las tinieblas; hágase la luz.

Algo se movió en el húmedo aire brumoso. Langley vio una sombra caminando entre constelaciones recién nacidas de un millar años luz de altura. Una mano se aferró a su brazo y con bastante dificultad consiguió ver el falso rostro más allá de dicha mano.

Se retorció para libertarse, irritando, mientras la otra mano le buscaba el cuello. Un lazo de alambre saltó, enredándose en sus tobillos. Dos hombres ahora se lanzaban sobre él, tratando de reducirlo a la impotencia. Frenético retrocedió. Su puño alcanzó a una mejilla y empezó a manar sangre artificial.

-¡Chanthavar!

Estalló un detonador, asombrosamente alto y brillante. Langley envió un gigantesco Sol rojo a uno de los rostros que estaban cerca. Librándose de un brazo que le rodeaba la cintura, dio un rodillazo a la forma vaga y oyó un gruñido de dolor.

-¡Luz! -vociferaba Chanthavar-. ¡Desaparezcan las tinieblas!

La bruma se rompió, lenta y rasgadamente. Hubo una profunda negrura, la negrura del vacío espacial, con estrellas flotando en ella como luciérnagas. Entonces sobrevino la plena iluminación.

Un hombre estaba muerto, cerca de Chanthavar, su estómago roto y abierto por un disparo de energía. Los guardaespaldas se arremolinaban intranquilos. Por otra parte estaban a solas. La habitación estaba desnuda, feamente iluminada.

Durante un largo momento, él y el agente se miraron mutuamente. Blaustein y Matsumoto se hablan ido.

-¿Es... esto... parte de la diversión? -preguntó Langley entre dientes.

-No -los ojos de Chanthavar brillaron con el ansia de un cazador. Soltó una carcajada-, ¡Hermoso trabajo! Me gustaría tener a esos individuos en mi séquito. Sus amigos han sido privados de sus facultades mentales y raptados ante mis propias narices, ¡Vamos!

VII

Hubo un momento de rugiente confusión mientras Chanthavar emitía órdenes a través de un visífono, organizando una persecución. Luego giró volviéndose a Langley.

-Haré que registren esta zona, naturalmente -dijo-. Pero no creo que los raptores estén todavía aquí. Los robots no están ajustados para advertir quién sale y en qué condiciones, así que no podemos encontrar ayuda por esa parte. Ni espero hallar al empleado de este establecimiento que ayudó a preparar las cosas para el rapto. Pero he puesto alerta a toda la organización. Habrá una profunda investigación en los alrededores dentro de media hora. Y ya el domicilio de Brannoch está siendo vigilado.

-¿Brannoch? -repitió Langley estúpidamente.

Sentía su cerebro lejano, como el de un desconocido. No podía asimilar las cosas ocurridas tan rápidamente como el agente.

-¡Claro! ¿Quién más? Nunca creí que tuviese una pandilla tan eficiente en la tierra. Naturalmente que no le llevarán a sus amigos directamente. Habrá algún escondite en alguna parte de los niveles inferiores. No hay mucha posibilidad de encontrarlo entre quince millones de comuneros, pero lo probaremos. ¡Lo intentaremos!

Un policía se acercó portando una cajita de metal que tomó Chanthavar.

-Quítese esa máscara. Esto es un husmeador electrónico. Trataremos de seguir la pista o el rastro de las falsas caras. Un olor distintivo, así que uno no puede confundirlo. No creo

que los raptores les hayan arrancado ya las máscaras en el palacio de los sueños; entonces alguien advertiría a quién se llevaban. Quédese con nosotros. Podemos necesitarle. ¡Vayamos!

Una gran cantidad de hombres, vestidos de negro, armados y silenciosos les rodeó. Chanthavar salía por la puerta principal. Había en él algo de perro de caza. El esteta, el hedonista, el filósofo indiferente estaban enmascarando al cazador de hombres. Una luz brilló en la máquina.

-Una pista, es cierto -musitó-. Si esto no se enfría demasiado de prisa, servirá de algo. Maldición, ¿por qué ventilarán tan bien los niveles inferiores?

Se lanzó en trote rápido, sus hombres no perdieron contacto con él. Las multitudes les cedieron el paso.

Langley estaba demasiado azorado para pensar. Aquello ocurría más de prisa de lo que su mente le permitía comprender y las drogas del palacio de los sueños estaban aún en su sangre, haciendo que el mundo tomase un aspecto irreal. Bob, Jim... ahora la gran oscuridad nos habría arrebatado a ellos también. ¿Volvería alguna vez a verlos?

-Bajaron por un vertiginoso ascensor, cayendo como hojas en otoño, -Chanthavar comprobando cada salida mientras pasaron por ellas. El incesante rugir de las máquinas se hizo más alto, más frenético. Langley sacudió la cabeza, tratando de aclararla, tratando de dominarse a sí mismo. Era como una pesadilla. Le llevaban contra su voluntad fantasmas de negro.

Tenía que escapar. Tenía que estar solo, pensar en paz. Ahora eso era una obsesión para él, arrollando a todos los demás pensamientos de su cabeza. Estaba en una pesadilla y quería despertar. El sudor empapaba su piel.

La luz relampagueó, débilmente.

-¡Por aquí! -Chanthavar salió por un portal-. La pista se debilita, pero quizás

Los guardias pasaron tras él. Langley se retrasó, cada vez mas y salió del ascensor en el siguiente nivel.

Era una sección diabólica, poco iluminada y tenebrosa. Las calles estaban casi desiertas. Puertas cerradas llenaban las paredes, sus pies pisaban escombros y porquería, el batir y el rechinar de las máquinas le llenaban su universo. Caminó de prisa, doblando varias esquinas y tratando de esconderse.

Poco a poco su cerebro se aclaró. Un anciano con vestiduras sucias estaba sentado con las piernas cruzadas junto a una puerta y le contemplaba con ojos maliciosos. Una mujer perezosa estaba junto a él, mostrando unos dientes irregulares en una mecánica sonrisa y retrocediendo. Un joven alto, desaliñado y sin afeitar, apoyado contra la pared, siguió sus movimientos con ojos inquietos. Era la escoria, la sección más vieja, pobre y descuidada... el último refugio del fracaso. Ahí era en donde aquellos a quien la fiereza de la vida de los niveles superiores había derrumbado, había arruinado convirtiendo sus vidas en cosas sin importancia para el Tecnicado.

Langley se detuvo, respirando con dificultad. Una mano furtiva salida de un pasadizo estrecho, tanteando en busca de la bolsa de su cinturón. Le dio manotazo y los pies desnudos de un chiquillo repicaron al alejarse en la oscuridad.

«Maldita cosa la que tengo que hacer», pensó. «Me podrían matar para robarme. Encontremos a un policía y salgamos de aquí, pronto».

Caminó calle abajo. Un mendigo sin piernas les suplicó algo con una voz aguda, pero no se atrevió a darle ningún dinero. Nuevas piernas podrían haberle crecido tí impulsos de la codicia, del ansia de robarle, aunque pareciera imposible. Bien, detrás, una pareja siniestra le

seguía. ¿Dónde diablos habría un policía? ¿Es que nadie se preocupaba de lo que ocurría allá abajo?

Una forma enorme dobló una esquina. Tenía cuatro patas, un torso con brazos, una cabeza no humana. Langley la llamó.

-¿Por dónde se sale? ¿Dónde se encuentra el próximo ascensor para subir? Me he perdido.

El ser extraño le miró inexpresivo y siguió adelante.

-*No hablo Inglés.*

Etie Town, el barrio reservado a los visitantes de otra raza, estaba en alguna parte, por aquí. Allí podría encontrar seguridad, a pesar de que la mayor parte de los compartimentos estarían clausurados, siendo su interior ponzoñoso para él. Langley siguió por el camino por el que vino el desconocido. Sus perseguidores acortaron la distancia.

La música tronaba desde una puerta abierta. Allí había un bar, gente, pero no de la clase a quien pudiera pedir ayuda.

Mientras las nieblas finales de la droga se evaporaban, Langley se dio cuenta de que podía hallarse en una situación muy comprometida.

Dos hombres salieron de un pasadizo. Eran corpulentos, bien vestidos para ser comuneros. Uno de ellos se inclinó:

-¿En qué puedo servirle, señor?

Langley se detuvo, sintiendo la frialdad de su propio dolor.

-Sí -dijo con voz espesa-. Sí, gracias. ¿Cómo puedo salir de esta sección?

-¿Forastero, señor? -ambos se le colocaron uno a cada lado-. Nosotros le guiaremos. Por aquí.

-¡Muchísimas gracias! ¿Qué hacen ustedes aquí abajo? -preguntó de pronto Langley.

-Sólo dando una vuelta, señor.

Los modales eran demasiado cultivados, demasiado finos.

«¡*Estos son tan comuneros como yo*!».

-No importa. No... no quiero molestarles. Indíquenme solamente la dirección.

-¡Oh!, no, señor. Eso sería peligroso. Esta zona no es buena para ir a solas.

Una enorme mano caía sobre su brazo.

-¡No! -Langley exclamó enérgico.

-Me temo que nos vemos obligados a insistir -un empujón experto y se vio semiarrastrado por los dos desconocidos-. No le pasará nada, señor, confíese y no sufrirá ningún daño.

Apareció a la vista la forma alta de un policía esclavo. El aliento de Langley carraspeó en su garganta.

-Suéltenme -dijo-. Suélteme o...

Unos dedos se cerraron en torno a su cuello, sin hacerle mucho daño, pero haciéndole estremecer. Cuando se hubo recuperado, el policía había desaparecido de la vista.

Sintiéndose atontado, les siguió. El portal de un ascensor gravitacional se asomaba delante de él. *Me siguieron, pensó con amargura, claro que lo hicieron. Yo no sé lo estúpido que puede ser un hombre, pero esta noche me he ganado el primer premio de idiotas.*

Tres hombres aparecieron, casi surgidos de la nada. Vestían las túnicas grises de la sociedad.

-¡Ah! -dijo uno-; lo encontrasteis. Gracias.

-¿Que es esto? -los compañeros de Langley retrocedieron-. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué desean?

-Deseamos llevar a su casa al buen capitán -respondió uno de los recién llegados. Su rostro de barba bien recortada sonrió y una pistola apareció en la mano.

-Eso es ilegal... esa arma...

-Posiblemente. Pero morirá si no me hace caso... por muy ilegal que sea tener esta arma. Venga con nosotros, capitán, haga el favor.

Langley entró en el ascensor con sus nuevos captores. No parecía tener elección posible.

Los desconocidos no hablaron, si no que le acuciaron para que se apresurase. Parecían conocer todos los pasillos vacíos. Su progreso hacia arriba fue un viaje rápido y apenas vieron en el camino otro rostro. Langley trató de calmarse, sintiéndose arrastrado a lo largo de una marea oscura e irresistible. De nuevo en la parte superior de la ciudad, pináculos brillantes y lazos de luz diamantina contra las estrellas. El aire era cálido y dulce en sus pulmones, pero se preguntaba cuánto tiempo podría respirarlo. No lejos de la salida del ascensor, una torre impresionante octogonal se alzaba destacando del complejo general, su arquitectura extranjera la hacía fácilmente apreciable en contraposición con la ostentosa exuberancia fruto del Tecnicado. Un rotulo luminoso colgaba sobre su picacho con letras llameantes que crecían hasta formar las palabras: SOCIEDAD COMERCIAL. Entrando por un puente con suelo rodante, los cuatro fueron conducidos en un ascensor hacía una serie de apartamentos cerca del centro de este edificio.

Cuando salieron de la correa sin fin, se hallaron en una especie de cornisa y una pequeña aeronave negra aterrizó sin ruido junto a ellos, se oyó una voz, amplificada Hasta resonar a través de la murmurante quietud;

-¡No se muevan mas. Es la policía!

«¡*Policía*!» Las rodillas de Langley parecieron acuosas. Debió haberse figurado que Chanthavar no dejaría aquel lugar sin vigilancia. Había comunicado la alarma cuando notó la desaparición del hombre del espacio; la organización era eficiente y ahora estaba salvado.

Los tres comerciantes permanecieron inmóviles, sus rostros inexpresivos, como tallados en madera. Una puerta se dilató y otro humano salió del edificio mientras cinco esclavos vestidos de negro y un oficial ministerial bajaban de la nave. Era Goltam Valti. Esperó con los otros, frotándose las manos con un movimiento nervioso, como si se las lavara.

El oficial se inclinó ligeramente.

-Buenas noches, señor. Me complace ver que ha encontrado al capitán. Se le citará en la orden del día por este servicio.

-Gracias, milord. -Valti se inclinó. Su voz era aguda, casi irresistible hinchó sus gruesas mejillas y agitó su peluda cabeza de manera obsequiosa-. Han sido ustedes muy amables al venir, pero no había requerido su asistencia.

-No se preocupe, lo llevaremos a su casa ahorrándole esa molestia -dijo el oficial.

-¡Oh, señor!, seguramente usted me permitirá que yo ofrezca mi pobre hospitalidad a este desgraciado desconocido. El lema de la Sociedad es: un invitado jamás debe marcharse sin haber sido tratado bien.

-Lo siento, señor, pero tiene que venir con nosotros -en la vaga y oscilante luz el oficial frunció el ceño y en su tono de voz había un filo cortante y enérgico-. En otra ocasión, quizás. Ahora tiene que venir con nosotros. Esas son mis órdenes.

Valti se inclinó y emitió un murmullo.

-Simpatizo con usted, señor, pero estos humildes ojos lloran ante el pensamiento de disputar con su eminencia, pero a pesar de ser un pobre y desamparado gusano, como soy -el tono suplicante se convirtió en una amenaza enérgica-, me veo obligado a recordarle, milord, muy en contra de mi voluntad, sólo por mantener las relaciones en plan amistoso, que usted se encuentra en una zona que no es de su jurisdicción. Por el tratado de la Luna, la Sociedad tiene derechos de extraterritorialidad. Honorable señor, le ruego que no me obligue a pedirle su pasaporte.

El oficial se puso rígido.

-Le dije que tenía mis órdenes -dijo con voz espesa.

El corpachón corpulento del comerciante pareció de pronto enorme, recortado contra el firmamento. Su barba pareció erizarse. Pero la voz continuó ligera.

-Señor, el corazón me sangra por usted. Pero sea tan amable como para recordar qua este edificio está armado y con dotación. Una docena de pesadas piezas de artillería le apuntan y, con gran dolor, debo hacer respetar la ley. El capitán tomará un refresco conmigo. Después será enviado a su casa, pero en el presente es de la peor educación mantenerle de pie bajo este frió y húmedo aire. Buenas noche, señor.

Tomó a Langley por el brazo y le encaminó hacía la puerta. Los otros tres le siguieron y la puerta se cerró tras ellos.

-Supongo -dijo despacio el hombre del espacio-, que lo que yo desee no tendrá ninguna importancia.

-No esperaba tener el honor de hablar con usted privadamente tan pronto, capitán -dijo Valti-. Ni creo que usted lamente una charla mientras nos tomamos una copa de buen vino Amonite. Durante el viaje se estropeó un poco, para un paladar tan delicado como el suyo que lo notará sin duda, pero humildemente le aseguro que aún así y todo conserva muchos puntos de superioridad.

Había bajado por un vestíbulo y una puerta se abría ahora para ellos.

-Mi despacho, capitán -se inclinó Valti-. Tenga la bondad de entrar.

Era una habitación poco iluminada, enorme, de techo bajo, cubierta de estanterías que no tenían sólo microcarretes sino también algunos auténticos volúmenes en folio. Los sillones eran viejos y cómodos y el escritorio era grande y cubierto de papeles. Había una especie de bruma de tabaco fuerte en aquel aire un poco viciado.

Una criatura del tamaño de un simio, con pico en el rostro y ojos extrañamente luminosos bajo pequeñas antenas, entró llevando en sus peludos brazos una bandeja. Langley ocupó un sillón y aceptó una copa de vino caliente y oloroso y un platito con pastelillos. Valti rezongó y bebió un trago profundo.

-¡Ah! Esto sienta muy bien para mis viejos y reumáticos huesos. Me temo que las medicinas nunca serán capaces da remediar el cuerpo humano, que encuentra siempre los medios más ingeniosos para cambiar. Pero el buen vino, señor, buen vino y una chica linda y las queridas y brillantes colinas de la patria, esa es la mejor medicina que jamás pueda inventarse. Cigarros, Thakt, tenga la bondad.

La cosa simiesca saltó grotescamente sobre el escritorio y extendió una caja. Ambos hombres tomaron un cigarro y Langley encontró el suyo bueno. El ser extraño se sentó sobre

el hombro de Valti, rascándose su piel verde y emitiendo risitas. Sus ojos jamás abandonaron a los del hombre del espacio.

-Bueno... -después de aquel último par de horas, Langley estaba, agotado. Ya. no tenía dentro de sí más ganas de pelear, se relajó y dejó que el cansancio corriera a través de sus nervios y músculos. Pero su cabeza permanecía anormalmente clara-. Bueno, señor Valti, ¿A qué ha venido todo esto?

El comerciante expelió el humo y se arrellanó, cruzando sus regordetas piernas.

-Los acontecimientos comienzan a producirse con incómoda rapidez -dijo con voz tranquila-. Me alegro de que se haya presentado esta oportunidad de verle.

-Esos policías parecían deseosos de que no se hubiese producido.

-Claro -los ojos hundidos destellaron-. Pero les llevará algún tiempo preparar esas colecciones de reflejos que llaman cerebro y dedicarse a atacarme. Para entonces, usted estará en su casa, porque no le retendré mucho. El buen Chanthavar no lo soportaría, pero por fortuna está ocupado en otro lugar.

-Sí, tratando de encontrar a mis amigos -Langley sintió dentro de él un torpe rencor-. ¿Sabe usted dónde los llevaron?

-Lo sé -en su tono había simpatía-. Tengo mil propios agentes dentro de las fuerzas Solares y conozco más o menos todo lo que ocurrió allá abajo.

-¿Dónde están? ¿Como están?

La tristeza retorció la media torcida boca.

-Temo muchísimo por ellos, capitán. Probablemente estarán en poder de Lord Brannoch. Es posible que les suelten. No lo sé -Valti suspiró-. No poseo espías en su organización, ni él en la mía, espero.

-¿Está usted seguro de que Brannoch...?

-¿Quién si no? Qué yo sepa Chanthavar no tenía necesidad de poner en escena tal medida; podía ordenar que todos ustedes fuesen arrestados cuando le viniera en gana. Ninguno de los otros estados extranjeros está en esto en absoluto; son demasiado débiles. Brannoch es conocido como jefe del servicio de inteligencia militar Centauriano en Sol, a pesar de que hasta ahora ha sido lo bastante listo como para no dejar pruebas que dieran píe a su expulsión. No, las únicas potencias que cuentan en esta parte de la galaxia son Sol, Centauro y Sociedad.

-¿Y por qué querría Brannoch apoderarse de ellos? -preguntó Langley lentamente.

-¿No está claro? el ser extraño, Saris Hronna creo que se llama. Puede que sepan donde encontrarle. Usted no se da cuenta de la fiebre que ese Hronna nos ha causado a todos nosotros. Ustedes han sido vigilados a cada instante por agentes de las tres potencias. Yo jugaba con la idea de hacerles raptar por mi mismo, pero la Sociedad es demasiado pacifica para ser muy buena para esa clase de cosas. De todas maneras, Brannoch nos derrotó a todos. Al instante en que me enteré de lo que había ocurrido, envié a un centenar de hombres para que tratasen de localizarle. Por fortuna, un grupo tuvo éxito.

-Por poco no -dijo Langley-. Tuvieron que arrebatarme de otros... Centaurianos, supongo.

-Claro. No creo que Brannoch trate de asaltar esta fortaleza, especialmente puesto que tendrá, esperanzas de conseguir la información de sus amigos. ¿Cree que ellos les dirán algo?

-Depende -Langley contrajo los ojos y una profunda bocanada de humo-. Sin embargo lo dudo, nunca tuvieron gran intimidad con Saris. Yo sí, solíamos hablar durante horas, a pesar de que sigo sin poder saber que es lo que le hizo huir.

-¡Ah! vaya -Valti tomó un sorbo ruidoso de vino. En su rostro pesado no había ninguna expresión-. ¿Sabe usted por qué es tan importante?

-Me lo figuro. El valor militar de su habilidad para estropear o controlar las corrientes electrónicas, etc. Pero me sorprende que ustedes no tengan ninguna máquina que haga lo mismo.

-La ciencia murió hace tiempo -dijo Valti-. Yo, que he visto mundos en donde están todavía progresando, aunque estén por detrás de nosotros todavía, conozco la diferencia entre una ciencia viva y una muerta. El espíritu de mentes abiertas inquiere y se convierte en cosa extinguida cuando las civilizaciones humanas alcanzan su propio desarrollo.

Valti miró por debajo de sus párpados caídos.

-Hay, claro, modos de hacer que un hombre hable -dijo-. No la tortura, es demasiado cruda, pero hay drogas que desatan la lengua. Chanthavar ha dudado de utilizarlas con ustedes. Si ustedes no tienen, después de todo, idea de dónde está Saris, el proceso bastante desagradable podría preparar un bloqueo subconsciente que les impediría seguir pensando en ese problema. Sin embargo, puede que esto ahora lo bastante desesperado para dar ese paso. Seguramente lo hará en el momento en que sospeche que usted ha deducido algo. ¿Lo ha deducido?

-¿Y, por qué debería decírselo, señor?

Valti le miró con paciencia.

-Porque solo a la Sociedad se puede confiar un arma decisiva.

-Sólo nuestro partido debe tener esa arma -replicó Langley secamente-. He oído muchas veces esa canción.

-Considere -dijo Valti. Su voz permaneció desapasionada-. Sol es una civilización petrificada, interesada sólo en mantener el estado actual. Los Centaurianos fanfarronean mucho acerca del vigor de las gentes de la frontera, pero están tan muertos como los demás. Si ganasen, habría una energía de destrucción seguida por un molde similar, nada nuevo excepto un cambio de amos. Si un sistema sospecha que el otro se ha apoderado de Saris, atacará en seguida, iniciando la guerra más destructiva de la historia; que ya he visto reducciones a escala como usted no podría jamás imaginarse. Los otros estados mas pequeños no serían mejores, aún cuando estuviesen en posición de utilizar el arma de manera efectiva.

-De acuerdo -dijo Langley-, Quizás tenga razón. ¿Pero qué pretende lograr su preciosa Sociedad? ¿quien dice que ustedes son una raza de...? -Se detuvo dándose cuenta de que no encontraba una palabra que equivaliese a Santo o a Ángel, y terminó de manera débil: -¿Por qué ustedes lo merecen todo?

-No nos interesa el imperialismo -dijo Valti-. Nosotros llevamos el comercio entre estrellas...

-Probablemente limpiando los bolsillos en ambos extremos.

-Bueno, un comerciante honrado tiene que vivir. Pero no poseemos planeta, no estamos interesados en tener ninguno... nuestro hogar es el espacio mismo. No matamos excepto en defensa propia. Normalmente evitamos una pelea por la simple retirada; hay siempre sitio en abundancia dentro del universo y un salto largo hace fácil derrotar a los enemigos meramente sobreviviendo a ellos. Nosotros somos gente muy nuestra, con nuestra propia historia, tradiciones, leyes... la única potencia humana neutral en la galaxia conocida.

-Háble me más -dijo Langley-. Hasta ahora tengo sólo su palabra. Ustedes deben tener algún gobierno central, alguien que tome decisiones y coordina sus esfuerzos. ¿Quienes son? ¿Donde están?

-Seré sincero por completo, capitán -dijo Valti con tono suave-. No lo sé.

-¿En?

-Nadie lo sabe. Cada nave está facultada para manejar por si misma los negocios ordinarios. Llevamos informes en las oficinas planetarias, pagamos nuestro impuesto. No sé, sin embargo, dónde van los informes y el dinero, ni los enlaces terrestres en las oficinas. Hay una cadena de comunicaciones, una burocracia secreta tipo celular que sería imposible de rastrear a través de miles de años luz. Yo tengo un alto rango, dirigiendo de momento las oficinas solares y puedo tomar muchas decisiones por mi mismo. Pero por circuito sellado recibo de vez en cuando ordenes particulares. Debe haber por lo menos uno de los jefes aquí en la Tierra, pero donde y quién, o qué, no se lo podría decir.

-¿Cómo consigue este... gobierno... mantenerles; a ustedes en línea?

-Obedecemos -dijo Valti-. La disciplina naval es potente, incluso en aquellos quienes como yo mismo son reclutados en planetas más que nacidos en el espacio. Los ritos, los juramentos... condicionados a la propia voluntad, sé que no tienen caso cuando una orden ha sido deliberadamente violada. Pero somos gente libre. No hay ni esclavitud ni aristocracia entre nosotros.

-Excepto para sus patronos -murmuró Langley-. ¿Cómo saben que ellos trabajan para su propio bien?

-No es necesario leer nada siniestro o melodramático en las simplificaciones de una política de seguridad, capitán. Si los cuarteles generales y la identidad de nuestros jefes fuesen conocidos, serían demasiado fáciles de atacar y aniquilar. Tal y como es, la promoción de la burocracia envuelve la desaparición completa, probablemente el disfraz quirúrgico. Yo aceptaré contento las ofertas si alguna vez se me hace.

»Bajo estos patronos, como usted los llamó, la sociedad ha progresado en los mil años de su fundación. Somos una fuerza con la que hay que contar. Usted vio como fui capaz de hacer que ese oficial de policía mordiese el polvo ante mí.

Valti aspiró profundamente y siguió en el asunto:

-Y todavía no he recibido ninguna orden sobre Saris, obro porque me adelanto a los acontecimientos; si me hubiesen mandado que le mantuviese a usted prisionero, tenga la completa seguridad de que no saldría de aquí. Pero tal y como están las cosas, tengo bastante campo libre para negociar. He aquí mi ofrecimiento: Hay pequeñas naves interplanetarias escondidas en varios lugares de la Tierra. Usted puede marcharse cuando guste. Alejarse de este planeta. Seguramente oculto para cualquier volumen del espacio a menos que uno conozca su órbita, hay un crucero armado de gran velocidad. Si me ayuda a encontrar a Saris, les llevaré a ustedes dos y haré cuanto pueda por rescatar a sus compañeros. Se estudiará a Saris, pero no se le hará ningún daño. Si él lo desea más tarde puede ser devuelto a su mundo natal. Ustedes pueden unirse a la sociedad, o pueden hacer que se les envíe a cualquier planeta colonizado por los humanos más allá de la región conocida por Sol y Centauro. Hay ahí fuera muchos mundos adorables, una amplia variedad cultural, lugares en donde usted puede sentirse de nuevo en casa. Su recompensa monetaria le dará a usted un buen comienzo.

»No creo que le guste a usted ya más la Tierra, capitán. Ni me parece que preferirá la responsabilidad de desencadenar una guerra que desvastará los planetas. Me parece que su mejor camino es estar con nosotros.

Langley miraba el suelo. El cansancio estaba a punto de apoderarse de él. De volver a casa, deslizarse hacia atrás durante años de luz y siglos hasta encontrar de nuevo a Peggy... era un grito que nacía en su interior.

-No sé que hacer -murmuró-. ¿Cómo puedo estar seguro de que usted no me miente? -con un instinto de autopreservación, dijo-: No sé tampoco dónde está Saris, dese usted cuenta. Dudo hasta de poder encontrarle yo mismo.

Valti alzó una ceja de manera escéptica, pero no dijo nada.

-Necesito tiempo para pensar -suplicó Langley-. Déjeme que lo consulte con la almohada.

-Si usted desea -Valti se levantó y rebuscó en un cajón-. Pero recuerde, Chanthavar o Brannoch pueden pronto impedirle a usted que haga su elección, si ha de ser suya propia, tiene que hacerla pronto.

Sacó una caja pequeña, de plástico, plana y se la entregó.

-Esto es un comunicador, ajustado a una frecuencia que varía continuamente de acuerdo a unas series numéricas escogidas al azar. Únicamente puede ser detectado por otro similar, que yo poseo. Si me necesita, oprima este botón y llame. No es preciso que se lo lleve hasta la boca. Podría incluso rescatarle de enmedio de una fuerza armada, a pesar de que es mejor mantener en silencio este asunto. Aquí... manténgalo cerca de su piel, bajo sus ropas. No se le caerá, quedará colgado por si mismo y es transparente hasta para los rayos ordinarios que emplean los espías.

Langley se levantó.

-Gracias -musitó-. Es usted muy honrado dejándome ir.

«¿*O es sólo una triquiñuela para desarmarme*?».

-No vale la pena, capitán -Valti le acompañó adelantándose hasta el exterior. Un coche armado de la policía tomó tierra en la terraza-. Creo que le espera a usted un vehículo para transportarle a casa. Buenas noches, señor.

- Buenas noches -respondió Langley.

VIII

El Control del Tiempo había decretado lluvia para aquella zona hoy y Lora se alzó bajo un cielo bajo gris con sus torres más altas atravesando las brumas. Mirando por la ventana que constituía una de las paredes de su sala de estar, Brannoch vio solamente un metálico lleno de resplandor, desvaneciéndose en la cortina de agua de lluvia. De vez en cuando restallaba un relámpago y cuando ordenó que la ventana se abriese a su rostro le llegó una fría bocanada de aire.

Se sentía enjaulado. Mientras paseaba por la habitación arriba y abajo había rabia en su corazón. Musitó su informe como si cada palabra de él tuviese que morderse y escupirse para pronunciarla.

-Nada -dijo-. Ni una maldita cosa estéril. No lo saben. No tienen ni idea de dónde puede estar esa criatura. Sus recuerdos han sido revueltos hasta nivel celular y no ha aparecido nada qua podamos utilizar.

-¿Tiene alguna pista Chanthavar? -preguntó la voz lisa y mecánica.

-No. Mi agente Mesko en su último informe dijo que un almacén fue fracturado la noche en que el pequeño aparato volador fue robado y que varias cajas de raciones espaciales desaparecieron. Así que todo lo que tiene que hacer ese ser es esconderse en su cubil elegido, colocar la nave en vuelo automático y ponerse a esperar. Que es lo que en apariencia estaba haciendo entonces.

-Sería raro que los alimentos humanos le mantuviesen indefinidamente -dijo Thrymka-. Las posibilidades todas en favor de sus debilidades nutritivas son de que estas sean un poco diferentes de las nuestras. Habrá alguna pequeña deficiencia comulativa o intoxicante. Eventualmente puede enfermarse y morir.

-Eso puede emplear semanas -repuso Brannoch-, y mientras es posible que encuentre algún modo de conseguir lo que necesita. Pueden ser sólo elementos residuales o partículas simples, titanio... cualquier cosa. O quizás haga algún trato con alguno de esos grupos que le buscan. ¡Te digo que no hay tiempo que perder!

-Nos damos cuenta -respondió Thrymka-. ¿Has castigado a tus agentes por su fracaso en apoderarse de Langley también?

-No. Lo trataron, pero tuvieron la suerte en contra. Casi lo capturan, allá abajo en la Vieja Ciudad, pero luego miembros armados de la sociedad se lo quitaron de las manos. ¿Podían haber sido sobornados por Valti? Quizás fuese una buena idea dar a esa gota de sebo un balazo y deshacerse de él para siempre.

-No.

-Pero...

-No. La política del Consejo prohíbe el asesinato de un miembro de la Sociedad.

Brannoch se encogió de hombros amargamente.

-¿Por miedo a que dejen de comerciar con Centauro? Deberíamos construir nuestros propios navíos mercantes. Deberíamos ser independientes de todo el mundo. Día llegará en que el consejo verá...

-¿Después de que hayas fundado una nueva dinastía para regir una hegemonía interestelar Centauriana? ¡Quizás! -había una débil nota de ironía en la voz artificial-. Pero continúa con tu informe; sabes que preferimos la comunicación verbal. ¿No te han proporcionado Blaustein y Matsumoto ninguna información útil?

-Bueno... sí. Dicen que si alguien puede predecir en donde está Saris y qué es lo que hará, ese alguien es Langley. Nuestra mala suerte ha sido que no hemos tenido éxito en apoderarnos de él. Ahora Chanthavar ha montado tal guardia en su torno que el rapto sería imposible. -Brannoch se pasó una mano por su amarillento pelo-. He colocado igual número de hombres míos para vigilarle, claro. Por lo menos harán difícil que Chanthavar le haga desaparecer. Durante algún tiempo, estamos en un punto muerto.

-¿Qué has dispuesto hacer con los dos prisioneros?

-Bueno... todavía siguen en el escondrijo de la Ciudad Vieja. Anestesiados. Pensé borrarles la memoria del incidente y dejarles marchar. No son importantes.

-Pueden serlo -dijo el monstruo, o los monstruos-. Si vuelven a Chanthavar, serán rehenes que pueden ser capaces de obligar a Langley a que preste su cooperación. Pero es peligroso y enojoso seguir conservándolos nosotros. Hazles matar y que desintegren los cuerpos.

Brannoch se detuvo petrificado. Al cabo de largo rato, durante el cual el batir de la lluvia contra la ventana pareció un sonido estrepitoso, sacudió la cabeza.

-No.

-¿Por qué no?

-Asesinato en la línea del negocio es una cosa. Pero en Thor no matamos a los prisioneros desamparados.

-Tu argumento carece de lógica. Da las órdenes.

Brannoch permaneció quieto. El dibujo disimulado de la pared giraba lentamente ante sus ojos; en la parte opuesta, la lluvia era plata líquida bajando a raudales por el único gran panel.

Se le ocurrió rápidamente que jamás había visto a un Trimano. Allí habían estereógrafos, pero bajo el monstruoso peso de su atmósfera, arrastrados por un planeta de noventa mil kilómetros de diámetro y de tres gravedades terrestres, ningún hombre podía vivir. El suyo era un mundo en el que el hielo era como piedra para formar montañas, en donde los ríos y mares de amoniaco líquido se veían rasgados por tempestades que podían tragarse a toda la Tierra entera, en donde la vida se basaba en su química sobra el hidrógeno y el amoníaco en lugar del oxigeno y del agua, en donde explosiones de gas se producían rojas a través de una oscuridad impenetrable. La población de esas especies dominantes era calculada en 50.000 millones y un millón de años de historia registrada, les había unido en una civilización inhumana. No era un mundo de hombres y algunas veces deseaba que los hombres jamás hubiesen enviado robots para ponerse en contacto con los Trimanos.

Consideró lo que ocurría en el interior de aquel tanque: cuatro gruesos discos, de seis pies de diámetro, de un azul sucio, cada uno con seis cortas patas con amplias y agudas zarpas; entre cada par de patas había un brazo terminado en una mano. Se tres dedos y de fuerza fantástica. Un abultamiento en el centro del disco era la cabeza, rígidamente fija, con cuatro ojos colocados en torno a un tronco como una antena y sobre el cual un tímpano en vez de oídos. Debajo estaba la boca y otro tronco que contenía la nariz y una especie de trompa alimentadora. Uno no podía distinguir a dos ejemplares de la misma especie, ni por su aspecto ni por sus actos. No había diferencia en fue hablase Thrymka 1 o Thrymka 2.

-Te estas debatiendo entre rehusar o no -dijo la voz microfónica-. No nos tienes especial cariño.

Eso era una maldita parte. A poca distancia un Trimano podía a la mente. Uno podía verse imposibilitado de elaborar un plan o un pensamiento que ellos no comprendieran. Esa era una razón por la que se habían convertido en consejeros valiosos. La otra razón estaba, ligada con la primera: uniéndose las antenas, podían descartar cualquier lenguaje hablado, comunicándose directamente por el pensamiento de nervio a nervio, en una ligación en la que la individualidad quedaba perdida y varias inteligencias, entidades altamente especializadas, se convertían en un cerebro de poder y potencia inimaginables. El consejo de tales multicerebros había contribuido mucho para ayudar a la liga de Alfa Centauro a alcanzar su fortaleza actual.

Pero no eran humanos. Ni remotamente... Apenas tenían nada común con el hombre. Comerciaban con la liga, un intercambio de primeras materias necesarias mutuamente; se sentaron en el consejo, conservaban posiciones altamente ejecutivas. Pero la endiablada habilidad que hacía a sus mentes casi ilimitadas, era un peligro, por ser seres extraños. No se conocía nada de su cultura, su arte, sus ambiciones. Las emociones que pudieran tener. Eran tan extrañas que la única posible comunicación con la humanidad estaba a nivel de una fría lógica.

¡Maldita sea!, un hombre era algo más que una máquina lógica.

-Tu manera de pensar se enturbia -dijo Thrymka-. Puedes aclararla formulando verbalmente tus observaciones.

-No quiero hacer que maten a esos hombres -dijo Brannoch con llaneza-, es una cuestión de ética. Nunca me perdonaría el haberlo hecho...

-Tu sociedad te ha acondicionado a lo largo de líneas arbitrarlas -dijo Thrymka-. Como en la mayor parte de tus conceptos relacionales, ese es insensato, va contra la supervivencia. Dentro de una civilización unificada, que el hombre no posee, tal ética podría

justificarse, pero no ante el aspecto de las condiciones existentes. Se te ha ordenado que mates a esos hombres.

-¿Y si no lo hago? -preguntó Brannoch con voz suave.

-Cuando el consejo se entere de tu insubordinación, serás destituido y todas tus posibilidades para alcanzar tus ambiciones, se desvanecerán.

-El consejo no tiene por qué enterarse. Podría romper el tanque vuestro. Estallaría como pesos de las profundidades. Un accidente lamentable.

-No lo harás. No puedes prescindir de nosotros. También, el hecho de tu culpabilidad sería conocido por todos los Trimanos del consejo en cuando te presentases ante ellos.

Brannoch dejó caer los hombros. Le tenían en sus manos y lo sabía. De acuerdo con sus propias órdenes de la patria, ellos tenían que dar siempre la opinión final.

Se sirvió una fuerte bebida y la apuró de un trago. Luego pulsó un comunicador especial.

-Yantri hablando. Desembarazaros de esos dos motores. Desmantelar las partes. Inmediatamente. Eso es todo.

La lluvia seguía cayendo de manera infinita. Brannoch la miró inexpresivo. Bueno... eso era todo. «*Traté de no hacerlo*».

La fuerza del alcohol le reconfortó. Había ido contra el grano, pero ya había matado a muchos hombres antes, y no pocos con sus propias manos. ¿Era muy diferente el modo de su propia muerte?

Se sacudió de sí mismo tales pensamientos, tratando de apelar a la última frialdad que circulaba por su sangre. Quedaba mucho que hacer.

-Supongo -dijo-, que sabéis que Langley va a venir aquí hoy.

-Hemos leído eso en tu cerebro. Pero no estamos seguros de que Chanthavar lo permita.

-Para conseguir una pista de mí, claro, una idea de mis procedimientos También, él tendría que colocarse contra sus autoridades más altas, algunas de las cuales están en mi nómina, que han decretado que Langley tenga un máximo de libertad durante una temporada. Hay mucha parte de sentimentalismo en ese hombre del pasado. Chanthavar les desafiaría si pensase que podía ganar algo, pero ahora mismo quiere utilizar a Langley para cebo para mí. Darme el suficiente voltaje para que me electrocute.

Brannoch sonrió, sintiéndose de repente más animoso.

-Yo le seguiré el juego. No objeto a que conozca mi juego en el presente, porque no hay mucho que pueda hacer por impedirlo. He invitado a Langley para que se deje caer y charlaremos. Si sabe donde está Saris, podréis leerlo en su mente. Dirigiré la conversación en ese sentido. Si no lo sabe, entonces tendré un plan para descubrir exactamente lo que él ha descubierto del problema y cual es la respuesta.

-El balance es muy delicado -dijo Thrymka-. En el momento que Chanthavar sospeche que tenemos una pista, tomará sus medidas.

-¡Lo sé. Pero voy a activar a toda la organización: Espías, sabotaje, sedición, por todo el Sistema Solar. Eso le mantendrá ocupado, y le hará posponer su arresto e interrogatorios de Langley hasta que esté seguro de que el individuo lo sabe. Mientras tanto, podemos... sonar una campana. Ese debe ser él ahora, en el ascensor bajo. ¡Ya vamos!

Langley entró con un paso lento, mirando en el umbral. Parecía muy cansado. Sus ropas convencionales no eran disfraz para él, incluso si no de una sola raza pura y sin

mezclas, uno le reconocería de inmediato como extranjero por su manera de andar, sus gestos, y un millar de sutiles indicios. Brannoch pensó con simpatía en lo solitario que el hombre debería estar. Luego, con una risa secreta, pensó: «*ya arreglaremos eso*».

Adelantándose, su capa rojo llama ondeando desde sus hombros, el Centauriano sonrió.

-Buenos días, capitán. Ha sido usted muy amable al venir. Esperaba ansioso esta charla con untad.

-No puedo quedarme mucho -dijo Langley.

Brannoch lanzó una mirada hacia la ventana. Una nave de combate volaba con la lluvia cayendo por sus costados. Había hombres apostados en todas partes, rayos espías, armas dispuestas a utilizarse. Era inútil intentar un rapto esta vez.

-Bueno, por favor, siéntese. Beba algo -dejando caer su propia forma enorme en un sillón añadió-: Probablemente le aburriré con preguntas estúpidas acerca de su período y de cómo vivían entonces. Pues, bien, se equivoca. No iré por ahí. Pero quiero preguntarle algo acerca de los planetas en que se detuvo.

El rostro flaco de Langley se endureció.

-Mire -dijo lentamente-. El único motivo que he tenido para venir fue el de tratar de sacar de sus garras a mis compañeros.

Brannoch se encogió de hombros.

-Lo siento mucho -su tono era gentil-. Pero mire, no los tengo. Admito que deseaba hacerme con ellos, pero alguien más se me adelantó.

-Si eso es una mentira, se podrá conservar hasta que uno de ellos aparezca -dijo el hombre del espacio con frialdad.

Brannoch sorbió su bebida.

-Mire, no puedo demostrarlo, no puedo demostrárselo. No le censuro por mostrarse receloso. ¿Pero por qué echarme la culpa particularmente? Hay otros que también estaban tan ansiosos como yo. Por ejemplo, la Sociedad comercial.

-Ellos... -Langley dudaba.

-Lo sé. Se apoderaron de usted hace un par de noches. Las noticias circulan con rapidez. Deben de haber hablado con usted en términos muy dulces. ¿Cómo saber que le decían la verdad? A Goltam Valti le gusta acercarse de manera sinuosa. Le agrada pensar en sí misino como una araña y no es mala esa táctica, tampoco.

Langley fijó en él sus ojos atormentados.

-¿Se apoderó o no se apoderó usted de mis hombres? -preguntó con aspereza.

-Por mi honor, no -Brannoch no tenía escrúpulos de condénela cuando era preciso-. No tengo nada que ver con lo que ocurrió esa noche.

-Había dos grupos mezclados. Uno era la Sociedad. ¿Cuál era el otro?

-Posiblemente también los agentes de Valti. Sería esperanzador que usted le creyese una especie de salvador. ¡Oh... aquí hay una posibilidad! Chanthavar mismo montó la escena del rapto. Quería probar la interrogación, pero manteniéndole a usted como reserva. Cuándo usted se le escapó, la pandilla de Valti pudo haber tratado de aprovecharse de la oportunidad o el propio Valti es posible que esté en la nómina de Chanthavar... o incluso, por fantástico que parezca, Chanthavar en la de Valti. Las permutaciones del soborno... -Brannoch sonrió-. Me imagino que se va a mostrar usted muy escarmentado cuando vuelva con el amigo Channy.

-Sí, ya le dije lo que pensaba hacer. Ya estoy harto de quo me acucien por todas partes. -Langley dio un gran sorbo a su bebida.

-Estoy mirando dentro del asunto -dijo Brannoch-. Tengo que conocerle yo mismo. Es más, aún no me ha sido posible descubrir nada.

Langley retorció los dedos.

-¿Cree que volveré a ver a esos muchachos? -preguntó.

-Es difícil decir. Pero no pierda las esperanzas y no acepte ninguna oferta de comercio con sus vidas a cambio de su información.

-No quiero ni pensarlo. Se arriesga demasiado.

-No -murmuró Brannoch-. No creo que usted lo piense.

Se relajó todavía más y lanzó la pregunta clave:

-¿Sabe usted dónde está Saris Hronna?

-No, no lo sé.

-¿No tiene la menor idea? ¿No está en un sitio probablemente por aquí?

-No lo sé.

-Bueno, le prometí no molestarle. Relájese, capitán. Usted parece un sauce mustio. Tome otra copa.

La conversación se mantuvo durante una hora, errando desde estrellas a planetas. Brannoch se mostró encantado y creyó haber conseguido agradar a su invitado.

-Tengo que irme -dijo por último Langley-. Mis señoritas de compañía deben de estar poniéndose nerviosas.

-Como quiera. Vuelva cuando guste. -Brannoch le acompañó hasta la puerta-. ¡Oh, a propósito! Habrá un regalo para usted cuando regrese. Creo que le gustará.

-¿Eh? -Langley miró con fijeza.

-Nada de sobornos. No estará obligado a mí bajo ningún concepto. Si no lo acepta, me consideraría ofendido. Pero se me ha ocurrido que con toda esa gente tratando de utilizarle como si fuese una herramienta, a nadie se le ha ocurrido pensar que es usted un hombre. -Brannoch le puso la mano en el hombro-. Hasta la vista. Buena suerte.

Cuando se hubo ido el Centauriano volvió hacia sus escuchas. Había un ardor dentro de él.

-¿Lo conseguisteis? -preguntó-. ¿Captasteis sus pensamientos?

-No -dijo la voz-. Nos fue imposible leer su pensamiento.

-¿Qué?

-Todo era un jeroglífico. Nada había reconocible. Tenemos ahora que fiarnos de tu plan.

Brannoch se derrumbó en la silla. En poco tiempo se notó desalentado. ¿Por qué? ¿Acaso la lenta acumulación de mutaciones había alterado tanto el cerebro humano? No lo sabía. Los Trimanos jamás habían confiado a nadie cómo funcionaba su telepatía.

Pero... bueno, Langley era todavía un hombre. Había una oportunidad. «*Una buenísima posibilidad, si yo conozco a los hombres*». Brannoch suspiró con amargura y trató de alejar de si mismo aquella tensión.

IX

La escolta de la policía le acompañó todo el camino de regreso. Y habría otros entre las multitudes de los puentes-pasos, escondidos tras el diluvio que hacía opacos los transparentes coberturas. No mas paz, no más intimidad... a menos que cediese, que dijese lo que realmente pensaba.

Tendría que hacerlo o antes de mucho su mente se vería destrozada y sus conocimientos extraídos, mientras, reflexionó Langley, hasta ahora había hecho un buen trabajo de disimulo, de actuar confuso. No era demasiado difícil. Venía de otra civilización y sus cambios de tono y gesto y voz no podían ser interpretados por los más expertos psicólogos de hoy. También había sido en sus tiempos un buen jugador de poker.

¿Pero quién? ¿Chanthavar, Brannoch, Valti? ¿No tenía Saris ningún derecho en el asunto? Todos podrían estar mintiéndole. Podía ser que no hubiese ni una palabra de verdad en ninguno de sus argumentos. Quizás nadie debería tener la nueva fuerza, posiblemente lo mejor era reducir a Saris a cenizas con un rayo de energía y olvidarle. ¿Pero cómo siquiera podría hacerse eso?

Langley sacudió la cabeza. Tenía que decidirse y rápido. Si leía uno de esos raros y difíciles libros, aprenderla algo... sólo un poco, sólo lo bastante para deducir en quién se podía confiar más. O quizás debería cortar por lo sano. No sería nada más sensato el sortear para ver a quien confiaba su secreto que afrontar en el ciego destino que parecía regir la suerte de la humanidad.

No... tenía que vivir fiel a si mismo, todo el resto de sus días.

Salió a la terraza de la torre del palacio que pertenecía a su apartamento. El pasillo le condujo hasta el ascensor y partió hacia arriba, en dirección a su propio nivel. Cuatro guardias, de aspecto inhumano en la todavía negra armadura de combate que parecía tejido, le siguieron; pero por último se quedaron al exterior de su puerta.

Langley se detuvo para dejarles que hiciesen una pesquisa.

-Ábrete, sésamo -dijo con voz cansada y atravesó el umbral. La puerta se cerró sola detrás de él.

Entonces, por un ratito, hubo como una explosión en su cabeza y permaneció plantado en la densa oscuridad.

Aquello se alzó. El giró sobre sus pies, sin moverse, sintiendo lágrimas que le corrían por el rostro.

-Peggy -susurró.

Ella se le acercó con la misma gracia de su caminar a zancadas, gracias a sus largas piernas, que él recordaba. El sencillo vestido blanco estaba ceñido a la esbelta cintura con un elegante prendedor y el cabello rizado le caía hasta los hombros. Los ojos eran grandes y verdes, había suavidad en la boca amplia, su nariz un poco respingona y en sus bordes y en su puente unas cuantas pecas diminutas que le daban gracia. Cuando estuvo cerca se detuvo y se arrodilló ante él. Vio cómo la luz resbalaba sobre su brillante cabello.

Le extendió la mano como para tocarla, pero su mano no quiso obedecer y seguir todo el camino. De repente sus dientes castañetearon y hubo un escalofrío en su carne. Ciego, le volvió la espalda a ella.

Batió sus puños contra la pared, apenas tocándola, dejando que las fuerzas que le dominaran sus nervios se le extendiesen controlando los músculos que deseaban destrozar el mundo. Parecía que pasaría una eternidad antes de que pudiese volverla a mirar a la cara. Ella todavía estaba esperado.

-No eres Peggy -dijo a través de sus lágrimas-. No eres Peggy.

Ella no comprendía el inglés, pero debió haber captado su significado. La voz era baja, como la de Peggy fue, pero no completamente idéntica.

-Señor, me llaman Marin. He sido enviada como regalo por Lord Brannoch Dhu Crombar. Será un verdadero placer servirle.

«*Por lo menos*». Pensó Langley, «*ese hijo de perra ha tenido el bastante sentido común para darle otro nombre*».

Su corazón, latiendo a gran velocidad dentro de la jaula de sus costillas, comenzó a fallar en sus ritmos y abrió la boca en busca de aire. Poco a poco, llamó al robot de servicio.

-Dame un calmante -dije-. Necesito permanecer consciente pero tranquilo.

La voz le sonó extraña a sus oídos.

Cuando hubo tragado un líquido, sintió una oscuridad creciente. Sus manos temblaron mientras el calor regresaba a ellas. El corazón disminuía el ritmo, los pulmones se extendieron, la piel sudorosa se estremeció y se relajó. Dentro de él hubo equilibrio, como si su pena datase de muchísimos años.

Examinó a la chica y ella le dirigió una tímida sonrisa. No... no era Peggy. El rostro y la figura, sí, pero ninguna mujer americana habría sonreído jamás de aquel modo, con aquella particular curva en los labios. Ella era un poco más alta, se dio cuenta, y no caminaba como las nacidas libres. Y la voz...

-¿De dónde has venido? -preguntó él, vagamente confuso ante la uniformidad de su tono-. Háblame de ti misma.

-Soy un esclavo de la Clase Ocho -respondió ella, cariñosa pero sin darse cuenta de su expresión de voz-, A nosotros nos crían para ser compañeros inteligentes y agradables. Tengo veinte años y soy virgen. Milord Brannoch me compró hace pocos días, me hizo unas cuantas alteraciones quirúrgicas y psicológicas para acondicionarme y me envió aquí como regalo para usted. Estoy a sus órdenes, señor.

-Todo arreglado, ¿eh?

-Sí, señor. Todo arreglado. Le serviré como usted quiera-. Había en sus ojos un débil resplandor de miedo.

Las historias acerca de propietarios pervertidos sádicos debían haber circulado a través de los centros de adiestramiento y cría de esclavas. Pero a él le gustó el modo en que ella le miraba.

-No importa -dijo-. No voy a hacer nada en absoluto. Volverás a Lord Brannoch y le dirás que es un sucio bastardo que acaba de destruir cualquier posibilidad de conseguir mi cooperación. Repítale mis mismas palabras.

La chica se ruborizó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Por lo menos ella tenía orgullo... bueno, claro que Brannoch debería saber que Langley no se interesaría en una muñeca sin alma. La joven debía hacer un esfuerzo para controlar su respuesta:

-Entonces, ¿no me quiere usted, señor?

-Limítate a entregar ese mensaje. Márchate.

La chica se inclinó y se volvió para irse. Langley se apoyó contra la pared, con los puños fuertemente apretados.

«¡*Oh, Peggy, Peggy, cariño mío*!».

-¡Espere un momento! -parecía como si hubiese hablado otra persona. La chica se detuvo.

-¿Dígame, señor?

-Cuéntame... ¿qué será de tí ahora?

-No lo sé, señor. Lord Brannoch puede castigarme... -sacudió la cabeza con una extraña y tozuda sinceridad que no encajaba en una esclava. Pero Peggy también había sido de aquella manera-. No, señor. Se dará cuenta de que yo no tengo la culpa. Quizás me mantenga durante una temporada. O me venda a alguien. No lo sé.

Langley sintió una congoja fuerte en su garganta. ¡El gordo ministro Yuliem babeando a una chica que se parecía a Peggy!

-No -sonrió, la sonrisa le lastimó en la boca-. Lo siento. Tú... me asombraste. No te vayas. Siéntate.

Encontró una silla para sí mismo y ella lo hizo doblando las rodillas y sentándose sobre los talones. A sus pies. Langley le acarició la cabeza con gran suavidad.

-¿Sabes quién soy? -preguntó.

-Sí, señor. Lord Brannoch me dijo erais un hombre espacial de una época muy antigua que se perdió y... yo me parezco a vuestra esposa, ahora. Supongo que utilizó fotografías para hacer la copia, Dijo que vos estaríais agradecido por tener a alguien que se pareciese físicamente a ella.

-¿Y qué más? ¿Qué se supone que deba hacer yo? ¿Debes de tratar de convencerme para lo ayude? Necesita mi concurso en un asunto muy importante.

-No, señor -ella le sostuvo la mirada tranquila-. Yo tengo que obedecer únicamente a todos vuestros deseos. Eso... -Un leve ceño cruzó su suave frente, muy parecido a aquellos ceños de Peggy que Langley tenía grabados en su corazón-. Eso puede que él crea depende de vuestra gratitud.

-¡Buena posibilidad! -Langley trató de pensar.

No era propio de Brannoch, que debería ser un realista cínico, creer que eso es lo que haría al hombre espacial rendirse ante su magnanimidad. ¿O sí que lo era? Algunos rasgos de la naturaleza humana habían cambiado con el cambio total de la sociedad. Quizás un terrestre de hoy reaccionase de ese modo.

-¿Esperas de mí que me sienta obligado con él? -preguntó despacio.

-No, señor. ¿Por qué ibais a estarlo? Yo no soy ningún regalo costoso.

Langley ansió poseer su vieja pipa. Se tendría que encargar uno de estos días en ordenar que se le preparase algo de tabaco cortado según los viejos tiempos, pensó vagamente; nadie, en aquella época, fumaba pipa. Acarició el bronceado cabello de la muchacha con una mano que la droga había devuelto su tranquilidad.

-Háblame de ti misma, Marin -dijo-. ¿Qué, clase de vida debes llevar?

Ella la describió, competentemente, sin rencor pero sin alegría. El centro no concordaba con ninguna de las nociones preconcebidas de Langley. Lejos de ser un lugar de lujuria, sonaba como un convento bastante liberal. Allí había bosques y campos para pasear entre las murallas; allí se recibía una educación excelente; allí no había intentos -excepto para condicionar la aceptación de llegar a ser propiedad- para coartar cada personalidad de desarrollarse en su propio modo. Pero, claro, aquellas chicas estaban destinadas a ser concubinas de alta categoría, algo más que sólo un cuerpo.

Con la languidez que le produjo el sedante, Langley apercibió que Marin podría serle muy útil. La hizo unas cuantas preguntas acerca de historia y de los acontecimientos corrientes y ella le proporcionó inteligentes respuestas. Quizás su cultura podría ayudarle a decidir qué es lo que tendría que hacer.

-Marin -preguntó ensoñador-, ¿Has cabalgado alguna vez en un caballo?

-No, señor. Sé pilotar un coche o un volador, pero jamás monté ningún animal. Sería gracioso probarlo -ella sonrió completamente tranquila ya.

-Mira -dijo Langley-, deja ese tratamiento de usted y no me vuelvas a llamar señor. Mi nombre es Edward... para abreviar sólo Ed.

-Sí, señor... Edward... -frunció con una seriedad infantil-. Trataré de recordar. Perdóname si me olvido. Y en público será mejor conservar las reglas ordinarias.

-Está bien. Ahora... -Langley no podía resistir aquellos claros ojos. Desvió la vista y la clavó en la lluvia-. ¿Te gustarla ser libre?

-¿Señor?

-¡Ed, maldición! Supongo que puedo darte la libertad. ¿No te gustaría ser agente libre?

-Es... muy amable por su parte -respondió ella despacio-. Per...

-¿Bien?

-¿Pero qué podría hacer? Tendría que bajar al nivel más bajo, llegar a ser la esposa de un comunero o una sirvienta o una prostituta. No hay otra elección.

-Bonito sistema. Aquí arriba, por lo menos estas protegida y entre tus iguales intelectualmente hablando. Está bien, fue sólo una idea. Considérate parte de los muebles.

Ella rió.

-Eres... estupendo -dijo-. Tuve muchísima suerte.

-Y un infierno que sí. Mira, voy a mantenerte cerca porque no tengo corazón para soltarte. Pero puede haber peligro. Estoy precisamente en el centro de un juego interestelar de póquer y... trataré de sacarte de debajo si las cosas se ponen mal, pero puede que no lo consiga. Vine con sinceridad, ¿puedes enfrentarte a la perspectiva de que te maten O... o cualquier cosa así?

-Sí, Langley. Me han adiestrado a poseer el hábito del valor físico.

-Yo desearía que no me hablases de ese modo -dijo él con tristeza-. Pero supongo que no se puede evitar. La gente puede seguir siendo la misma en su interior, pero se creen diferentes en la superficie. Bueno...

-¿Cuál es tu peligro, Edwy? ¿Puedo ayudarte? -ella le puso una mano en la rodilla. Era una mano esbelta pero fuerte-. Quiero ayudarte, de veras.

-Ajaja -sacudió la cabeza-. No voy a decirte más de lo que deba, porque si la gente cree que sabes algo te convertirás en una apuesta del juego también. -Tuvo que utilizar la frase inglesa. Sólo el ajedrez había sobrevivido a los juegos de su época, pero la muchacha se hizo una idea bastante apropiada del sentido-. Y no trates de deducir cosas, tampoco. Te lo aseguro, es peligroso.

No había cálculo en el modo en que ella se levantó y se apoyó sobre él y le acarició la mejilla con una mano.

-Lo siento -susurró la joven-. Tiene que ser terrible para ti.

-Lo soportaré. Continuemos con el viaje. Me gustas, pero ahora estoy bajo el efecto de un sedante. Fue toda una impresión verte y durante algún tiempo no lograré acostumbrarme. Mantente un poco al fondo, Marin; busca cobijo si empiezo a arrojarte cosas. No trates de mostrarte simpática. Limítate a dejarme tranquilo. ¿Entendido?

La chica asintió sin decir nada.

A pesar de la droga, su voz se hizo áspera. Todavía sentía un cuchillo dentro de él.

-Puedes dormir en esa habitación. Me gustas, pero no deseo tu rosado cuerpo. No... del modo en que van las cosas.

-Está bien -contestó ella tranquila-. Comprendo. Si cambias de idea, también lo entenderé -al cabo de un momento, añadió-: Has de saber que si quieres puedes hacer que me alteren mi aspecto físico otra vez.

Langley no respondió, sino que se sentó maravillado. Era la respuesta lógica... No. Siempre se acordaría. No quería esconderse de un hecho cierto.

Sólo en su habitación, Langley se puso el pijama y se metió en la cama. Cerrando los ojos, trató de evocar la imagen de Peggy. Ella había muerto, se había ido hacía tanto tiempo que su mismísima sangre estaba diseminada por toda una raza completa. Entraba dentro de lo posible que todos a los que había conocido, Chanthavar y Brannoch y Valti y Marin y Yulien y los comuneros anónimos apiñados en el nivel más bajo, hubiesen partido, fuesen descendientes, de una noche inolvidable con ella. Era un pensamiento extraño. Se preguntó si se habría vuelto a casar; esperaba que sí, esperaba que el segundo marido hubiese sido un hombre bueno y que su vida hubiera transcurrido feliz, pero no era probable. Peggy era de esa clase de mujeres que sólo se entregan una vez.

Trató de verla ante él pero era difícil conseguir una visión clara. Marin la borraba, ellas eran como dos fotografías una de la otra y no completamente iguales, con los bordes borrosos. La sonrisa de Peggy jamás fue como la que acababa de ver ahora... ¿o sí?

Pudieron ser horas más tarde cuando oyó una explosión.

Se sentó en el lecho, mirando a ciegas ante él. ¡Aquello había sido el estampido de un detonador!

Otra detonación se oyó y unas botas taconearon sobre el suelo. Langley se puso en pie. Fuerza armada... ¡Un verdadero rapto esta vez, a pesar de todos los guardias! Otro disparo de energía flameó en alguna parte fuera de la habitación y oyó un juramento exclamado con una voz profunda.

Se agazapó contra la pared más lejana, doblando los puños. No había luces. Si iban tras él, que les costase su trabajo localizarle.

El tumulto rodó hasta algún lugar de la sala de estar. Luego oyó el grito de Marin.

Saltó hacia la puerta.

-¡Abrir, malditos! -la puerta le oyó y se dilató. Un brazo metálico le empujó hacia atrás, derribándole al suelo.

-Quédese donde está, señor -era una orden áspera musitada por alguien que ocupaba el casco de combate parecido a una máscara-. Han entrado...

-¡Dejadme salir! -Langley empujó a la forma gigante del policía solar. Fue inútil; el esclavo permaneció inmóvil como si fuese una roca.

-Lo siento, señor, mis órdenes son...

Un rayo blanco azulado cruzó el campo de vista. Langley pudo ver a una figura con traje espacial saliendo por la destrozada ventana y a Marin retorciéndose en sus brazos. Otro policía le perseguía, disparando frenético.

Luego, despacio, se produjo un silencio.

El guardia se inclinó.

-Ya se han ido, señor. Salga si desea.

Langley avanzó en el desorden de su sala de estar. Había humo, plástico quemado, y el amargo regusto del ozono. Los muebles estaban destrozados y entre ellos se veían las figuras negras y corpulentas de los hombres con armaduras que llenaban la cámara.

-¿Qué pasó? -gritó-. En nombre de Dios, ¿Qué ha pasado?

-Tranquilícese, señor -el jefe del pelotón se echó atrás el casco; la afeitada cabeza le parecía pequeña, saliendo del metal y de la tela que encajonaba su cuerpo-. Usted está bien. ¿Desea un sedante?

-¡Te pregunté qué es lo que ha pasado! -Langley deseaba destrozar aquel rostro impasible-. Adelante, dímelo... te lo ordeno.

-Muy bien, señor. Dos espacionaves pequeñas, armadas, nos atacaron desde el exterior -el comandante señaló al destrozado ventanal-. Mientras una entretenía nuestras lanchas, la otra descargó a varios hombres con armadura espacial y unidades de vuelo antigravitacionales, que entraron en la «*suite*». Algunos da ellos permanecieron fuera temiendo a raya a los refuerzos nuestros que venían por la puerta, uno se apoderó de vuestra esclava. Luego nos reunimos, vinieron más hombres y el enemigo se retiró. No ha habido bajas en ningún lado, creo. Ha sido una acción breve. Por fortuna no pudieron apoderarse de usted, señor.

-¿Quiénes eran ellos?

-No lo sé, señor. Su equipo no era el normal de ninguna fuerza militar o policíaca conocida. Creo que una de nuestras aeronaves les ha enviado un rayo rastreador, pero es imposible seguirlas fuera de la atmósfera y es difícil imaginar a donde van. Pero, cálmese, señor. Está usted a salvo.

«*Sí. A salvo*». Langley se reprimió y se apartó. Sentía como si le hubiesen exprimido todas sus fuerzas.

Al cabo de una hora apareció Chanthavar. Su rostro permaneció cuidadosamente inexpresivo mientras examinaba los destrozos.

-Se han ido, de acuerdo -dijo-. Pero no importa mucho, puesto que fracasaron.

-¿Quiénes eran, lo sabe? -preguntó con torpeza Langley.

-No, no podría decirlo. Probablemente Centaurianos, posiblemente de la sociedad. Lo investigaré, claro -Chanthavar encendió un cigarrillo-. En cierto modo, es un signo esperanzador. Cuando un espía recurre a los métodos de fuerza, es que, de ordinario, se halla desesperado.

-Mire -Langley le cogió del brazo-. Tiene usted que encontrarles. Tiene que conseguir que me devuelvan a esa chica.

Chanthavar fumó con ahínco su cigarrillo, sorbiendo hasta que las mejillas se le hincharon tanto que desaparecieron los pómulos. Sus ojos se clavaba calculadores en el americano.

-¿De modo que ella ya ha llegado a significar mucho para usted? -preguntó.

-¡No! ¡Bueno, maldito sea siempre, es solo honradez! Usted no puede dejar que ellos la destrocen, buscando algo que la muchacha no sabe.

-Es sólo una esclava -se encogió de hombros Chanthavar-. En apariencia fue raptada debido a un impulso cuando se vieron repelidos de sus habitaciones. Eso no significa nada. Le daré un duplicado de ella si eso es tan importante para usted.

-¡No!

-De acuerdo, como guste. Pero si usted trata de comerciar con información para que se la devuelvan...

-No quiero -dijo Langley. Su mentís se había convertido en un reflejo mecánico-. No tengo nada en que comerciar... todavía no, de todos modos.

-Yo lo haré todo con mis fuerzas -repuso Chanthavar. Palmeó el hombro de Langley con una breva y sorprendente amistad-. Ahora vuélvase a la cama. Prescribo dos horas de descanso con una droga de sueños.

Langley la tomó sin protestar. Sería algo que permitiría escapar del sentido de su propia y profunda impotencia. Cayeron en abismo sus sueños, sus recuerdos.

Al despertar encontró todo reparado mientras dormía; la pelea de la noche anterior pareció no haber ocurrido nunca. Por la tarde el Sol hizo brillar a las naves que patrullaban más allá de su ventana.

Su mente se aferraba al problema como un perro hambriento a un hueso viejo del que ha desaparecido toda partícula nutritiva. Marin... Porque ella se le había acercado, ella se había ido perdiéndose en la oscuridad. Porque ella había sido amable con él, ella había sido entregada al miedo y a la cautividad y al tormento.

¿Era sólo porque se parecía a Peggy? ¿Era por ella misma? ¿Era el principio de algo? Cualquier cosa que fuese la angustia de él tenía un origen, y era una cosa actual, presente.

Pensó en llamar a Brannoch, en llamar a Valti, arrojándoles al rostro sus acusaciones y... ¿y qué? Lo negarían todo. Varias veces llamó al despacho de Chanthavar, para ser informado por una enloquecedoramente educada secretaria que había salido en viaje de negocios. Fumó sin cesar, paseó por la habitación, se arrojó a un sillón y se volvió a levantar. De vez en cuando repasaba toda su existencia de maldiciones y obscenidades. De nada le servia.

Llegó la noche y se sumió en otro largo y profundo sueño. Podría ser que terminase convirtiéndose un adicto a las drogas... o suicidándose, medio más rápido y más limpio de morir. Pensó en asomarse al balcón y arrojarse a la calle. Así acabaría todo aquel caos. Un robot bien construido barrería sus restos destrozados y para él aquel universo dejaría de existir.

Por la tarde, llegó una visita. Cuando se la anunciaron, corrió hacia el teléfono, tropezó, cayó al suelo y se levantó, jurando. La mano quedó vuelta al interruptor; temblaba incontrolablemente.

El rostro de Chanthavar sonrió con un calor poco usual.

-Tengo buenas noticias para usted, capitán -dijo-. Hallamos a la chica.

Brevemente su mente se negó a aceptarlo. El surco pesado de la sutilidad estaba tan desgastado que no parecía sujetarle. Miró fijamente, con la boca abierta, oyendo las palabras como si proviniesen de la lejanía.

-Estaba sentada en un paso-puente, bastante mareada, cuando la recogimos. Reacción post-anestésica. Ya se ha recobrado. Estoy seguro de que no se le hizo ningún examen profundo mental, quizás una suave narcosíntesis... Que yo vea no se la ha hecho ningún daño en absoluto. Ha estado inconsciente todo el tiempo. No sabe nada. Voy a enviársela ahora. -Chanthavar sonrió-. ¡Que disfrute con ella!

El impacto se filtró despacio a través de las bañeras de la locura. Langley se arrodilló, queriendo rezar o llorar o las dos cosas. Pero no pudo hacer nada. Luego empezó a carcajearse.

La histeria se le había desvanecido ya para cuando la chica entró. Pero fue la cosa más natural del mundo abrazarla. Ella lo apretó, temblando al reaccionar.

Por último se sentaron juntos en un diván, cogidos de las manos. Ella le dijo lo que pudo.

-Me cogieron, me llevaron a la nave. Alguien me apuntó con una pistola desvanecedora y luego no supe más. La siguiente cosa que recuerdo es estar sentada en el banco del puente, mientras la acera se movía. Debieron ponerme allí, me condujeron en un estado de sonambulismo y me abandonaron. Estoy mareada. Después vino un policía y me llevó ante el ministro Chanthavar. Me hizo unas preguntas y me dio un repaso médico y dijo que nada parecía mal. Después me ha mandado aquí.

-No lo entiendo -dijo Langley-. No lo entiendo en absoluto.

-El ministro Chanthavar dijo que en apariencia se me llevaron con la esperanza de que pudiese ser valiosa... cuando fracasaron en apoderarse de tí. Me mantuvieron inconsciente para que no pudiese identificar a nadie. Me hicieron unas cuantas preguntas sencillas bajo el narcosíntesis y me soltaron cuando se dieron cuenta de que no les podía ser de ninguna, ayuda -suspiró, sonriendo un poco trémula-. Me alegro de que me dejasen marchar.

Langley comprendió que la muchacha no lo decía sólo por sí misma.

Tragó la bebida que había preparado y se sentó sin hablar durante un rato. Su mente se notaba extrañamente clara, pero las pasadas horas de pesadilla formaban una especie de poso por debajo de todo.

Así que eso era lo que significaba. Eso era lo que Sol y Centauro pretendían: Un cruel juego de fuerza, en donde nadie contaba, en donde ningún acto era demasiado vil. El momento en que un bando sintiese que tenía alguna ventaja, se lanzarla sobre la espalda del otro y en el forcejeo no importarla que los planetas se destrozaran. Eso era lo que él se suponía que tenía que sancionar.

Todavía conocía bien poco acerca de la Sociedad; seguramente no sería una colección de sinceros altruistas. Pero parecía que eran neutrales, que no tenían sueños lunáticos de imperio. Seguramente conocerían más la galaxia, tendrían una mejor oportunidad de encontrarle para él algún mundo joven en donde pudiese de nuevo ser hombre. Su elección estaba clara, ello le haría correr a través de un juego de muerte, pero hay cosas peores que la extinción.

Miró al lindo perfil de la chica a su lado. Quería preguntarle que es lo que pensaba, que deseaba. Apenas la conocía. Pero no podía, le era imposible hablar, con los oídos mecánicos de escucha existentes en la habitación. Tendría que tomar su decisión por ella misma.

La chica se enfrentó a su mirada con sus tranquilos ojos verdes.

-Desearía que me dijeses qué es lo que ocurre, Edwy -dijo ella-. Parezco estar tan expuesta como tú en cualquier caso y preferiría saberlo.

La hizo entrar y le contó lo de Saris Hronna y de la persecución. La chica captó la idea en seguida, asintió sin excitarse y se contuvo de preguntarle si sabía una respuesta o qué es lo que trataba de hacer.

-Es una cosa muy grande -dijo ella.

-Sí -contestó Langley-. Y antes de nada te convertirá en algo todavía mayor.

X

Podía haber ojos al mismo tiempo que oídos en las paredes. Langley se fue a la cama poco después de la puesta del sol. Los rayos espías penetraban por entre el comunicador, había dicho Valti, pero de todas maneras se puso el pijama. Estuvo acostado durante una hora, medio traspuesto, pero incapaz de dormirse del todo. Luego ordenó música en alta voz. El estrépito de la música registrada ahogaría cualquier conversación efectuada en voz baja.

Esperó que la tensión interior que parecía formarle un nudo en el estómago, no se reflejara en sus facciones.

A tientas, como si palpara en la oscuridad, oprimió el botón. Luego encendió un cigarrillo y se tendió a esperar.

La suave voz fue como vibración dentro de él...

Pensó en rayos sónicos hetereodinados y enfocados hacia las cavidades óseas de su cráneo... Era algo que sonaba disonante, pero sabía que Valti había dicho en alguna parte, poco más o menos:

-Ah, capitán Langley. Me hace usted un honor sin precedentes. Es un placer verse arrancado de un cómodo lecho para oírle. ¿Me permite aconsejarle que hable con los labios cerrados? La transmisión será lo bastante clara.

-De acuerdo -había una pregunta desesperada que tenía que formular-. Estoy preparado para negociar con usted... ¿pero tiene en su poder a Blaustein y Matsumoto?

-No, capitán. ¿No acepta mi palabra?

-Yo... creo que sí. Está, bien. Le diré donde creo que Saris es... si no le importa, un invitado huésped... y le ayudaré a encontrarle si es posible. A cambio, quiero que haga todo cuanto pueda por rescatar a mis amigos, junto con dinero, protección y el transporte que me ofreció, tanto para mí como para otra persona, una muchacha esclava que está conmigo en este apartamento.

Era difícil discernir si la alegría fue lo que obligó a aquel hombre gordo a responder con una voz algo más gruesa que de ordinario.

-Muy bien, capitán. Se lo aseguro, no se arrepentirá nunca de lo que hace. Ahora, como consideraciones prácticas, usted debe desaparecer sin dejar rastro.

-No estoy muy seguro de cómo va a poder hacerse esa cosilla, Valti. Creo que estoy poco más o menos balo arresto domiciliarlo.

-No obstante, usted saldrá esta noche. Déjeme pensar... Dentro de dos horas la chica y usted saldrán a la galería o terraza. Por Dios, háganlo de manera que parezca natural. Quédense allí, a plena vista de los de arriba, ocurra lo que ocurra.

-Está bien. Dos horas... 23:47 de mi reloj, ¿de acuerdo? Hasta la vista.

Ahora tenía que esperar. Langley tomó otro cigarrillo y permaneció acostado como si escuchara, la música: «*¡Dos horas! Antes de que pase ese tiempo seré una ruina de cabellos encanecidos*».

El tiempo se arrastró despacio, parecía transcurrir una eternidad de minuto a minuto. Langley juró, entró en la sala de estar y marcó en un dial para conseguir un libro. Física básica moderna. Tal y como transcurría el tiempo de despacio en dos horas tendría bastante como para obtener el título de Doctor en Ciencias. De pronto se dio cuenta de que había estado mirando la misma página durante los últimos quince minutos. Apresuradamente marcó la siguiente. Incluso si no era registrado, debía comportarse como si lo fuera.

Miró el reloj y sintió como se le endurecían los músculos del estómago. Veinte minutos para irse.

Tenía que sacar fuera a Marin. No podía dejarla en aquel infierno y tenía que hacerlo de un modo que no llamara la atención a los observadores. Durante un ratito permaneció sentado pensando. El único modo no era de su agrado. Un lejano antecesor de Nueva Inglaterra apretó los labios airado y trató de retenerle. Pero...

Caminó hacia la puerta de la habitación de ella. Se abrió sola y el se encontró mirando a la muchacha: Estaba dormida. El cabello cobrizo desparramado suave en torno a su rostro, un rostro que emanaba paz. Trató de no acordarse de Peggy y la acarició el brazo.

Ella se sentó.

-Oh... Edwy -abrió los ojos parpadeando- ¿Qué ocurre?

-Siento despertarte -dijo con terneza-. No podía dormir. Me sentía, como en el infierno. ¿Quieres venir a hablar conmigo?

Ella le miró con algo parecido a la compasión.

-Sí -respondió por último-. Sí, claro.

Echándose una capa por encima de su camisón, le siguió a la terraza.

Encima de ellos brillaban las estrellas. Contra el remoto fulgor de las luces de la ciudad se destacaba la negra forma de una nave patrullera. A Langley una ráfaga de viento le alborotó el cabello. Se preguntó dónde se alzaba la Lora actual... no lejos del antiguo emplazamiento de Winnipeg, ¿verdad?

Marin se apoyó contra su costado y él la rodeó la cintura con el brazo. La vaga luz mostraba una curva pensativa e insegura en la linda boca de la joven.

-Se está bien aquí afuera -dijo Langley por decir algo.

-Sí...

Ella esperaba alguna cosa. Langley sabía lo que era y también los observadores de Chanthavar sentados ante sus pantallas. ¡Dios, cómo deseaba poder escapar a sus ojos!

Se detuvo y se forzó a besarla. Ella respondió gentil, con algo de torpeza, sin embargo. Luego la miró con fijeza largo rato y no pudo decir nada.

-Lo siento -murmuró por fin.

¿Cuánto tardarían en irse? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

-¿Por que? -preguntó ella.

-No tenía derecho a...

-Tienes todos los derechos. Soy tuya, ya lo sabes. Para eso soy.

-Cállate -rugió él-. Me refiero a derecho moral.

Sentía un martilleo en sus sienes.

-Vamos -dijo ella, tomándole de la mano-. Volvamos dentro.

-No... todavía no -balbuceó Langley.

Ella esperaba. Y porque allí no parecía haber otra cosa que hacer, él se encontró besándola de nuevo.

«¿Cinco minutos? ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno?».

-Vamos -susurró ella-. Entra conmigo ahora.

El se hizo atrás.

-Espera... espera...

-Tú no me tienes miedo. ¿Qué te ocurre? Hay algo raro en tí...

-¡Cállate! -respingó el americano.

Un fuego floreció en el aire. Un instante después Langley sintió el puñetazo del impacto. Se lanzó hacia atrás y vio pasar como un rayo a una espacionave lanzando llamas contra la nave patrullera. El viento rieló tras ella.

-¡Aléjate de enmedio, Edwy! -Marin se lanzó en busca de protección de la sala de estar. Langley la cogió del pelo, la obligó a retroceder y permaneció al descubierto. La nave atacante voló, desapareciendo borrosa.

Y algo se apoderó de Langley y le hizo ascender girando.

«*Un rayo tractor*», pensó locamente, «*un rayo de gravedad controlada*». Después algo negro bostezó ante él. Un portalón abierto. Pasó a su través y la puerta se cerró inmediatamente a sus espaldas. Mientras se reanimaba percibió el latido de grandes motores. Marin estaba acurrucada a sus pies. La levantó y ella se estremeció entre sus brazos.

-Todo va bien -le musitó inseguro-. Todo va bien. Logramos escapar. Quizás.

Un hombre con sobretodo gris entró en la pequeña cámara hermética.

-¡Bien hecho, señor! -dijo-. Creo que nos vamos sin novedad. ¿Quiere seguirme?

-¿Qué es esto? -preguntó Marin frenética-. ¿Dónde vamos?

-Hice un trato con la Sociedad -explicó Langley-. Nos sacarán del Sistema Solar. Vamos a ser libres, los dos.

Interiormente se preguntó si sería cierto.

Bajaron por un pasillo estrecho. La nave trepidaba en su torno. Al final del pasillo entraron en una estancia pequeña atiborrada y reluciente de instrumentos. Una pantalla contenía una vista de las duras estrellas del espacio..

Goltam Valti emergió en su sillón para palmear la espalda de Langley y agitarle la mano y rugir un saludo.

-Maravilloso, capitán. ¡Excelente! un excelentísimo trabajo, si usted me perdona la falta de modestia.

Langley se encontraba débil. Se dejo caer en un asiento, arrastrando a Marin para que se sentara en su regazo sin pensarlo siquiera.

-¿Qué es lo que ocurrió exactamente? -preguntó.

-Unos cuantos otros y yo nos escabullimos de la torre de la sociedad -dijo Valti-. Tomamos una nave rápida para dirigirnos a la hacienda de un ministro que... simpatiza... con nosotros en donde mantenemos un pequeño bastión. Se necesitaron dos espacionaves: una para crear una breve dispersión de fuerzas y ésta para recogerles a ustedes y escapar aprovechando la confusión.

-¿Qué hay de la otra nave? ¿No la capturaran?

-Eso esta ya resuelto. Habrá un disparo afortunado que la derribará... ya sabe, una bomba colocada a bordo. Va tripulada por robots y ha sido limpiada con cuidado de todo rastro de su propietario excepto una o dos pequeñas sugestiones que indicarán a Chanthavar su origen centauriano -Valti parpadeó-. Lástima tener que perder tan excelente navío. Costó su buen medio millón de solares. Es difícil en esta época prever beneficios sustanciosos.

-En cuanto Chanthavar haga averiguaciones lo encontrará a faltar a usted...

-¡Mi buen capitán! -Valti parecía ofendido-. Yo no soy ningún aficionado. Mi doble duerme pacífica y legalmente en mis propias habitaciones.

-Claro -añadió pensativo-, si podemos hallar a Saris puede que sea necesario que yo abandone Sol también. Si es así, espero que mi sucesor sepa manejar el comercio venusiano. Es bastante difícil; con suma facilidad puede ponerse al rojo.

-De acuerdo -exclamó Langley-. Hecho está. Ya me encuentro comprometido. ¿Cuál es su plan de acción?

-Eso depende de dónde esté él y de qué métodos serán necesarios para establecer contacto. Pero este crucero es rápido, silencioso, apantallado contra radiaciones; bien artillado y a bordo hay treinta hombres armados. ¿Cree que serán suficientes?

-Me... me parece que sí. Tráigame mapas de la zona de Mesko.

Valti asintió y la pequeña peluda criatura verdosa llamada Thakt, que había estado en un rincón, percibió el gesto. Dio un saltito y salió.

-Encantadora jovencita -se inclinó Valti-. ¿Puedo preguntar cómo se llama?

-Marin -respondió ella con un hilo de voz.

Se levantó del regazo de Langley y permanecía en pie, respaldada contra la pared.

-Todo va bien -dijo el hombre del espacio- No temas.

-No tengo miedo -respondió la muchacha, tratando de sonreír- Sólo estoy aturdida.

Thakt regresó con un manojo de papeles. Langley se enfrascó en ellos, frunciendo el ceño, tratando de hallar orientación en medio de aquella alterada geografía.

-Una vez, en Holat -dijo-. Daris y yo nos tomamos el día libre para ir de pesca y él me mostró algunas cuevas. Entonces le hablé de las Cuevas Carlsbad, en Nuevo Méjico y se mostró muy interesado. Más tarde, poco después de que partiéramos para la Tierra, las volvió a mencionar y le prometí llevarle a verlas. Mientras examinábamos algunos mapas terrestres para beneficio de varios filósofos holatanos, le mostré su localización. Así que si ha logrado conseguir mapas del mundo moderno, Carlsbad no quedaría muy lejos y él sabría que esa zona es terreno vedado, casi inexplorado. Claro que por ahora podría estar colonizado o haber desaparecido de la existencia, por cuánto yo sepa.

Valti siguió la dirección que señalaba el dedo de Langley.

-Sí... creo que he oído hablar de ese lugar -dijo con una pizca de excitación-. Corrad Caverns... sí, aquí. ¿Es ese el sitio?

-Ah, entonces lo conozco. Forma parte de las tierras del ministro Ranull, en donde la vida se desenvuelve salvaje. Algunas veces lleva a sus invitados hasta las Corrad Caverns, pero estoy seguro de que nadie se introduce muy lejos en ellas. La mayor parte del tiempo deben estar completamente desiertas. ¡Una brillante sugerencia, capitán! Le felicito.

-Si no da resultado -apuntó Langley-, entonces estaré tan a oscuras como usted.

-Lo probaremos. De todas maneras, usted tendrá su recompensa. -Valti habló por un comunicador-. Iremos allá en seguida. No hay tiempo que perder. ¿Desea alguna droga estimulante...? Tome, esto le dará vivacidad y energía para las próximas horas y puede llegar a necesitarlo. Perdóneme, tengo que ultimar algunos detalles.

Se fue y Langley quedó a solas con Marin. Ella le contempló durante algún tiempo sin hablar.

-Está bien -dijo él-. Está bien, me decidí por un bando. Me imagino que la Sociedad hará mejor uso de esta fuerza que ninguna otra facción. Pero, claro, tú eres una ciudadana de Sol. Si no lo apruebas, lo siento.

-No sé. Es una carga muy grande para que uno la tome sobre sus propios hombros -sacudió la cabeza-. Comprendo lo que te impulsó a esto. Puede que tengas razón, puede que no la tengas, no te lo aseguro. Pero estoy a tu lado, Edwy.

-Gracias -dijo él tembloroso y se preguntó si a pesar de sí mismo no llegaría a enamorarse de ella. De pronto se le representó la imagen de los dos, comenzando de nuevo en algún lugar más allá del firmamento. Claro que eso dependía de que pudieran escapar de Sol.

XI

Le hizo sentirse bien el cambiarse el pijama llamativo por un traje espacial, con botas, casco, pistola. Langley nunca se había dado cuenta antes de cuánto hacen las ropas en un hombre. Pero caminando a través de una honda inmensidad de oscuridades, sintiendo el escalofría del mundo subterráneo y oyendo una cruel burla de ecos, volvió a comprender que el desamparo y las dudas hablan estado estrangulándole.

Allí había tubos luminosos pendiendo durante kilómetros y kilómetros de cuevas, pero una expedición furtiva no podría seguirlos; servirían sólo para indicar las zonas en donde Saris no estaría. Media docena de hombres caminaba junto a Langley, el resplandor de sus rayos de luz daba a sus rostros un aspecto fantasmal destacándoles de las sombras. Eran miembros de la tripulación, desconocidos para él. Valti se había declarado a sí mismo demasiado viejo y cobarde para entrar en los túneles; Marin quiso acompañarles, pero se le negó el permiso.

Una desordenada fantasía de caliza, toscos y grandes pilares y protuberancias saltaba de la oscuridad cuando los rayos recorrían la caverna. Aquel lugar no debía haber cambiado mucho, pensó Langley. En cinco mil años, el lento gotear y la evaporación del agua fría habría añadido una pizca a las estalactitas y las estalagmitas de trecho en trecho, pero la tierra era vieja y pacienzuda.

Sintió que el tiempo en si yacía enterrado en alguna parte de aquel intrincado laberinto.

El hombre que portaba el rastreador neural alzó la vista.

-Todavía ni rastro -dijo. Inconscientemente su voz era baja, como si la quietud gravitara sobre él-. ¿Cuan lejos tenemos que ir? Los caminos son largos... y hay muchas ramificaciones. Incluso aunque esté aquí, puede que nunca logremos encontrarle.

Langley siguió adelante. No podía hacer otra cosa. No pensaba que Saris se hubiese adentrado en los subterráneos más de lo preciso. Los holatanos no eran exactamente claustrófobos, pero eran criaturas acostumbradas al campo abierto y al cielo despejado. Iba contra sus instintos permanecer encerrados mucho tiempo.

La lógica ayudaba en cierto modo. Saris no había tenido a mano ningún mapa de las cuevas. Habría penetrado a través de la entrada principal, como sus actuales perseguidores, porque no habría podido conocer otro medio de acceso. Después habría buscado una habitación para vivir, con salidas y agua. Langley se volvió hacia el hombre del equipo rastreador.

-¿No hay por aquí cerca algún río o laguna interior?

-Sí. Agua en aquella dirección. ¿Tenemos que probar?

-¡Ajaja!

Langley se metió por el túnel más próximo. Un borde de roca le golpeó los tobillos. Más allá, el pasadizo se angostaba rápidamente hasta que le obligó a agacharse.

-Pueda que sea esto -dijo. Los ecos retemblaron con sus palabras-. Saris podría deslizarse por aquí con facilidad. Puede ir a cuatro patas cuando le place, pero es un paso difícil para un hombre.

-¡Espere! Tome, coja usted el rastreador, capitán -dijo alguien detrás de él-. Creo que ha dado señales de vida, pero con todas esas personas delante de mí se producen demasiadas interferencias.

Langley se contrajo para tomar la caja. Enfocándola, miró al reluciente dial verdoso. Respondía a los impulsos de corto alcance emitidos por un sistema nervioso y... sí, por Dios, ¡la aguja oscilaba más de lo debido!

Excitado reptó más allá, la húmeda pared arañándole la espalda. Su rayo luminoso era una única blanca lanza asestada a la oscuridad ciega. Su respiración era un fuerte estertor en su garganta.

De pronto llegó al final y por poco se cae. El túnel debía abrirse a algunos metros por encima del suelo.

-¡Saris! -llamó. Los ecos parecieron revolotear a su alrededor; aquella era una sala de buen tamaño. De algún lugar le llegó el murmullo de una corriente de agua-, Saris Hronna! ¿Estás ahí?

Un disparo de desintegrador estalló tras él. Vio el fogonazo. Minutos después aún había chispitas de luz danzando ante sus ojos y la radiación le dio en el rostro. Apagó la luz y saltó, esperando frenético que el suelo no estuviera muy lejos. Algo le raspó la pierna, el sobresalto le hizo castañear los dientes y cayó a un piso invisible.

Otro rayo flameó hacia la boca del túnel. Langley notó cómo la sangre caliente y pegajosa le corría por la pantorrilla. El holatano sabía justo dónde estaba la abertura de entrada, podía hacer disparos y freír a los hombres dentro.

-¡Saris! ¡Soy yo... Edward Langley... tu amigo!

Los ecos parecieron reírse de él, danzando por en medio de una noche enorme. «Amigo... amigo... amigo... migo...». La corriente subterránea hablaba con una voz fría y frenética. Si el proscrito se había vuelto loco por el miedo y la soledad, o si había decidido en su lúgubre desesperación matar a cualquier humano que se aventurase por allí, Langley estaba perdido. La espada incandescente de un rayo de energía, o el súbito cerrarse de las mandíbulas en su garganta, podría ser la última cosa que sintiera.

Pero tenía que intentarlo. Langley se aplastó sobre una roca lisa.

-¡Saris! ¡He venido a sacarte de aquí! ¡He vuelto para llevarte a tu patria!

La respuesta retumbó en la oscuridad, imposible de localizar por causa de los ecos.

-¿Eres tú? ¿Qué es lo que quieres?

-He hecho algunos acuerdos... ¡Puedes volver a Holat! -Langley gritaba en inglés, el único idioma común a los dos; los dialectos holatanos eran demasiado distintos para que un hombre pudiese aprender algo más que unas cuantas frases-. Somos tus amigos, los únicos amigos que tienes.

-Ya. -No pudo advertir ninguna expresión en su tono. Se imaginó notar las vibraciones del pesado cuerpo, palmeando en la oscuridad con sus acolchados pies-. No puedo estar seguro. Por favor, dime con sinceridad cual es la presente situación.

Langley se lo explicó en pocas palabras. La piedra por debajo de la vientre estaba húmeda y fría. Estornudó.

-Es la única posibilidad para todos nosotros -concluyó-. si no estás de acuerdo, tendrás que quedarte aquí hasta que te mueras o te saquen a la fuerza.

Hugo un silencio; después:

-Confío en ti, te conozco, ¿pero no es posible que otros te hayan engañado?

-¿Qué? ¡Oh! ¿Quieres decir que la Sociedad esté empleándome para sus propios fines, también. Sí, pudiera ser. Pero no lo creo.

-No tengo en menor deseo de que me hagan la disección -dijo el ser que estaba a la espera.

-No te la harán quieren estudiarte, ver cómo haces lo que haces. Me dijiste que vuestros pensadores, en tu patria, tienen una buena idea de como funciona eso.

-Si. Nada podría aprenderse de la tosca anatomía de mi cerebro. Creo que una máquina como la que tus... amigos... desean podría construirse fácilmente. -Saris dudaba, luego-. Muy bien, tengo que correr el riesgo, no importa lo que ocurra. Así sea. Podéis entrar todos.

Guando las luces lo localizaron, se alzó alto y orgulloso, aguardando con la dignidad de su raza entre las cajas de provisiones que habían sido sus únicos objetos. Tomó las manos de Langley entre las suyas y husmeó la mejilla del hombre.

-Me alegro de volverte a ver -dijo.

-Yo... siento lo que ha pasado -contestó Langley-. No sabía...

-No. El universo está lleno de sorpresas. No importa, si puedo volver de nuevo a mi patria.

Los tripulantes de la espacionave le aceptaron casi con indiferencia; estaban acostumbrados a las inteligencias no humanas. Tras curar la herida de Langley, formaron un cordón y regresaron. Valti hizo que la nave remontara el vuelo tan pronto como todos estuvieron a bordo y luego conferenciaron con ellos.

-¿Necesita usted algo, Saris Hronna? -preguntó a través del americano.

-Si. Dos vitaminas que parecen faltar en la química terrestre. -Saris dibujó los croquis en una hoja de papel-. Estas son las formulas estructurales, según la tecnología de Langley.

El hombre del espacio las redibujó en términos modernos y Valti asintió.

-Serán fáciles de sintetizar. Tengo un aparato para fabricar moléculas en mi escondite. -se mesó la barba-. Iremos allí en primer lugar, para hacer los preparativos para la partida. Tengo un crucero ultra-rápido en orbita secreta, serán ustedes instalados a bordo y se les enviará a nuestra base en el sistema 61 del Cisne. Eso queda bien lejos de las esferas de influencia solares y centaurianas, entonces, señor, sus facultades serán estudiadas a placer y a usted, capitán Langley, se le entregaré el pago acordado.

Saris habló. Tenía su propia proposición que hacer, cooperaría si después se le devolvía a Holat con una tripulación de técnicos y una cantidad de suministros. Su mundo estaba demasiado lejos para estar en peligro directo de las estrellas de esta región, pero alguna expedición errante de conquistadores podría llegar a el por casualidad.. y Holat no tenía defensas contra un bombardeo del espacio. La situación tenía que rectificarse, satélites robot armados no detendrían una flota completamente equipada para la invasión -nada lo haría excepto posiblemente otra flota- pero así podrían disponer de pequeños grupos de merodeadores que eran todo lo que Holat debería temer y por lo que preocuparse.

Valti parpadeó.

-Capitán, ¿se da cuenta de lo considerables que serían los gastos de un viaje de ese tipo? ¿Sabe él lo que costaría situar esas estaciones? ¿Es que no se compadece de un pobre viejo que debe sufrir un examen pericial de sus libros de cuentas?

-Me temo que no -repuso Langley con una sonrisa.

-Ah, ¿que seguridades quiere de que nosotros cumpliremos con nuestra parte del acuerdo?

-Tendrá el control sobre el desarrollo del nulificador... no pueden construirlo sin él, tanto gracias a su empírica evidencia como a su conocimiento teórico... así que no hay que preocuparse de esa parte. Cuando vea que el proyecto se acerca a su fin, querrá que las naves de ustedes sean preparadas según sus deseos, prestas para zarpar. Y querrá una bomba instalada en la que le transporte a él, de manera que sea su mente la única forma de controlarla. Mujeres y niños estarían a bordo mientras se hiciera el trabajo por cuenta de Holat y al primer signo de traición volaría toda la nave.

-¡Pobre de mi! -Valti sacudió dolido la cabeza-. Seguro que su mente es odiosamente recelosa. Creía que bastaba una mirada a mi honrado... Bien, bien, así sea. Pero me estremezco al pensar los gastos que vamos que tener que hacer a nuestras expensas.

-¡Oh, diablos! Hombre, ustedes pueden amortizar esa deuda; en 2.000 años. Olvídelo. Ahora, ¿dónde vamos primero?

-Mantenemos un pequeño escondite en el Himalaya... nada palacial; nuestros gustos son sobrios. Debo presentar un informe mis jefes aquí en la Tierra, conseguir su aprobación al plan y preparar los documentos para nuestra oficina en el Cisne. Llevará sólo muy poco tiempo.

Langley se fue a la enfermería da la nave. La herida de la pierna era cosa seria, pero la curación en aquellos días era cosa rutinaria: una grapilla, para unir los bordes de la herida, una inoculación de enzimas artificiales para estimular la regeneración. Al cabo de unas pocas horas de la intervención quirúrgica mas extremada quedaría curada por completo y sin la menor cicatriz.

Langley halló a Marin en la sala central de la nave, se sentó junto a ella y la tomó la mano.

-Y falta poco ahora -dijo-. Creo que hemos hecho lo mejor... sacando la fuerza de Saris del lugar en que sólo podría causar la destrucción. También, lo mejor para Sol. Y ahora estamos unidos a nuestro propio camino.

-Sí -ella no le miró. Su rostro estaba blanco y en él había una expresión tensa.

-¿Qué te pasa? -preguntó él ansioso-. ¿No te encuentras bien?

-No... no lo sé, Edwy. Todo parece tan raro, de algún modo, como si esto fuera un sueño -miró con fijeza y turbios ojos hacia delante de ella-. ¿Verdad? ¿Estoy durmiendo de alguna manera y...?

-No. ¿Cuál es la molestia? ¿No puedes describírmela?

La muchacha sacudió la cabeza.

-Es como si alguien mas estuviera compartiendo mi cerebro, sentado ahí dentro y esperando. Me ha pasado de súbito. Supongo que por la tensión, no tardaré en estar bien.

Langley frunció el ceño. La preocupación hizo presa de él, si ella enfermaba...

¿Por qué ella le era tan importante? ¿Se estaba enamorando de aquella criatura? Sería cosa fácil. Dejando aparte su aspecto físico, era valiente e inteligente y voluntariosa. Podía verse pasando junto a ella y feliz toda una vida.

Peggy... Jim... Bob... *No, no ella también. ¡No de nuevo, gran Dios!*

Se produjo una leve conmoción y, los motores pararon. Saris Hronna asomó su patilludo hocico por la puerta y anunció:

-Hemos aterrizado. Salgamos.

La nave yacía anidada en una caverna brillantemente iluminada; tras ella se veía una enorme puerta de cemento que debía conducir a la ladera de la montaña. Aquello tenía que ser una tierra alta y salvaje. Probablemente habría campos de nieve y glaciares, permanentes en el llamado techo del mundo, ventoso, vacío, un lugar en donde los hombres podrían esconderse durante años.

-¿Tienen ustedes defensas? -preguntó Langley a Valti mientras éste le mostraba el camino pasado el casco de la nave.

-No. ¿Para qué? Sólo servirían para añadir más metal que podría detectarse desde el espacio. Tal y como está, todas las cosas son de plástico o de piedra. Capitán, soy un hombre pacífico. Confío más en mi corteza cerebral que en mis armas. Durante cinco décadas nadie ha sospechado la existencia de este cubil.

Entraron en un vestíbulo desde el que se abrían varias puertas; Langley vio que debía haber una sala de radio, con toda seguridad para ser usada en caso de emergencia. Los hombres de Valti se fueron hacia sus propias habitaciones. Hablaron poco; la gente de la Sociedad parecía fruncir el ceño ante la perspectiva de charla inútil entre ellos. El vuelo había terminado.

Marin dio un salto y sus ojos se desorbitaron.

-¿Qué te pasa? -preguntó Langley. La voz le sonó áspera y cascada.

-No... no lo sé -la muchacha trataba de no llorar-. Me siento muy rara.

Sus ojos estaban desenfocados y se movía como una sonámbula. Langley lo advirtió.

-¡Valti! ¿Qué es lo que tiene?

-Me temo que no lo sé, capitán. Probablemente sólo la reacción; ha sido una prueba para una persona que no estaba acostumbrada a los problemas y a la angustia. Acostémosla y haré que el médico de la nave le de un vistazo.

La victoria de Langley se le deshacía entre las manos.

-Vamos, capitán -dijo Valti, tomándole del brazo-. Hagámosle a Saris Hronna sus comprimidos vitamínicos y después usted podrá dormir un poco. Dentro de veinticuatro horas estarán fuera del Sistema Solar. Piense en eso.

Estaban trabajando en el laboratorio cuando Saris se puso rígido.

-Ella pasa cerca -dijo-. Camina dando vueltas y su mente se nota muy extraña.

Langley corrió al pasillo. Marin estaba allí plantada, mirándole con ojos claros.

-¿Dónde estoy? -preguntó con voz débil.

-Vamos -la respondió-. Volveré contigo a la cama.

-Me siento mejor -le contó ella-. Había una presión en mi cerebro, todo se oscureció y ahora me veo aquí de pié... Pero ya vuelvo a sentirme yo misma.

El vaso con la droga permanecía intocado junto a su litera.

-Tómate esto -dijo Langley. Ella obedeció, la sonrió y se quedó dormida. El reprimió el deseo de besarla.

Al regreso halló a Saris guardándose un frasquito de comprimidos en la bolsa que le colgaba del cuello. Valti se había ido a preparar su papeleo, estaban solos entre las máquinas.

-Noté que la mente de ella se aclaraba mientras yo... escuchaba -dijo Saris-. ¿Acaso las de su raza padecen de tales desfallecimientos?

-De vez en cuando -repuso Langley-. Defectos mecánicos de su organismo. Me temo que nosotros no estamos tan cuidadosamente diseñados como vuestro pueblo.

-Es posible. Nosotros matamos a los débiles cuando son jóvenes.

-Eso también lo solía hacer mi raza en diversas ocasiones, pero la costumbre nunca duró mucho tiempo. Algo en nuestra naturaleza parece prohibirlo.

-Y sin embargo, sois capaces de destruir un mundo llevados por vuestras propias ambiciones. Jamás lograré entenderos.

-Dudo que nosotros mismos podamos nunca entendernos. -Langley se frotó la nuca y bostezó. Estaba dolorido de cansancio ahora que le habían desaparecido los efectos del estimulante-. Al diablo todo eso. Voy a dormir un poco.

Despertó horas más tarde por el estruendo de una explosión. Al sentarse en la cama, oyó las detonaciones de los desintegradores.

XII

Otro estampido hizo estremecer los huesos de Langley. Alguien gritó, alguien maldijo y se oyó un rumor de pies corriendo por el pasillo. Mientras palpaba en busca de su ropa y sacaba la pistola de energía, quiso vomitar. Sin saber como, habían fracasado.

Se aplastó contra la puerta manual de la habitación que le había sido concedida y abrió un poco. Fuera había un fuerte olor a carne quemada. Dos cuerpos vestidos de gris estaban tirados en el pasillo, pero la lucha había pasado de largo. Langley salió.

Delante de él había ruido, procedente de la sala reuniones. Corrió en aquella dirección con la clara idea de caer por detrás sobre los atacantes. Un viento amargo iba llevándose consigo el aire y el hombre jadeó en busca de aliento, una parte remota de él comprendió que la puerta de entrada había sido abierta volándola y que el fino aire de la montaña se precipitaba en el interior.

¡Ahora... el umbral! irrumpió por él, apretando el gatillo de su desintegrador. No hubo retroceso, pero el rayo dio de lleno en la espalda que él quería. No conocía el modo de apuntar con un arma moderna, como superar una mente moderna, como hacer algo. La comprensión de la técnica le sobrevino cuando alguien giró sobre un talón y le dio una experta patada con el otro pie. Langley perdió el desintegrador, que cayó al suelo y se quedó mirando a una docena de cañones apuntándole..

La tripulación de Valti estaba apiñada en torno a Saris Hronna. Alzaron las manos de mala gana; se habían visto arrollados en el asalto y estaban entregándose. El holatano estaba a cuatro patas y sus ojos llameaban amarillos.

Brannoch dhu Crombar emitió una risa estridente.

-¡De manera que es usted! -gritó-. ¡Se le saluda, capitán Langley! -se volvió indicando la habitación atestada con sus cincuenta hombres-. Entre y únase a la diversión.

-Saris... -gimió el americano.

-Por favor -Brannoch le abrió paso con un par de codazos-. Reconozca que tengo algún cerebro. Hace varios días que me hice hacer armas puramente mecánicas para la mitad

de los componentes de mi grupo... cápsulas de fulminante de mercurio a percusión que originan una explosión química. Sólo armas muy escandalosas y difíciles de apuntar, pero a corta distancia pueden llenarle a uno de plomo y él es impotente para impedirlo.

-Comprendo -Langley notó cómo dentro de sí crecía la sensación de derrota, la pérdida de toda esperanza-. Pero, ¿cómo nos encontraron?

Marin entró. Permaneció en el umbral mirándoles con el rostro congelado en forma de máscara, el rostro de una esclava.

Brannoch la señaló con el pulgar.

-La chica, claro -dijo-. Ella nos avisó.

La inhumana compostura de la muchacha se desmoronó.

-¡No! -gritó-. ¡Yo nunca...!

-No de manera consciente, querida mía -dijo Brannoch-. Pero mientras estabas en las pruebas finales de cirugía se te sembró mediante una máquina una orden post-hipnótica. Muy poderosa, como tal... e imposible de romper. Si Saris era hallado me notificarías las circunstancias a la primera oportunidad. Lo que, como veo, hiciste.

Ella le contemplaba muda de horror. La cabeza de Langley le zumbaba extrañamente.

Muy lejano oyó el murmullo de las palabras del centauriano:

-Tiene usted también que saber, capitán, que yo fui quien se llevó a sus amigos. No pudieron decirme nada y contra mis deseos... murieron. Lo siento.

Langley le dio la espalda. Marin comenzó a llorar.

Valti se aclaró la garganta.

-Bonita maniobra, milord. Muy bien realizada. Pero está el detalle de varias bajas entre mi propia gente. Me temo que la Sociedad no pueda permitir esa clase de cosas. Tendrá que haber una restitución.

-En la que se incluirá a Saris Hronna, ¿verdad? -Brannoch sonreía sin humor.

-Claro. Y las reparaciones según las providencias de la cláusula determinada por nuestro tratado. De otro modo, la Sociedad tendría que aplicar sanciones a su sistema.

-¿Retirada de todo comercio? -rezongó Brannoch-. Podemos pasar sin sus cargamentos. ¡Y qué prueben a utilizar la fuerza militar!

-Oh, no, milord -dijo Valti melifluo-. Somos personas humanas. Pero tenemos una gran participación en la vida económica de cada planeta en donde poseemos oficinas, inversiones, compañías locales, propiedad nuestra. Si es necesario, podemos hacer cosas lamentables a vuestra economía. No es tan rígida como la de Sol, ya sabe. Dudo que su pueblo aceptaría satisfecho... digamos... la inflación catastrófica cuando pusiéramos en circulación varias toneladas de praseodimio, que es vuestro patrón comercial, seguida por la depresión y el desempleo cuando cierto número de corporaciones clave se retiraran de los negocios.

-Comprendo -dijo Brannoch inconmovible-. No intento utilizar mas fuerza con usted que la necesaria, pero si me obliga tendré que excederme. Puede que la solución es que todo su personal desaparezca por entero... tendré que pensármelo. Me pasaron por alto nuestros juegos.

-Ya he completado un informe para mis jefes, milord. Aguardaba sólo las últimas órdenes. Saben dónde estoy.

-¿Pero sabe quién le ha atacado? Se podrían arreglar las cosas para que las culpas recayeran en Chanthavar... Sí. Una idea excelente.

Brannoch se volvió hacia Langley. Tuvo que coger por el hombro al americano para atraer su atención.

-Mire -exigió-, ¿esa bestia suya habla algún idioma actual?

-No -repuso Langley-, y si piensa que voy a servirle de intérprete, será mejor que empiece a ir cambiando de parecer.

El rostro del noble thoriano parecía dolorido.

-Desearía que dejara de considerarme un canalla, capitán. He cumplido con mi deber. No le guardo el menor rencor por tratar de escapar de mí. Si coopera, mi oferta sigue en pie. Si no, tendré que ejecutarle y nada se habrá ganado. Enseñaremos a Saris nuestro idioma y le obligaremos trabajar sea como sea. Todo lo que usted puede hacer es retrasarnos un poco -hizo una pausa-. Será mejor, sin embargo, que se lo avise. Si trata de sabotear el proyecto una vez esté en proceso de realización, el castigo será ejemplar.

-Adelante, entonces -exclamó Langley. Ya todo le importaba un comino-. ¿Qué quiere decirle?

-Queremos llevarle a Thor, en donde nos ayudará a construir un nulificador. Si algo va mal durante su trabajo, morirá y naves robot serán enviadas para bombardear su planeta. Les costará mil años llegar hasta allí, pero las mandaremos. Si, por otra parte, nos ayuda, lo devolveremos a su patria. -Brannoch se encogió de hombros-. ¿Qué le importa a él qué partido gana al fin?

Langley lo tradujo al inglés, casi palabra por palabra. Saris permaneció callado durante, un minuto, luego dijo:

-Hay pena en ti, amigo mío.

-Sí -contestó Langley-. Eso creo. ¿Qué es lo que piensas hacer?

El holatano pareció meditar.

-Es difícil de decir. De momento no tengo mucho donde escoger. Sin embargo, por lo que sé del universo actual, igual da ayudar a Sol que a Centauro.

-Brannoch ha puesto el dedo en la llaga -repuso Langley-. Nosotros somos de raza distinta. Excepto que la Sociedad te ofrecía mejor negocio, eso no afecta a tu pueblo.

-Pues sí. Lo erróneo en la vida, cualquier clase de vida en el espacio, siempre es erróneo. Hay, por ejemplo, la posibilidad de que alguien algún día descubra un medio de viajar más rápido que la luz. Entonces una raza equivocada se convertirla en una amenaza general. También para sí misma, porque otros planetas ultrajados podrían unirse para destruirla.

-Bueno... ¿podemos hacer algo ahora, excepto hacer que nos maten en un arranque de heroísmo?

-No. No veo ninguna salida. Eso no significa que no exista. Es mejor bailar al son que nos tocan, mientras olfateamos una nueva pista.

Langley asintió con indiferencia. Estaba demasiado asqueado de todo aquel repugnante asunto para seguir preocupándose. Que ganaran los centaurianos. No eran mejores ni peores que los demás.

-Está bien, Brannoch -dijo-. Seguiremos sus dictados.

-Supongo que se da cuenta -intervino Valti-, que eso significa la guerra.

-¡Excelente! -el gigante se estremeció con una exuberancia casi incontrolable.

-¿Y qué otra cosa? -preguntó Brannoch sinceramente sorprendido.

-Una guerra que, con o sin nulificadores, puede destruir la civilización en ambos sistemas. ¿Qué le parecería si, digamos, los procinitas se instalaran sobre las ruinas radioactivas de Thor?

-Toda la vida es juego de azar -dijo Brannoch-. Si uno no carga su postura y marca sus cartas... ¡sé condenadamente bien que usted también lo hace...! se pierde el juego. Hasta ahora las fuerzas han estado equilibradas. Dentro de poco tendremos el nulificador. Eso puede desequilibrar la balanza muy mucho, si lo utilizamos bien. No es un arma definitiva, pero es potente. -Echó la cabeza atrás y se sacudió con una risa silenciosa. Al recobrarse dijo:

-Está bien. Tengo en África un pequeño cubil de mi propiedad. Primero iremos allí para efectuar los preparativos iniciales... construir entre otras cosas, construir un estupendo maniquí sintético, el cadáver de Saris, para que Chanthavar lo encuentre. No puedo abandonar la Tierra en seguida, porque sospecharía demasiado. Lo que debo hacer es irme de la mano lo bastante como para que se me considere persona no grata, tenga que salir en desgracia; y volver ¡con una flota a mis espaldas!

Langley se vio impulsado a salir al exterior en una ladera en que la nieve crujía bajo los pies y el cielo era un cofre negro lleno de estrellas. Expelió el aliento en forma de vapor a causa del frío; el respirar era agudo y penoso y su cuerpo temblaba. Marin se apretó contra él, como si buscara calor, pero él se apartó vivamente de ella. ¡*Herramienta*!

No... no, eso no era jugar limpio con la muchacha, ¿verdad? La chica no era responsable cuando les traicionó, con menos voluntad propia que la que tendría un hombre a quien le están encañonando: por la espalda. Pero no podía mirar ahora sin sentirse sucio.

Una espacionave bajó hasta el suelo. Langley subió por la escalerilla, encontró un sillón en la sala y trató de no pensar. Marin le dirigió una mirada llena de dolor y luego se sentó alejada de los demás. Un par de guardias armados, hombres rubios, arrogantes, que debían ser thorianos, se instaló en las puertas. Saris fue llevado a otra parte.

Todavía no estaba impotente, pero su única acción posible tendría que ser la suicida de estrellar la nave contra el suelo. Y Brannoch parecía querer correr ese riesgo voluntariamente.

Las montañas quedaron muy abajo de la proa. El breve zumbar del aire acondicionado y después se vieron más arriba de la atmósfera, dando una vuelta al planeta en dirección al África central.

Langley se preguntó qué iba a ser de él durante el resto de sus días. Entraba dentro de lo posible que Brannoch le estableciera en algún planeta tipo terrestre, tal y como le había prometido. No presenciaría la guerra, pero toda su vida estaría plagada de pesadillas en las que el cielo se abriría y millones de millones de criaturas humanas arderían, se desintegrarían, caerían hechas polvo por el suelo. ¿Y sin embargo, qué otra cosa podía hacer? Trató de obrar de otro modo y fracasó. ¿No era bastante?

No, dijo algún lejano antecesor suyo de Nueva Inglaterra.

El tiempo pasaba. A cada instante se acercaban más a su propia muerte, pensó con tristeza. A pesar de que África estaba en la zona del día en aquellos instantes, Brannoch hizo bajar su nave. Langley se imaginó que algo había sido preparado quizás falsas señales de identificación, para desembarazarse de las naves patrulleras. Había allí una pantalla de visión exterior y contempló el amplio río que en ella aparecía y que debía ser el Congo. Limpias y ordenadas plantaciones se extendían en perfectos rectángulos hasta perderse de vista en la lejanía y el continente parecía sembrado de ciudades de tamaño medio. La nave las ignoró volando bajo hasta llegar a un apiñamiento de pequeñas edificaciones con cupulados techos.

-¡Ah! -dijo Valti-. Un centro administrativo de plantaciones... y perfectamente genuino además, no me cabe la menor duda. Pero subterráneamente... hummm...

Una porción de polvoriento suelo abrió unos labios metálicos y la nave descendió al interior de un hangar, Langley siguió al resto hasta el exterior y entraron en las austeras habitaciones adyacentes.

Al extremo del paseo se alzaba una cámara muy grande; contenía algún equipo de oficinas y un tanque.

Langley estudió el tanque con una chispa de interés. Era una cosa grande, una caja de acero de seis metros de ancho por quince de largo, montada en su propia base antigravitacional. Había allí botellas auxiliares para gas, bombas, motores, medidores, un dial marcando la presión interior y la exterior que él comprendió diferían en casi mil atmósferas. Buen juguete, pensó. ¿Había sido hecho mediante campos de fuerza o simplemente con arreglo a la metalurgia actual? Todo el dispositivo era grande, constituyendo una máquina movible por medios propios, allí agazapada, como si fuera una cosa viva.

Brannoch se adelantó al grupo y con la mano hizo un gesto alegre en dirección al imponente objeto. Su triunfo le había dado una fluidez casi infantil.

-Aquí estamos, thrymkanos -dijo-. ¡Los hemos traído a todos ellos!

XIII

La plana voz microfónica respondió con tono lúgubre.

-Sí. Ahora. ¿Estás seguro de que no te han puesto ninguna trampa, que no te han rastreado, que todo esta en orden?

-¡Pues claro! -la alegría de Brannoch parecía enfriarse; de repente, pareció malhumorado-. A menos de que hayan visto volar a vuestro tanque hasta aquí.

-No lo vieron. Pero después de llegar, realizamos una inspección. La negligencia del superintendente de la plantación, que quiere decir la tuya, ha sido deplorable. En la pasada semana ha comprado dos nuevos labradores para el campo y se ha olvidado de acondicionarlos contra el recuerdo de habernos visto a nosotros y a nuestras actividades.

-¡Oh, bueno... esclavos de la plantación! Jamás se dan cuenta nunca de nada, de todas maneras.

-La probabilidad es pequeña, pero existe y puede ser prevenida. El error ya está, rectificado, pero ordenarás que tu superintendente sea colocado cinco minutos bajo las descargas neurales.

-Mira -los labios de Brannoch se retiraron dejando los dientes al descubierto-. Mujara está en mi nómina desde hace cinco años y me ha servido con fidelidad. Una reprimenda es bastante. No haré que...

-Sí, lo hará.

Durante un largo momento el gigantón permaneció desafiante, como si se hallara en presencia del enemigo. Luego algo en su interior pareció doblegarse, se encogió de hombros y sonrió con cierta amargura.

-Está bien. No vale la pena discutir por eso. Hay muchas otras cosas que hacer.

La mente de Langley pareció reunirse consigo mismo de nuevo y empezar a funcionar otra vez. Todavía experimentaba una sensación de vacío, de carencia de emociones, pero pudo pensar y sus reflexiones no tuvieron nada de placenteras. «Valti ya me dio un indicio de

esto. Esos monstruos del interior del tanque no son únicamente los pequeños ayudantillos de Brannoch. Son sus amos. A su manera solapada son quienes gobiernan este espectáculo».

«Pero, ¿qué quieren sacar en limpio? ¿Por qué se molestan? ¿Qué beneficio obtendrán fomentando la guerra? Los thorianos podrían conquistar más territorios, pero un planeta de tipo terrestre, de nada servirla a los seres de respiración de hidrógeno.»

-¡Adelántate, ser extraño! -dijo la voz mecánica-. ¡Deja que te veamos mejor!

Saris se deslizó hacia adelante, bajó la presión de los cañones de las armas. Su flaca forma delgada y parda estaba agazapada y baja, inmóvil a excepción del mismísimo extremo de su cola que se retorcía con hambre. Miró el tanque con ojos fríos.

-Sí -dijeron los thrymanos al cabo de un largo intervalo-. Sí, hay algo en él. Jamás habíamos sentido antes esas particulares corrientes vitales en ninguna de las centenares de razas que conocemos. Puede ser muy bien peligroso.

-Será útil -Intervino Brannoch.

-Si es que ese efecto puede ser duplicado mecánicamente, Milord -Interrumpió Valti con su tono más aceitoso-. ¿Está usted seguro de esa posibilidad? ¿No podría ser que solo un sistema nervioso vivo pudiera generar ese campo... o controlarlo? El control es un problema de los más complejos, va sabe. Puede requerir algo tan bueno como un cerebro genuino, que ninguna ciencia que conozcamos puede fabricar artificialmente.

-Eso es cosa de estudios -murmuró Brannoch-. A los científicos les toca resolverlo.

-¿Y si los científicos fracasan? ¿se le ha ocurrido pensar en eso? Entonces usted habría precipitado una guerra sin las ventajas que estaba esperando tener. Las fuerzas de Sol son mayores y mejor coordinadas que las suyas. Podrían ganar y obtener una victoria definitiva.

Langley no pudo menos que admirar el modo resuelto que tenía Brannoch de enfrentarse a tal idea que antes no había existido para él. Permaneció un rato mirándose a los pies crispando y abriendo las manos.

-No lo sé -dijo por último en voz pausada-. No soy un científico. ¿Qué te parece, Thrymca? ¿Crees que puede hacerse?

-La posibilidad de que la tarea resulte imposible ya ha sido considerada por nosotros -respondió el tanque-. Tiene su probabilidad definida.

-Bueno... quizás lo mejor sería desintegrarle, entonces. Puede que estemos arriesgando demasiado en el juego... porque no me va a ser posible seguir engañando a Chanthavar durante mucho tiempo. Quizás debiéramos refrenarnos, construir mas de nuestras armas convencionales durante unos pocos años...

-No -dijeron los monstruos-. Los factores han sido sopesados. La fecha óptima para la guerra está ahora muy próxima, con o sin nulificador.

-¿Estáis seguros?

-No hagáis preguntas innecesarias. Perderías semanas tratando de comprender los detalles de nuestro análisis. Procede como está planeado.

-¡Bueno... de acuerdo! -una vez tomada la decisión en su nombre, Brannoch se puso en acción como si estuviese ansioso de escapar a sus pensamientos. Gritó sus órdenes y los prisioneros fueron conducidos a un bloque de celdas.

Langley pudo ver de rechazo a Marin mientras pasó por su lado; luego Saris y él fueron arrojados juntos en un cuartito. Una puerta blindada se cerró tras ellos y dos thorianos se plantaron armados al exterior.

El cuarto era pequeño, desnudo y sin ventanas. Poseía servicio sanitario, un par de literas y... nada más. Langley se sentó y dirigió a Saris, que estaba acurrucado a sus pies, una cansina sonrisa.

-Eso me recuerda el modo que los policías de mi época tenía de llevarse a un sospechoso de cárcel a cárcel, manteniéndole siempre un paso por delante de sus abogados de manera que éstos no le pudieran hacer firmar la petición de «*habeas corpus*».

El holatano no le pidió que se lo explicara; era raro ver lo relajado que estaba. Al cabo de un rato, Langley prosiguió:

-Me pregunto por qué nos han metido juntos en la misma habitación.

-Para que podamos hablar -contestó Saris.

-¡Oh! ¿Sientes que en las paredes hay grabadoras y micrófonos? Pero si hablamos en inglés...

-Sin duda hay facultades traductoras que ellos poseen. Nuestra conversación queda grabada para que mañana se traduzca sin prisas.

-Humm. Si, bueno, de todas formas no tenemos que hablas de nada importante.

Langley soltó una carcajada, que sonó como un ladrido.

-¡Muy bueno! Y esos pájaros de ahí afuera no saben inglés...

-Deseo ordenar mis pensamientos -dijo el Holatano- mientras mira si puedes inducirles a una conversación.

-Debería pensar que tenías más interés en lo que te suceda a ti, recién hablaron de matarte.

-Eso no es tan vital como tu piensas.

Langley le dirigió una turbada mirada, *jamás llegaré a entender a esta criatura*. Se dirigió hacia la puerta.

Uno de los centinelas alzó nerviosamente su pistola, que más bien parecía un pequeño mosquetón. Se veía que había sido construida por un artesano como un arma para casos excepcionales.

-Cálmate, hijo -dijo Langley-. Yo no muerdo... casi nunca.

-Tenemos órdenes estrictas -repuso el thoriano. Era joven, un poco asustado lo que le hacía más grueso su acento áspero-. Si pasa algo raro, sea culpa vuestra o no, dispararemos para mataros. Recuérdalo.

-No queréis correr riesgos, ¿eh? Bueno, es propio de vosotros. -Langley se apoyó en los barrotes. No era difícil actuar como si estuviera tranquilo y se sintiera sociable, y menos ahora que ya estaba todo definido-. Me preguntaba tan sólo que sacaréis de ello vosotros, muchachos.

-¿Qué quieres decir?

-Bueno, supongo que vinisteis aquí con la misión diplomática, o en un envío posterior. ¿Cuándo llegaste a la Tierra?

-Hace tres años -dijo el otro centinela-. El servicio militar en los planetas extranjeros dura normalmente cuatro años.

-Pero ahí no se incluye el tiempo empleado en el transporte -observó Langley-. Eso hace unos trece años que estáis fuera. Vuestros padres se habrán hecho viejos, quizás hayan muerto; vuestras novias se habrán casado con otros... Allá, de donde yo vine, consideraríamos ese plazo infernalmente largo.

-¡Cállate! -la respuesta fue un poco demasiado amarga y rápida.

-No hablo para predisponeros a la rebelión -dijo Langley con voz meliflua-. Sólo curiosidad. Supongo que para compensar se os pagará bien, ¿eh?

-Hay primas para el servicio en planetas extranjeros -dijo el primer centinela.

-¿Grandes?

-Bueno...

-Me lo pensaba. No es lo bastante importante. Los muchachos están fuera un par de décadas; los viejos han de hipotecar sus granjas para ir viviendo; los muchachos vuelven sin dinero para salir del apuro y se pasan el resto de sus vidas trabajando para alguien más... algún banquero que fue lo bastante listo como para quedarse en la patria. El rico se hace más rico y el pobre más pobre. Ocurrió lo mismo en la Tierra hace 7.000 años. En un lugar llamado Roma.

Los pesados y torpes rostros -de campesinos tozudos, estólidos, lentos de pensamiento- se crisparon tratando de encontrar una respuesta lo bastante conveniente para apabullar el sólido argumento. Pero nada hallaron.

-Lo siento -dijo Langley-. No quería punzaros. Mirad soy un poco curioso. Parece como si Centauro vaya a ser el perro mandón, así que siento deseos de aprender cosas vuestras, ¿eh? Supongo que vosotros os imaginaréis que podréis lograr una buena parcela de tierra en el Sistema Solar. Pero, ¿por qué os respalda Thrym?

-Thrym pertenece a la Liga -dijo uno de ellos. Langley no se perdió la reluctancia de su tono-, Ellos vienen con nosotros... es su obligación.

-Pero tienen voto, ¿verdad? Pudieron haberse opuesto a esta aventura. ¿O se les ha prometido la colonización de Júpiter?

-No podrían -contestó el guarda-. Hay alguna diferencia en el aire, no posee bastante amoníaco, creo. Ellos no pueden emplear ningún planeta de este sistema!

-Entonces, ¿por qué tienen interés en conquistar Sol? ¿Por qué os respaldan? Sol nunca les hizo el menor daño, en cambio Thor, hace pocos años sostuvo una guerra contra ellos.

-Fueron derrotados -dijo el centinela.

-Y un demonio lo fueron. Hijo. No se puede derrotar a un planeta unificado que es mayor que todos tos demás juntos. La guerra fue una farsa y tú lo sabes. Lo más que la Tierra y Thor unidos podría hacer, apuesto lo que quieras, sería establecer una vigilancia en torno a su mundo, manteniendo a los nativos allá abajo.

«Por tanto, sigo preguntándome que sacarán de este trato»

-¡Ya no quiero hablar más de ello -replicó el centinela -Vuelve a tu sitio.

Langley permaneció un momento junto a los soldados, considerando la situación. No había más soldados en el bloque de celdas que aquellos dos. La puerta se mantenía cerrada por una cerradura electrónica.

Saris podría abrirla con un mero esfuerzo de voluntad. Pero los dos jóvenes centinelas estaban en un estado nervioso de gran tensión. Al primer signo de improviso abrirían fuego.

Volvió con Saris...

-¿Has puesto ya en orden, tus pensamientos?

-En cierto modo -el holatano le dirigió una mirada somnolienta-. Te asombrarás cuando te diga ciertas cosas.

-Adelante.

-No puedo leer la mente humana... no sus actuales pensamientos, sólo su presencia y su estado emocional. Dándome tiempo podría averiguar algo más, pero no tenemos tiempo aún, ni siquiera para estudiar contigo. Pero los thrymanos han tenido tiempo en abundancia para estudiar tu raza.

-¿Así que pueden leer nuestros pensamientos, eh? Humm... apuesto a que Chanthavar no lo sabe. Entonces la inspección a que hicieron referencia debió haber sido vía la mente del superintendente, supongo. Pero, ¿estás seguro?

-Sí. Con toda certeza. Déjame que te explique.

La explicación fue breve y clara. Todo sistema nervioso vivo irradia energía, de diversas clases. Hay impulsos eléctricos que la encefalografía descubrió en el hombre antes de la época del nacimiento de Langley. Hay un poco de calor; hay la emisión más sutil y penetrante en el espectro giromagnético. Pero el molde varía: cada raza posee normas propias. Un encefalografista de la Tierra no encontraría el ritmo alfa de un cerebro humano en un holatano; tendría que aprender primero un «lenguaje» completo y nuevo.

En la mayoría de los planetas, incluida la Tierra, hay pocos o ninguno sensitivos a tales emisiones. La vida envolvente desarrolla reacciones a tales vibraciones como la luz y el sonido y, siendo todo esto suficiente para la supervivencia, no sigue desarrollando la habilidad para «escuchar interiormente» con los impulsos nerviosos. Excepto unos cuantos y dudosos seres, la cuestión de la Percepción Extra Sensorial en el hombre es algo para discutir y tratar... la humanidad es telepáticamente sorda. Pero en algunos planetas, a través de ímprobas series de mutaciones, la Percepción Extra Sensorial hace que algunos órganos se desarrollen y que muchos animales la posean, en el caso de Holat el desarrollo fue único... el animal no solo podía recibir los impulsos nerviosos de los demás, sino inducirlos a corto alcance. Esta era la clase de la empatía emocional holatana; también era la razón por la que había forma de controlar un tuvo de vacío. Como siguiendo alguna ley de compensación, la facultad perceptiva era pobre a nivel verbal; los holatanos utilizaban el habla sonora porque telepáticamente no les era posible aclarar las ideas.

La telepatía thrymana era de la clase «normal»: los monstruos podían escuchar interiormente, pero no influenciar, excepto vía los finales especializados de sus nervios cuando se producía la unión entre sus compañeros.

Así que para leer los pensamientos de otro ser tenían primero que conocer su lenguaje. Y Saris y Langley pensaban habitualmente en idiomas desconocidos para ellos. Lo que detectaban les sonaba a jerigonza ininteligible.

-Comprendo... -el hombre asintió-. Tiene sentido -sonrió con tristeza-. Por lo menos es un consuelo poder conservar nuestra intimidad mental.

-Hay otros -replicó el holatano-. Tengo que darte un aviso. Pronto se producirá un ataque.

-¿Eh?

-No demuestres estar tan alarmado. Pero la hembra a la que llamas Marin, ¿no...? tiene un circuito electrónico. Lo he detectado.

-¿Qué? -Langley se quedó sin aliento. Por sus nervios pasó una extraña corriente-. Pero ella...

-Se lo han colocado quirúrgicamente, es algo que puedo catalogar como un emisor de frecuencia variable. A la chica se la puede seguir. Hubiera querido decírselo a Valti, pero entonces no estaba familiarizado con el sistema nervioso humano. Creí que era algo normal en

vuestras hembras. Incluso las nuestras son distintas a los machos. Pero ahora que he visto a más de los de tu especie me doy cuenta de la verdad.

Langley se notó temblando. ¡Marin... otra vez Marin! Pero ¿cómo?

Entonces comprendió. Durante la desaparición y su posterior retorno. Había sido hecho a propósito, después de todo. Langley no fue la meta del ataque. Un comunicador automático similar al de Valti introducido en su cuerpo por la cirugía de hoy... sí. Y tal ingenio sería de corto alcance, lo que significa que sólo un sistema de detectores diseminado por todo el planeta podría esperar seguirla. Y únicamente Chanthavar podía poseer tal sistema.

-Dios del cielo -gimió-, ¿de cuanta gente es esa mujer una Judas?

-Tenemos que estar preparados -dijo el holatano calmoso-. Nuestros centinelas tratarán de matarnos en un caso así, ¿no? SI estamos prevenidos quizás podamos...

-¿O avisar a Brannoch? -Langley jugó un minuto con la idea pero la descartó en seguida. Incluso si los centaurianos conseguían huir limpiamente, la flota de combate de Sol les pisarla los talones; la guerra, la vacía e inútil guerra, se desencadenaría como una avalancha. Entonces, que ganara Chanthavar. La cosa no importaba.

Langley enterró su rostro entre sus manos. ¿Por qué seguir luchando? Podía dejar que el plomo le barriera del mundo como un caballero cuando se produjera el ataque.

No. De cualquier manera. Notaba que tenía que seguir luchando. Se le había dado voz, aunque débil, en la historia; era cosa suya seguir hablando mientras le fuera posible.

Pudo ser una hora más tarde cuando el hocico de Saris le rozó conminándole a estar alerta.

-Vibraciones gravitacionales. Creo que ha llegado el momento.

XIV

Una sirena bramó. Mientras sus ecos recorrían; el pasillo, los guardias dieron un salto, quedándose como congelados durante un instante.

La puerta se abrió y Saris Hronna la cruzó. Su salto felino lanzó a un hombre contra una pared lejana. El otro fue dando vueltas, para caer a un metro de distancia. Todavía empuñaba su arma. Saltó para ponerse en pie, alzando la pistola, mientras Langley le atacaba.

El hombre del espacio no era ni luchador ni boxeador. Asió el cañón de la pistola, retorciéndolo a un lado y mandó su otro puño en un gancho a la mandíbula. El Thorano parpadeó, escupió sangre, pero no perdió el conocimiento. En vez de eso, lanzó una patada al tobillo de Langley. El americano; saltó a un lado, como si hubiera recibido un doloroso balonazo. El centauriano retrocedió, alzando la pistola. Saris apartó a un lado a Langley y en un sólo salto aplastó al hombre.

-¿Estás bien? -preguntó, dando la vuelta- ¿Duele?

-Todavía puedo moverme. Langley sacudió la cabeza, saboreando la amargura de la derrota-... ¡Vamos! Saltemos sobre el resto. Quizás podamos huir todavía durante la pelea.

Disparos y explosiones atronaron en todas las demás estancias. Valti se adelantó tambaleándose, su despeinada cabeza roja inclinada para embestir cono un toro.

-¡Por aquí! -rugió-. ¡Síganme! Tiene que haber una salida posterior.

Los prisioneros se agruparon tras él, corriendo rápidamente corredor abajo hasta la puerta que Saris abrió. Una rampa conducía hasta nivel del suelo. Saris se lanzó presuroso,

alguien podía estar esperando más allá. Pero no había otra alternativa. La puerta disimulada saltó y se vio bajo la luz crepuscular del día.

Negros navíos de patrulla revoloteaban por encima como abejas furiosas. Cerca de uno de los edificios había un volador o nave pequeña. Saris fue a por él, con enormes saltos. Estaba casi ya allí cuando un rayo azul blancuzco del cielo cayó delante de su camino.

Girando con un gruñido, el holatano pareció bracear. Una nave de la policía giró de repente y se estrelló contra otra. Ambas cayeron entre llamas. Saris saltó hacia el extremo del compuesto, los humanos jadeaban siguiéndole. Una cortina de fuego cayó sobre su camino. Valti gritó algo, señalando hacia atrás y vieron como los soldados esclavos vestidos de negro salían en torrente desde la sección subterránea.

-¡Detén sus armas! -gritó Langley. Llevaba uno de los mosquetones de sus captores, que apoyó contra su mejilla y disparó. El estallido y el retroceso fueron algo glorioso para él. Un hombre giró sobre sus talones y cayó.

-Demasiados. -Saris se acostó en el suelo desnudo, jadeante-. Son más de los que puedo manejar. De todas maneras tenía pocas esperanzas de escapar.

Langley maldijo y bajó su pistola.

Los policías los rodearon, cansinos.

-Señores, todos ustedes están arrestados -dijo el jefe-. Por favor, acompáñennos.

Marin lloraba, silenciosa y rota, mientras le seguía.

Chanthavar estaba en el despacho de la plantación. Las paredes anuladas con guardias y Brannoch permanecía en pie triste a un costado. El Solariano iba inmaculado en su atuendo y su alegría apenas se mostraba en absoluto.

-¿Cómo está usted, capitán Langley? -dijo-. Y Goltam Valti, señor, claro. Veo que he llegado en el momento preciso.

-Adelante -dijo el hombre del espacio-. Mátenos y sálgase con la suya.

Chanthavar alzó las cejas.

-¿Por qué todo ese dramatismo? -preguntó.

Entró un oficial, se inclinó y dio su parte. El escondite estaba ocupado, todo el personal muerto o arrestado, las bajas solares eran seis muertos y diez heridos. Chanthavar dio una orden y Saris fue obligado a entrar en una jaula especialmente preparada y colocada en la parte exterior.

-En caso de que usted se pregunte, capitán -dijo el agente-, cómo descubrí dónde estaban...

-Lo sé -dijo el aludido.

-¿Oh? Oh... si, claro. Saris debió haberlo detectado. Fue un juego... yo no creí que se daría cuenta a tiempo de lo que era y en apariencia tuve razón. Había preparado otros procedimientos de rastreo; pero ocurre que ha sido este el que ha dado resultado -los labios de Chanthavar se curvaron en su sonrisa peculiar-. No le guardo rencor, capitán. Usted trató de hacer lo que le pareció mejor, estoy seguro.

-¿Y nosotros? -preguntó Brannoch.

-Bueno, milord, el caso requiere claramente la deportación.

-Está bien. Vayamos. Tengo una nave.

-¡Oh, no! Milord. No podemos ser tan descorteses. El Tecnicado le preparará el transporte. Puede llevar eso una temporadita... incluso unos cuantos meses...

-Hasta que usted consiga adelantar en las investigaciones del nulificador. Comprendo.

-Mientras tanto, usted y su personal quedaran confinados en sus propias habitaciones. Colocaré guardias para procurar que ustedes no... molesten.

-De acuerdo. -Brannoch obligó a su boca a curvarse en una falsa sonrisa-. Tengo que darle las gracias por eso, supongo, en su situación, yo le habría matado nada más echarle la mano encima.

-Algún día, milord, pueda que su muerte sea necesaria -dijo Chanthavar-. Por el presente, sin embargo, le debo algo, este asunto va a significar mucho para mi propia posición, ya comprende. Hay oficios mas altos que el mío presente y pronto estarán abiertos para mí.

Se volvió a Langley.

-Ya he hecho algunos preparativos para usted, capitán, ya no serán necesarios más sus servicios, hemos encomiado un par de colegiales que pueden hablar el viejo idioma americano y entre ellos y las maquinas hipnóticas Saris nos dará una imagen bastante perfecta de sus ideas hasta que al cabo de pocos días aprenda el idioma moderno. En cuanto a usted, un puesto y un apartamento en la universidad de Lora le ha sido preparado. Los historiadores, arqueólogos y planetógrafos están muy ansiosos de consultarle. La paga es pequeña, pero conservará usted el rango de hombre libre.

Langley nada dijo. De manera que aquello le iba a separar del juego ya. Eso era ya el fin.

Valti se aclaró la garganta.

-Milord -dijo pomposamente-. Debo recordarle que la Sociedad...

Chanthavar le dirigió una larga mirada a través de sus ojos entrecerrados. El liso rostro había adoptado una profunda inexpresividad...

-Usted ha cometido actos criminales según las leyes de Sol -dijo.

-La extraterritorialidad...

-Eso aquí no se aplica. Como a menos, usted será deportado. -Chanthavar parecía luchar consigo mismo-. No obstante, le voy a dejar en libertad. Reúna a sus hombres, tome uno de los pequeños navíos de atmósfera de la plantación y vuele de regreso a Lora.

-Milord es muy indulgente -dijo Valti-. ¿Puedo preguntar por qué?

-No importa el por qué. Váyase.

-Milord, soy un criminal. Lo confieso. Quiero un juicio justo por un tribunal mixto como está previsto en el artículo VI, sección 4, del Tratado de la Luna. Los ojos de Chanthavar eran llanos y fríos.

-Salga o haré que le echen.

-¡Exijo ser arrestado! -gritó Valti-. Insisto en defender mis derechos y privilegios para limpiar mi propia conciencia. Si usted no me detiene, me quejaré directamente al Tecnicado.

-¡Muy bien! -Chanthavar pareció escupir las palabras-. Tengo órdenes del propio Tecnicado para dejarle a usted libre. El por qué, no lo sé. Pero es una orden; me llegó tan pronto llevé el informe de la situación y de mi intención de atacar, ¿Está satisfecho?

-Si, milord -dijo con suavidad Valti-. Gracias por sus amabilidades. Buenos días.

Se inclino con torpeza y salió.

Chanthavar rompió a reír.

-¡insolente espantapájaros! Yo no quería decírselo, pero de todas maneras se habría enterado con el tiempo. Ahora sigamos con el resto de nosotros. Vámonos quizás pueda llegar a tiempo al concierto de esta noche.

Langley parpadeó ante el brillo del sol fuera. Los trópicos de la Tierra se habían hecho más cálidos en 5.000 años, vio a un grupo de hombres armados, un volador militar y de pronto tuvo en su corazón una especie de sensación de pena.

-Chanthavar -preguntó-, ¿puedo despedirme de Saris?

-Lo siento -el agente sacudió la cabeza, no sin compasión-, sé que es su amigo, pero ya se han corrido demasiados riesgos en este asunto.

-¿Le volveré a ver alguna vez?

-Quizás. No somos bestias, capitán. No intentamos tratarle mal si coopera. -Chanthavar hizo un gesto a una máquina mas pequeña-. Me parece que es la suya. Adiós, capitán, espero volverle a ver en alguna ocasión, si tengo la oportunidad.

Se dio la vuelta y se alejo a grandes zancadas. El polvo del suelo se alzó bajo sus sandalias.

Langley y Marin entraron en el volador. Un guardia silencioso les acompañó y colocó el piloto automático. El aparato se alzó del suelo con seguridad y el guardia se sentó ante ellos para esperar con absoluta paciencia.

La chica permaneció muda largo rato.

-¿Cómo nos encontraron? -preguntó por fin.

El hombre del espacio se lo dijo.

En aquella ocasión no lloró, parecía que ya no le quedaban lágrimas. Casi no dijeron nada durante la hora que duró aquel vuelo vertiginoso.

Lora se alzaba sobre un horizonte nocturno como una fuente enorme de rugiente y orgulloso metal.

E volador zumbó en su torno, hallando una repisa o terraza en una de las torres mas pequeñas de la zona Norte. El guardia asintió.

-Su apartamento es el número 337, precisamente debajo del pasillo, señor -animó-. Buenas noches.

Langley abrió la marcha. Cuando la puerta se abrió para él, vio un conjunto de cuatro habitaciones pequeñas, cómodas pero nada ostentosas. Había un robot de servicio, pero claramente su nueva posición no incluía esclavos vivos.

Excepto... se dio la vuelta para mirar a Marin y permaneció contemplándola durante un minuto. Ella le devolvió la mirada tranquila, pero estaba pálida y había en sus ojos profundas ojeras. Aquella condenada criatura no era su Peggy, pensó él.

La rabia y la amargura se levantaron en su garganta como un vómito. Aquí terminaba la historia. Había tratado de luchar con todas sus esperanzas, y ella era la única que lo había estropeado todo.

-Vete -dijo él.

Ella se llevó la mano a la boca, como si acabara de recibir un golpe, pero no pronunció la menor palabra.

-Ya me has oído -caminó por el suelo, tan suave y tan ligero como si fuese hecha de carne humana, y miró por la ventana-. Te concedo la libertad. Ya no eres esclava. ¿Comprendes?

Ella respondió, todavía:

-No.

-¿Hay que cumplir alguna formalidad? -preguntó él.

Ella se lo dijo. No había vida en su voz. Marcó en el aparato la oficina de archivos y registró el aviso de que él, único propietario de la esclava número «tal y cual» la concedía la emancipación. Luego se volvió, pero no pudo resistir la mirada de los verdes ojos.

-No fue culpa tuya -dijo con voz gruesa. En sus sienes había un tronar sonoro y sus piernas parecían doblársele-. No fue culpa de nadie. Tú fuiste una impotente herramienta. Claro. No te condeno. No obstante, no puedo soportar verte a mi alrededor más tiempo. Hay en ti demasiados fracasos.

-Lo siento -susurró ella.

-Yo también -dijo él con poca sinceridad-. Vamos... vete... haz lo que quieras de tí misma -con apenas conciencia de su impulso, se desabrochó su bolsa y se la arrojó-. Toma. Hay ahí dentro un buen pellizco de dinero, cógelo... utilízalo para establecerte.

Ella le miró con un azoramiento que poco a poco se aclaró.

-Adiós -dijo. Su espalda era recta mientras salía. No fue hasta mucho más tarde que Langley se dio cuenta de que la joven había dejado la bolsa tal y como cayó.

XV

Mañana y mañana y mañana; así es el modo que tiene el mundo de terminar.

En la universidad los hombres eran tranquilos y apacibles. Poseían modales graves y buenos, pero poca formalidad y eran conocidos por el hombre del pasado. Langley recordó sus propios días de estudiante, hacia sido profesor auxiliar durante la temporada y había visto y conocido bastante vida en la facultad. Aquí no había nada de las murmuraciones y pequeñas intrigas y meriendas hipócritas que recordaba; pero tampoco aquí estaba aquel espíritu de la ansiedad y aventura intelectual. Todo se sabía, todo estaba bien aposentado y seguro; únicamente faltaba llenar los detalles. Allá, en el siglo XX, los trabajos y tesis doctorales acerca de la puntuación ortográfica de Shakespeare seguían siendo materia de chistes... hoy, aquello era materia de estudios.

No obstante, Langley encontró en aquellos hombres grises, vestidos con ropas pardas, una compañía con la que congeniaba. Había un historiador en particular, un hombre sabio con enorme cabeza calva, Jath Mardos, de quien se hizo amigo. El individuo poseía una iniciación enorme y un punto de vista refrescantemente irónico, podían pasar horas hablando, mientras un grabador tomaba cada cosa de las que decían para una posterior evaluación.

Para Langley lo peor eran las noches.

-La situación presente era, claro, inevitable -dijo Mardos-. Si una sociedad no se petrifica, debe renovarse, como la suya hizo. Pero tarde o temprano se llega al punto en que toda innovación sucesiva se convierte en cosa impracticable y luego la petrificación se apodera de todo.

-Me parece a mí que ustedes todavía podrían hacer algunos cambios -dijo el hombre del espacio-. Por lo menos, cambios políticos.

-La Sociedad Comercial tiene un alcance de cientos años de luz y no he encomiado nada de lo que usted sueña.

-Con toda seguridad no. Un grupo que quisiese escapar de lo que considerase una civilización diabólica se iría aún más lejos que eso. Y esta la idea de algo escondido detrás de sus alcances...

-¡No maduro!

-Claro. No se olvide, la naturaleza no madura, o Sociedad, es un proceso de crecimiento... Pero, hablando de la Sociedad, me gustaría saber mas de ella. Tengo una especie de sospecha...

-No hay mucha cantidad de información. Han sido siempre bastante reservados. Parecen haber tenido su origen aquí mismo en la tierra, hace un millar de años o cosa así, pero la historia es oscura.

-No debería serlo -exclamó Langley-. ¿No se supone que el Tecnicado conserva registros completos de cada hecho importante? Y seguramente la Sociedad es importante. Cualquiera podía haber previsto que se convertirían en un factor mayor.

-Adelante -se encogió de hombros, Mardos-. usted puede utilizar la biblioteca si es que eso le divierte.

Langley encontró un escritorio y se sentó pidiendo la lista bibliográfica. Era sorprendentemente pequeña. A modo de comparación, consiguió una lista de referencia de Tau Ceti IV, un sombrío planetita de ningún valor especial... era varias veces más larga que la primera.

Se sentó durante algunos minutos meditando los efectos de una cultura estática. Para él, la parquedad de información parecía gritar: *tapujo*. Por eso los llamados sabios, de su alrededor, solamente notaron que había pocos libros y artículos asequibles y procedieron a olvidar todo lo referente a aquel asunto.

Se lanzó voluntarioso a la tarea de leer cuanto podo encontrar sobre la materia: estadísticas económicas; casos en donde la Sociedad, para protegerse a si misma, había intervenido en la política local de uno u otro planeta; discursos sobre la psicología producida por toda una vida a bordo de una nave... y un apartado fechado mil noventa y siete años atrás al efecto de que un tal Hardis Sanj, representando a un grupo de comerciantes interestelares (la lista de nombres incluida) había solicitado uno de los privilegios especiales y que le fueron concedidos. Langley leyó el decreto de los privilegios: era un documento conmovedor; su lenguaje inocuo daba unos poderes que cualquier ministro podía envidiar. Trescientos años más tarde, el Tecnicado llegó a reconocer a la sociedad como estado independiente; otros planetas ya lo habían hecho, el resto no tardó en seguirles. Desde entonces había habido tratados y...

Langley permaneció sentado muy quieto, cuatro días después de que su búsqueda comenzara. Todo coincidía.

ítem: el Tecnicado había permitido que la Sociedad fuese adelante sin discusión, aunque por otra parte su política base estaba apuntada francamente hacia la gradual reunificación de toda la galaxia accesible.

ítem: La Sociedad tenía varios cientos de millones de miembros ya, incluyendo personal de muchas razas no humanas. Ningún miembro sabía más que una fracción de los demás.

ítem: El rango y el archivo de la Sociedad, hasta llegar a través de los oficiales de nave, no sabía quiénes eran sus últimos gobernantes ni donde estaban, pero habían sido acondicionados para obedecer y a todos les faltaba una normal curiosidad por conocerlo.

ítem: El Tecnicado mismo había ordenado a Chanthavar que soltase a Valti sin prejuicios.

ítem: Los datos económicos mostraban que durante largos períodos de tiempo, más y más planetas se convirtieron en dependientes de la Sociedad por uno u otro vital elemento de su industria. Era más fácil y más barato comerciar con los nómadas que salir y conseguir lo que necesitaba unos mismos; y la Sociedad era, después de todo, bastante. neutral...

«¡Y un infierno!»

Langley se preguntaba por qué nadie más parecía sospechar la verdad. Chanthavar, ahora, pero Chanthavar, siempre inteligente, estaba también acondicionado. Su trabajo era meramente llevar a cabo la política dispuesta por la máquina, no hacer profundas averiguaciones. Claro que ningún ministro podía permitirse saber, y si ocurría, de vez en cuando, que tropezase con los hechos, no tardaba en desaparecer. Porque si una persona no utilizada lo descubría, el secreto no podría ser conservado; pronto se extendería entre las estrellas y la autoridad de la Sociedad acabaría... y su utilidad para el Tecnicado.

¡Claro! La Sociedad se fundó poco después, de que las colonias se independizaran. No había esperanza de ocuparlas de nuevo en un futuro previsible. Pero una potencia que fuere a todas partes e informase para una oficina central desconocida...

Una potencia en la que todo el mundo, incluidos los miembros propietarios, quisieran ser desinteresados y no agresivos... era el frente perfecto para vigilar y gradualmente dominar a los demás planetas.

¡Vaya máquina que tenía que ser el Tecnicado! ¡Qué magnífico monumento, la conquista final de una ciencia milenaria! Sus creadores lo habían hecho mejor de lo que se pensaban; sus hijos crecieron, se hicieron capaces de pensar milenios adelantados, hasta que por último hubo civilización. Langley tuvo de súbito el deseo irracional de ver aquella enorme máquina. Pero eso nunca podría ser.

¿Era esa cosa de metal y de energía realmente un cerebro consciente? No... Valti había dicho, y en la biblioteca se confirmaba, que la mente viva tiene casi en todo capacidades infinitas que nunca han podido ser duplicadas por medios artificiales. Así que el Tecnicado pensaba, razonaba, dentro de los límites de su propia función, de eso no se podía dudar. Algo equivalente a la imaginación creadora se necesita para gobernar planetas enteros y para imaginar planes como la Sociedad. Pero había todavía el robot, el supercerebro electrónico; sus decisiones eran aún hechas de manera estricta y sobre bases de datos que se le proporcionaban y sería errónea tu conclusión según el grave error de los datos.

Era como un niño, un grande, casi un impotente niño sin humor, fijando el destino de la raza que había edificado sus propias responsabilidades en él. La idea no era atractiva.

Langley encendió un cigarrillo y se arrellanó. De acuerdo. Había hecho un descubrimiento que podía hacer tambalear a un imperio. Eso era porque venía de una época completamente distinta, un modo diferente de vivir y de pensar. Su inteligencia no admitía imposiciones, era libre, sin contraventanas mentales.

¿Pero qué hacer con sus hechos? Tenía un deseo nihilista de llamar a Valti y Chanthavar y decírselo. Destruir por completo todos los trabajos. Pero no... ¿quién iba a trastornar todo el universo que contenía millones de vidas y probablemente conseguir que lo matasen durante el proceso? No tenía criterio, no era Dios... su deseo era meramente un reflejo de rabia impotente.

«Así que es mejor mantenga la boca cerrada. Si alguna vez se sospechase lo que he aprendido, no duraría ni un minuto. Yo fui importante durante una temporada y mira lo que pasó».

Aquella noche, solo en su apartamento, se miró en el espejo. Su rostro había adelgazado y perdido la mayor parte de su color bronceado. Las salpicaduras grises de su cabello se habían extendido. Se sentía muy viejo y cansado. La compasión se apoderó de él.

Simplemente, no pertenecía a allí. Marin... ¿Qué estarla haciendo? ¿Viviría siquiera? ¿O puede llamarse vida a la existencia allá en el nivel inferior? No querría que se vendiese ella misma; se morirla de hambre antes de doblegar su fiero orgullo que tan bien conocía. Pero cualquier cosa podría ocurrir en la Vieja Ciudad.

El remordimiento había dado su zarpazo. No debería haberla mandado que se fuera. No debería haber descargado su propio fracaso sobre ella, que solo había deseado compartir su carga. Su salario en total era pequeño, apenas suficiente como para soportar a dos personas, pero podrían haber trabajado en alguna otra cosa más.

A ciegas, marcó el número de la principal oficina policíaca de la ciudad. El rostro cortés del esclavo le dijo que la ley no permitía la libre pesquisa de un comunero que no era reclamado por ningún crimen. Un servicio especial se ofrecía a un precio, de... más dinero del que tenía. Muy lamentable, señor.

Pedir prestado el dinero. Robarlo. Bajar él mismo a nivel inferior, ofrecerle recompensas, cualquier cosa. ¡Pero encontrarla! ¿Y querría ella volver?

Langley se encontró temblando.

-Eso no te servirá de nada hijo -dijo en voz alta, en la vaciedad de la habitación-. Te estás volviendo loco de prisa. Siéntate. Siéntate y piensa algo para variar.

Pero todos sus pensamientos se dirigían en la misma loca carrera. El era el extraño, él descentrado, la oveja negra, que existía sólo por la calidad y por el interés intelectual. Nada había que pudiese hacer. No recibió adiestramiento, no tenía educación; si no hubiese sido por la universidad, él mismo una cosa; anacrónica, habría bajado, hasta la escoria.

Algo de profunda tozudez en él le impedía suicidarse. Pero su otro aspecto, la locura, le acechaba a pasos agigantados. Aquella repugnante autocompasión era el primer signo de su propio desintegrarse. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí, en la universidad? unas dos semanas y ya estaba harto de ella.

Dijo a la ventana que se abriese. Allí no había terraza, pero se asomó y respiró con fuerza. El aire de la noche era cálido y húmedo. Incluso a aquella altura, podía oler los kilómetros de Tierra y las plantas creciendo. Las estrellas parpadeaban por encima de la cabeza, burlándose de él desde su lejanía. Algo se movió allí afuera, una sombra imprecisa. Se acercó y vio con torpeza que era un hombre con traje espacial. Volaba con un equipo personal antigravitacional modelo policiaco. ¿Tras qué iban ellos ahora?

La negra armadura pasó cerca. Langley saltó hacia atrás mientras aquella atravesó la ventana. Aterrizó con un salto que hizo que el suelo temblara.

-¿Qué diablos...? -Langley se interrumpió. Una mano con guantelete metálico se había extendido, desabrochando el macizo casco, echándoselo hacia atrás. Una enorme nariz asomó por en medio de una mezcolanza de cabello rojo.

-¡Valti! en cuerpo y alma -dijo el comerciante-. Quizás más en cuerpo, ¿verdad? -polarizó la ventana y ordenó que se cerrase-. ¿Cómo está, capitán? Parece usted bastante cansado.

-Lo... lo estoy -poco a poco el hombre del espacio sintió que su corazón se reanimaba y que había una tensión reuniéndose a lo largo de sus nervios-. ¿Qué es lo que desea?

-Un poco de charla, capitán, sólo una pequeña discusión en privado. Por fortuna, tenemos algunos reglamentos que nos permiten poseer equipo solar en la oficina... Los hombres de Chanthavar se están poniendo infernalmente interesados en nuestros movimientos; es difícil esquivarlos. ¿Cree usted que puedo hablar sin miedo?

-Sí. Eso creo. Pero...

Librodot

-Nada de refrescos, gracias. Tengo que irme lo antes posible. Vuelven a ocurrir otra vez cosas -Valti soltó una risita y se frotó las manos-. Sí, de veras. Sabía que la sociedad tenía tentáculos en lugares bien altos, pero nunca pensé que su influencia fuese tan grande.

-¿Sí? -Langley se detuvo, aspiró profundamente y se obligó a presentarse con una calma glacial-. Vaya al grano, ¿Quiere? ¿Qué es lo que desea?

-¿Estar seguro, capitán, de que le gusta permanecer aquí? ¿Ha abandonado por completo la idea de iniciar una nueva vida en cualquier otra parte?

-Vaya, de modo que me lo vuelve a ofrecer, ¿Por qué?

-Ah... mis jefes han decidido que Saris Hronna y efecto unificador no deben entregarse sin forcejeo. Me han ordenado que le saque de su confinamiento. Créalo o no, mis ordenes vinieron acompañadas por credenciales autenticas e infalsificables del Tecnicado. Con toda evidencia, tenemos agentes muy listos bien altos en el gobierno de Sol, quizás en el cuerpo de Sirvientes. Ellos han sido capaces de dar a la máquina falsos datos de manera que automáticamente ha concluido que sus propios intereses están en conseguir que Saris se aleje del lado de Chanthavar.

Langley se acercó al robot de servicio y consiguió una bebida estimulante. Sólo después de habérsela tragado volvió a confiar en si mismo lo suficiente como para hablar.

-Y usted me necesita -dijo.

-Sí, capitán. La operación será azarosa en todos casos. Si Chanthavar lo descubre, naturalmente tomará como cuestión de honor tenerlo todo hasta que pueda interrogar con más detenimiento al Tecnicado. Luego, a la luz de datos nuevos y frescos, el Tecnicado ordenará una investigación y se enterará de la verdad. Así que tenemos que actuar de prisa. Usted será necesario como amigo de Saris y en quién él tiene confianza, y como posesor de un lenguaje común desconocido con el Holatano... Ya debe saber el nuestro, en estos momentos... así que se podrá dar cuenta de que estamos dispuestos a ayudarle y cooperar con nosotros.

¡El Tecnicado! El cerebro de Langley se tambaleaba. ¿Qué fantástico plan nuevo aquella cosa había preparado ya?

-Supongo -dijo despacio-, que iremos primero a Cisne como usted planeó originalmente.

-No -el rostro regordete se contrajo tuvo en su voz un tono fantástico-. Yo no entiendo en realidad. Se supone que debemos entregárselo a los Centaurianos.

XVI

Langley no replicó. No parecía nada que decir.

-No se por qué -dijo Valti-. A menudo pienso que nosotros, la Sociedad, debería montar un Tecnicado propio. Las decisiones a veces son incomprensibles, a pesar de que siempre han dado los mejores resultados. Eso significa la guerra si alguno de los dos lados consigue el nulificador... ¿y por qué esos bárbaros Centaurianos han de tener la ventaja?

-Porque puede pensar que... que el Sol representa una amenaza a largo plazo contra nosotros. Es, después de todo, una cultura rígida. Si se convierte en dominante, puede actuar contra nosotros, que no podemos encajar en sus propios moldes estáticos. Probablemente es mejor a la luz de la historia es pensar que los Centaurianos tomen el mando durante una temporada.

Esto lo destruía. Eso derribaba todo lo que había pensado. En apariencia el Tecnicado «*no*» era el jefe real de los nómadas. Y, sin embargo...

-Se lo digo con toda sinceridad -continuó Valti-. Puede haber sido más fácil el mantenerle a usted en la ignorancia, pero también había un riesgo. Cuando usted descubriese lo que nos proponíamos, en compañía de Saris podría armar bastante jaleo. Es mejor obtener desde el principio su libre consentimiento.

»Para su propia ayuda, capitán, se le ofrece una espacionave tripulada con la que usted podrá localizar su propio planeta, si no le gusta ninguno de los que conocemos nosotros. No es necesario que se preocupe en lo de traicionar a Saris; no estará peor en Thor que en la Tierra. Además usted se hallará en posición de negociar y asegurar un buen tratamiento para su amigo. Pero necesito su decisión ahora.

Langley sacudió la cabeza en sentido negativo. Aquello era demasiado repentino.

-Déjeme pensar un poco... ¿Qué hay de la pandilla de Brannoch? ¿Se han puesto en contacto con usted?

-No. Yo sólo sé que se supone que tenemos que sacarlos de la torre de la embajada, en donde están confinados bajo arresto domiciliario y prepararles transporte hasta Thor. Tengo documentos del Tecnicado que nos llevarán hasta ahí dentro, si los utilizamos bien.

-¿No se han puesto ustedes en contacto con nadie?

No podía verse a través del rígido traje espacial, pero Valti debió de encogerse de hombros.

-Oficialmente, no. Con certeza, no con nosotros. Pero en la práctica, claro, los Trimanos deben tenar comunicadores secretos de frecuencia variable en su tanque, en donde la policía humana apenas se atrevería a registrar. Deben haber estado hablando a sus agentes de la Tierra por ese medio, a pesar de que lo que se hayan dicho es algo que ignoro. Chanthavar lo comprende también, pero hay poco que pueda hacer excepto destruir a los Trimanos y eso va contra el código de educación social. Esos señores de alto nivel social, aunque procedan de diferentes Estados, se respetan mutuamente, los derechos de uno y otro; nunca saben si algún día pueden encontrarse en el mismo aprieto.

-Vaya -Langley permanecía inmóvil, pero el conocimiento comenzaba a alzarse en él y quería gritarlo a los cuatro vientos.

No se había equivocado. El Tecnicado gobernaba la Sociedad. Pero había, tenía que haber, una complicación adicional y pensó haber captado su naturaleza.

-Se lo voy a preguntar, capitán -insistió Valti-. ¿Quiere ayudarnos?

-Si digo que no -contestó con sequedad el hombre del espacio-, supongo que su desencanto será bastante violento.

-Tendría que lamentarlo infinitamente -murmuró Valti, rozando la pistola desintegradora de su costado-. Pero algunos secretos son bastante importantes -sus ojos pequeños y pálidos examinaron a su interlocutor-. Quiero, sin embargo, aceptar su palabra si accede a ayudar. Usted es de esos hombres que respetan la palabra dada. También, poco puede usted ganar o nada traicionándonos.

Langley tomó su decisión: Era un salto en la incertidumbre, pero, de repente, sintió como una calma se alzaba dentro de sí, una seguridad que era como una mano tranquilizadora. Iba a ir a alguna parte otra vez. Podía ser sólo cruzar sobre un precipicio, pero iba a salir de la masa y a caminar como un hombre.

-Sí -dijo-. Me iré con ustedes. Sí...

Valti aguardaba.

-Las mismas condiciones que antes. La chica Marin, tiene que acompañarnos. Sólo que primero he de encontrarla Le di la libertad... debe de estar en alguna parte del nivel bajo. Cuando vuelva aquí, estaré dispuesto para partir.

-Capitán, eso puede tardar días...

-Eso es lo malditamente malo. Déme un buen puñado de dinero y efectuaré una investigación personal para localizarla.

-La operación está dispuesta para mañana. ¿Puede usted hacerlo para entonces?

-Eso creo... si me da bastante dinero.

Valti emitió un gruñido lastimero, pero buscó en sus bolsillos. Fue una bolsa muy abultada la que Langley ajustó en su cinturón. También consiguió un pequeño desintegrador, que enfundó debajo de su capa.

-Muy bien, capitán -dijo el comerciante-. Buena suerte. Le esperaré a usted en las Lunas Gemelas, a las 21:00 horas mañana por la noche. Si no...

-Lo sé -Langley se pasó significativamente un dedo a través de la garganta-. Allí estaré.

Valti se inclinó, se bajó el casco y se fue por donde había venido.

Langley pudo haber llorado y gemido de aguda excitación, pero no había tiempo. Salió del apartamento y recorrió los pasillos. A aquella hora no estaban desiertos. El puente-paso más allá estaba todavía más atestado pero cuando tomó un ascensor gravitacional hacia abajo iba a solas.

Se gritaba y se reía entre los comuneros; las multitudes se arracimaban en torno a él. Con aquella túnica universitaria inspiraba poco respeto y tenía que abrirse paso a empujones... hacia la Etie Town. Esa porción dedicada a los extranjeros estaba en las orillas de la zona inferior, pero en sí misma gozaba de orden y de buena policía. Había allí algunos seres humanos viviendo en sus proximidades.

Dentro de la zona, lo sabía, criados y gente a jornal. Un ser no humano no se interesa por las mujeres, excepto en su condición de sirvientas. Sería el lugar más seguro para una chica despedida de un alto nivel. Por lo menos, era el sitio más lógico donde comenzar su búsqueda.

Había sido un torpe aficionado, cuya parálisis mental creció con sus repetidos fracasos en un mundo de profesionales. Aquella sensación le había desaparecido por completo ahora. La magnitud de su determinación le prestaba una seguridad que era casi escalofriante. Esa vez, por Dios, nada iba a interponerse en su camino sin que se viese arrollado por su ímpetu.

Entró en una taberna. Sus clientes eran en su mayoría de una raza bípeda de cabezas estrechas, que no necesitaban condiciones especiales de atmósfera o de temperatura. Le ignoraron cuando cruzó la fantasmal masa de húmedos y esponjosos bares que eran sus favoritos. La luz era rojo fuerte, difícil para poder ver mediante ella.

Langley se acercó a una esquina en donde unos cuantos hombres con la librea de sirvientes pagados estaban bebiendo. Le miraron fijamente; debía ser la primera vez que un profesor llegaba a aquel lugar.

-¿Puedo sentarme? -preguntó.

-Hay mucha gente -le contestó un hombre de aspecto hosco.

-Le siento. Iba a invitar a una ronda, pero...

-¡Oh!, entonces bien, siéntese.

A Langley no le importó de ningún modo el constreñido silencio que cayó sobra ellos. Le convenía a la perfección.

-Busco una mujer -dijo.

-Cuatro puertas más abajo.

-No... una mujer en particular. Alta, pelo negro, acento de nivel superior. Creo que debe de haber venido hace unas dos semanas. ¿Alguien la ha visto?

-No.

-Ofrezco una recompensa por los informes. Cien solares.

Los ojos de todos parecieron desorbitarse. Langley advirtió la avaricia de algunos de los rostros y se echó hacia atrás la capa de modo casual pero fue sirviese para revelar el arma que portaba. Su posesión era un grave delito, pero nadie parecía inclinado a llamar a la policía.

-Bueno, si no podéis ayudarme tendré que probar en alguna otra parte.

-No... espere un minuto, señor. Tómeselo con calma. Quizás podamos -el hombre de rostro hosco miró en torno a la mesa-. ¿Alguno la conoce? ¿No? sin embargo, se podía preguntar por los alrededores.

-Claro -Langley sacó diez billetes de diez solares cada uno-. Eso es para que paguéis a los informadores. La recompensa va aparte. Pero no servirá de nada si no se la encuentra a ella dentro de... tres horas.

Su compañía se evaporó. Permaneció sentado, pidió otra bebida y trató de controlar su impaciencia.

El tiempo se arrastraba muy despacio. ¡Cuánta vida se gasta simplemente esperando!

Una chica se le acercó con una sugerencia. Langley la envió también a que buscase. Contempló sus cervezas: ahora, como nunca antes, tenía que conservar la cabeza clara.

A las dos horas y dieciocho minutos, un hombrecillo sin aliento corrió jadeando hasta la mesa.

-¡La he encontrado!

El corazón de Langley dio un salto. Se puso en pie, despacio.

-¿La viste?

-Bueno, no. Pero una nueva doncella respondiendo a la descripción que me dieron se contrató con un Slimer... un comerciante de Srinis, quiero decir... sólo hace once días. El cocinero me dijo que, después de haberle interrogado y buscado, esa chica parece distinta.

El hombre espacial asintió. Su deducción había sido correcta: la clase sirviente era más efectiva con su murmuración que un regimiento de policía para buscar a una persona. La gente no había cambiado tanto.

-Vamos -dijo y se dirigió hacia la puerta.

-¿Qué hay de mi recompensa?

-La recibirás cuando la vea. Controla tus emociones.

Bajaron por una amplia calle llena de extrañezas, el hombrecillo se detuvo ante una puerta.

-Es aquí. Sin embargo, no sé como entraremos.

Langley pulsó el llamador. Al poco la puerta abrió para revelar a un carnicero de proporciones formidables, pero ser humano. El americano estaba preparado para apartarlo a un lado y penetrar si era necesario.

-Perdóneme -dijo Langley-. ¿Tiene usted una nueva doncella, alta, pelo negro?

-Señor, a mi amo le gusta la intimidad.

Langley agitó sobre sus narices un rollo de grandes billetes.

-Malo. Eso me interesaba mucho. Yo únicamente quería hablar con ella.

Entró, dejando a su informante esperando fuera. El aire era espeso y húmedo, la luz de un verde fluido amarillento que dolía a los ojos. Los seres de los mundos exteriores empleaban sirvientes nativos para su prestigio, pero debían pagarles muy bien. El pensamiento de que él había sido quien impulsó a Marin a vivir en aquel pantano artificial era como unos dientes mordiéndole el alma.

Ella estaba de pie en el centro de una cámara llena de niebla. Gotas condensadas relucían en su cabello. Ojos no sorprendidos le miraron con gravedad.

-He venido -susurró. -Sabía que lo harías.

-¿Puedo... puedo decirte cuánto lo siento?

-No es necesario, Edwy. Olvídalo.

Regresaron a la calle. Langley pagó a su informante y consiguió la dirección de un hotel. Caminó hasta allí, cogiéndola de la mano, pero nada dijo hasta que estuvieron seguros y a solas.

Entonces la besó, medio temeroso de que ella lo rechazase. Pero la muchacha respondió con súbita hambre.

-¡Te amo...! -dijo él. Era un nuevo y sorprendente conocimiento. Ella sonrió.

-Creo que el sentimiento es mutuo.

Más tarde, le contó lo que había ocurrido. Era como encender una luz detrás de sus bellos ojos.

-¿Y podremos escapar? -preguntó con suavidad-. ¿Podremos empezar de nuevo? Si supieses lo que he soñado desde que...

-No tan de prisa -la seriedad le volvía; ponía un filo cortante en su voz mientras retorcía los dedos nervioso-. Esta es una situación bastante complicada. Creo que sé lo que hay tras ella... aunque quizás puedas tú ayudarme a completar la imagen.

«Me he probado a mí mismo que el Tecnicado fundó la sociedad y que la usa como espía y agente de infiltraciones económicas. Sin embargo, el Tecnicado está escondido en alguna caverna de alguna parte. No puede salir y supervisar los asuntos, tiene que confiar en la información que les suministran sus agentes. Algunos de estos agentes son oficiales, parte del gobierno solar; otros semioficiales, miembros de la sociedad; algunos verdaderamente, espías en otros planetas.

«Pero ya sabes que dos pueden jugar al mismo juego. Hay otra raza por aquí que tiene una mentalidad muy parecida a la del Tecnicado, una masa mental fría, impersonal, que planea con un siglo de anticipación y es capaz de esperar indefinidamente para ver cómo florece la semilla sembrada, Y esa es la raza de Thrym. Su práctica mental de unirse les hace de esa clase: Un individuo no importa, porque en un verdadero sentido real cada individuo es sólo una célula dentro de una enorme unidad. Tú puedes verlo operar en el caso de la Liga, en donde silenciosamente han ocupado las posiciones clave, se han hecho a sí mismos, amos tan gradualmente que los Thorianos apenas hoy se dan cuenta.

-¿Y crees que se han filtrado en la Sociedad? -preguntó ella.

-Sé condenadamente bien que si. No hay otra respuesta. La Sociedad no entregaría a Saris Brannoch si fuese verdaderamente independiente. Sé que el Tecnicado piensa que todavía posee la Sociedad y que ella jamás daría una ventaja a Centauro.

-Pero la va a dar, según tú dices -protestó ella.

-Ajaja. Aquí está la explicación tal como la veo. La Sociedad incluye una buena cantidad de razas, una de estas razas es la Thrymana. Probablemente no son oficialmente de Thrym. Pueden haber sido colocados en un mundo similar... quizás con cambios quirúrgicos en su aspecto físico... y hacerse pasar a sí mismos como nativos. Han conseguido hacerse miembros de la burocracia por el proceso normal del ascenso y, siendo capaces con el tiempo de subir bastante alto, no han podido por menos de conocer la verdad: que el Tecnicado estaba detrás de todo el espectáculo.

«¡Qué vendaval para todos! Deben haber introducido en la sociedad principios generales, para controlar otro grupo humano, pero también han conseguido progresos en el propio Tecnicado. Pueden preparar informes que consiguen de la Sociedad... no todos, sino bastantes. La fuerza ha de ahorrarse para ocasiones especiales, porque la máquina debe tener unidades comparadoras de datos. Tiene que ser capaz de sospechar, para poder trabajar. Esta es una ocasión especial.

«Chanthavar, Brannoch y Valti estaban todos actuando con propósitos cruzados porque no había habido tiempo para consultar al Tecnicado; de otra forma se habría dicho normalmente a Valti que no se metiese en el asunto, o al menos que cooperase, con Chanthavar. Cuando se informó el Tecnicado, ya lo sabes, este ordenó la libertad de Valti.

«Pero entonces los Thrymanos se pusieron a trabajar. Aún prisioneros, deben haber tenido contacto con sus agentes exteriores, incluyendo los Thrymanos de alto rango de la Sociedad.

«Yo no sé exactamente que de historias se han proporcionado al Tecnicado. Como hipótesis, sugiero algo así: un navío comercial acaba de volver con noticias de un nuevo planeta habitado por una raza que posee las habilidades de Saris. Han sido estudiados y se ha descubierto que no hay manera de duplicar artificialmente ese efecto nulificador. Los Thrymanos son perfectamente capaces de cocinar tal informe completo con datos cuantitativos y teorías matemáticas, apostaría a que sí.

«Está bien. Este informe, hipotéticamente elaborado para su propio bien, entregado a la Sociedad, llega hasta el Tecnicado. La máquina toma una decisión muy natural. Que los Centaurianos se hagan con Saris, que pierdan el tiempo investigando en un callejón sin salida. Tiene que parecer real, para que Brannoch no sospeche; por lo tanto, trabajar mediante Valti, sin informar a Chanthavar.

«Así que... el resultado final es que Centauro conseguirá el nulificador. ¡las primeras noticias que el Tecnicado tenga acerca de esto será que la flota invasora llega capaz de poner fuera de circulación a toda nave dentro del sistema solar!

Marin no respondió durante un rato. Luego asintió.

-Parece lógico -dijo-. Condenadamente lógico. Ahora recuerdo... cuando yo estaba en casa de Brannoch, poco antes de conocerte a tí, que él hablaba con aquel tanque. Mencionó algo acerca de que Valti le oponía dificultades y que se buscaba grandes pasos que le asesinasen y el tanque le prohibió hacerlo. ¿Tendremos que decírselo a Chanthavar?

-No -contestó Langley.

-¿Pero tú quieres que ganen los Centaurianos?

-Enfáticamente no. Yo no quiero una guerra en absoluto y dejar salir esta información de manera prematura sería el modo más seguro de comenzar la guerra. ¿No puedes ver el salvaje forcejeo que se armaría para cubrirse, para purgarse, para golpear en seguida antes de que el otro reaccionase?

«El hecho de que Brannoch mismo esté en la oscuridad, de que nada sepa acerca de este asunto importante de manera suprema de la Sociedad, me indica que Thrym no tiene exactamente su interés puesto en la Liga, tampoco. La Liga es sólo un medio para un fin mucho más grande y mortífero.

Alzó la cabeza.

-Hasta ahora, cariño, mis intentos por introducirme en este juego, han sido espléndidos y miserables fracasos... Estoy arriesgando nuestras dos vidas contra lo que creo que es el futuro de la raza humana. Parece bastante tonto, ¿verdad? Sólo un hombrecillo pensando que él puede cambiar la historia con su propio esfuerzo. Por esa alucinación se han causado muchos disgustos.

«Esta vez, aunque sea la excepción, no hay error en mi trabajo ni en mi juego... creo que puedo llevar a cabo algo que valga la pena. ¿Crees que tengo razón? ¿Te parece que tengo derecho incluso a probarlo?

Ella se le acercó y su mejilla se unió a la de él.

-Sí -susurró-. Sí, amor mío...

XVII

Langley no introdujo de contrabando a Marín en su apartamento.

Si la veían, era posible que no despertara macha expectación o comentarios, pero trató de ser discreto.

Luego, se sorprendió al dormir mucho mejor de como lo había hecho en las pasadas semanas. Al siguiente día, tomó microscopías de todos loa datos de la biblioteca sobre la Sociedad, también hizo que el robot le preparara un sumario y se metió el carrete en su bolsa. Era desalentador pensar, que dependía de tan tenues hilos de esperanza. El carácter de Valti era uno de ellos; pensó que el comerciante era capaz de sacudirse el acondicionamiento de toda su vida lo bastante como para mirar los nuevos hechos y razonar un poco ante las sutiles evidencias, ¿pero era seguro?

El sol se puso tras el horizonte. Langley y Marin comieron en el apartamento sin saborear lo que se les presentaba. La muchacha estaba pensativa cuando ambos se asomaron a ver el crepúsculo.

-¿Echarás de menos a la Tierra? -preguntó él.

Marin sonrió con suavidad.

-Un poco... De vez en cuando. Pero no demasiado, teniéndote a tí.

Langley se levantó y tomó unas prendas del armario que le parecieron apropiadas para que ella se cubriera. Con el pelo recogido dentro del gorrito, tenía un aspecto ingenuo... casi infantil. Parecía un estudiante jovencísimo.

-Vamos ya -dijo.

Bajaron hasta el vestíbulo, salieron a la terraza y cruzaron el puente-paso. La multitud reía y charlaba en su torno, alegremente vestida, saliendo en una inquieta búsqueda de placer. Las luces eran como una lluvia cortante e irisada.

Librodot

Langley trató de reprimir la tensión, dentro de sí mismo. No había nada a ganar con aquella serie acuciante de preguntas acerca de fuerzas coaligadas contra él.

«Cálmate, respira hondo, saborea el viento de la noche y la visión de las estrellas», pensó, *«Mañana puede que estés muerto».*

No pudo. Esperaba que su rostro no reflejara la tensión de sus nervios. *«Camina despacio, con gravedad, como corresponde a un hombre de cultura. Olvida que debajo del brazo llevas un arma mortal»*

Las Lunas Gemelas era una conocidísima taberna de clase ligeramente sombría, anidada sobre el tejado de encima del nivel bajo, precisamente a la sombra de la inmensa mole de metal que era la Torre de Empresas Interplanetarias. Al entrar, Langley se encontró en una atmósfera marciana: cielo verde-azulado oscuro, un canal moderno y un antiguo fragmento de desierto rojo. Había una atmósfera opaca de humo y las canciones marcianas de tono menor. Reservados se alineaban a lo largo de una pared cuyo aspecto recordaba las cavernas parduscas y sombrías de los hombres primitivos. En frente estaba el mostrador del bar y un escenario, sobre el cual una eodiasta bien formada estaba haciendo las más inverosímiles contorsiones con un gesto de inmenso aburrimiento. Por debajo de la música se percibía el ronroneo de las conversaciones propias de cualquier sala de fiestas.

20:45. Langley se acercó al mostrador.

-¡Dos cervezas! -pidió.

El robot extendió un brazo con vasos, los llenó con el mismo brazo y extendió una mano metálica en espera del dinero.

Un hombre con piel tostada por el sol y la gangliosa constitución de un marciano le hizo un gesto con la cabeza.

-No se ven a muchos profesores en un sitio como este -observó, con gesto afectado.

-Es nuestra noche libre -dijo Langley, intentando parecer amable.

-Supongo que también la mía. Estoy impaciente, sin embargo, por volver a casa. Este planeta es demasiado pesado. Claro que Marte también está muerto en estos días. Antaño gobernamos el Sistema Solar. Aquellos eran buenos tiempos. Ahora somos sólo niños obedientes al Tecnicado, como todo quisque.

Un uniforme negro se les acercó. El marciano cerró la boca y trató de poner aspecto inocente.

-Perdone, señor -dijo el policía tocando a Langley en el hombro-. Le están esperando.

Durante un momento... el mundo del hombre del espacio, pareció encabritarse. Luego reconoció bajo el casco el ahora rostro sin barba. Aquel hombre, allá en los subterráneos, fue quien disparó su desintegrador contra los agentes de Brannoch. Parecía haber ocurrido una eternidad atrás.

-Claro -dijo y le siguió. Marin continuó tras ellos.

Entraron en un reservado.

Estaba lleno de uniformes. Una forma voluminosa vestía armadura ligera de combate; la voz de Valti salió por entre el casco.

-¡Buenas noches...! Capitán... Señora... ¿Todo claro?

-Sí. Creo que todo está preparado.

-Por aquí. Tengo confianza con el dueño-. Valti oprimió con el dedo un lugar del dibujo del decorado. La pared posterior se abrió y las primeras escaleras que había visto Langley desde su época aparecieron a la vista. Conducían a una pequeña habitación superior

Librodot

en donde estaban dos uniformes de oficial militar ministerial-. Pónganselos -dijo Valti-. Creo que será mejor que parezcan aristócratas que esclavos. Pero déjenme hablar excepto cuando sea con Saris.

-Está bien.

Marin se despojó de la túnica y sin mostrar embarazo alguno pus ose el traje militar. Se levantó el cabello y lo disimuló dentro del casco de acero ligero, dejando que la capa cayera de sus hombros decididamente, podía pasar con facilidad por un Ministro adolescente al que se había ascendido recientemente para alguna misión de adiestramiento.

Valti explicó su plan, luego bajaron otra vez, salieron del reservado y se vieron en la calle. La partida era numerosa hasta cierto punto. Pero parecía una insignificancia si se pensaba que tenía que lanzarse contra todo el poderoso Sol.

Nada se dijo mientras los pasos-puentes les conducían hacia el centro de investigaciones militares en la parte occidental de la ciudad. Langley deseaba tomar a Marin de la mano, pero aquello era ahora imposible. Se puso a meditar en cambio.

Su destino era una torre que se alzaba al borde mismo del agudo acantilado que era como una muralla de la ciudad. Quedaba aparte de las construcciones vecinas y probablemente poseería cañones y armaduras tras su lisa fachada de plástico. Cuando el grupo de Valti llegó a la terraza central y se encaminó a la entrada, tres guardias esclavos salieron de una especie de nicho próximo. Se inclinaron al unísono y uno preguntó el motivo de la visita.

-Urgente y especial -contestó Valti. El casco que llevaba deformaba su acento-. Venimos para llevarnos cierto objeto de estudio en secreto y para conducirlo a un lugar más seguro. He aquí nuestros documentos.

Uno de los guardias sacó una especie de mesa llena de instrumentos. La autorización fue examinada microscópicamente; Langley dedujo que los documentos del Tecnicado tendrían algún invisible número cifrado que sería cambiado diariamente al azar. Varios hombres fijaron la vista en los pápeles y los compararon con algo que tenían registrado. Luego el efe de los centinelas asintió.

-Muy bien, señor. ¿Necesitan ayuda?

-Sí -repuso Valti-. Haga venir un camión cerrado de la policía. Saldremos pronto. Y no deje entrar o salir a nadie hasta que nos hayamos ido.

Langley pensó en los cañones automáticos escondidos dentro de las paredes. Pero la puerta se dilató para dejarle pasar y siguió a Valti por el pasillo. Pasaron por delante de varias estancias pequeñas, pero el personal en ellas no interfirió; luego tuvieron que detenerse en un segundo punto de inspección. Después de eso entraron en la prisión de Saris; los papeles les señalaron su emplazamiento.

El holatano estaba acostado en un diván tras las rejas. El resto de la cámara era una enigmática selva de equipo de laboratorio. Había centinelas con armas mecánicas y electrónicas y un par de técnicos trabajaban en una mesa. Tuvieron que llamar a sus jefes para otra discusión antes de que soltaran al cautivo.

Langley se había acercado a la celda. Saris no hizo el menor signo de haberle reconocido.

-Hola -dijo con suavidad el americano en inglés-. ¿Estás bien?

-Sí. Hasta ahora se me han hecho medidas eléctricas y de otra clase. Pero es penoso estar enjaulado.

-¿Te han enseñado su idioma?

-Sí. Muy bien, mejor que el inglés.

Langley se sintió débil de alivio. Todo su precario plan había dependido de esta presunción y de la sorprendente habilidad lingüística del holatano.

-He venido a sacarte de aquí -dijo-. Pero costará un poco. Tendrás que cooperar y arriesgar el pellejo.

-¿Mi vida? -había amargura en el tono de la respuesta-. ¿Es eso todo? Pues... ahora no es mucho.

-Marín conoce los hechos y cual es mi plan, ahora se te dirá. Pero seremos tres contra todos los demás.

Rápidamente el hombre le explicó lo que sabía y el plan elaborado.

Los dorados ojos destellaron con una luz fiera y rápida y sus músculos se contrajeron por debajo de la piel. Pero dijo sólo:

-Está bien. Lo probaremos así.

El tono de voz sólo demostraba aburrimiento y desesperanza.

Valti impuso su criterio al supervisor. Una larga caja metálica con diversos agujeros para respirar fue introducida mediante una suspensión aérea antigravitacional. Saris se metió en ella al salir de la celda y la tapa se cerró sobre él.

-¿Nos vamos, Milord? -preguntó Valti.

-Sí -respondió el americano-. Todo está ya ultimado.

Varios hombres empujaron la flotante caja por los pasillos. Incluso sin peso la inercia del objeto era considerable y poner en marcha la unidad autopropulsora podría hacer sonar a las alarmas automáticas. Cuando llegaron a la terraza, una gran nave ligera de color negro les esperaba. El recipiente de Saris se colocó en la parte trasera, los hombres se amontonaron en la cabina y Valti la puso en marcha hacia la embajada centauriana.

Langley dudó en poner ahora en práctica su plan antes da que entraran en contacto con el siguiente enemigo. ¿Dejar de lado por completo a Brannoch? No. No había tiempo. Y Saris estaba casi impotente bajo una cerradura mecánica. Langley se mordió el labio y esperó.

El vehículo-camión volador se detuvo cerca de la torre de la embajada de la que la Liga poseía el tercio superior para apartamentos y oficinas. Valti condujo a la entrada a la mitad de su grupo. De nuevo tuvo que sacar documentos y sufrir una nueva inspección; Chanthavar mantenía el lugar bien vigilado. Esta vez sus órdenes aparentes eran llevarse cierto personal clave centauriano; dejó sospechar que era un viaje de ida sólo y el jefe de la guardia sonrió.

-Haga que entren la caja -le recordó Langley.

-¿Qué? -preguntó asombrado Valti-. ¿Por qué Milord?

-Pueden intentar algo a la desesperada. Ya sabe. Eso les sorprenderá. Mejor es estar preparados.

-Pero el... mecanismo... funcionará adecuadamente, milord.

-Seguro. Lo he revisado.

Valti osciló indeciso y Langley sintió que el sudor le humedecía las palmas de las manos. ¡Si el comerciante decía que no...!

-Está bien, Milord. Puede que sea una buena idea.

La caja entró oscilando por una puerta abierta. No se veía a nadie; los peces pequeños probablemente estarían durmiendo en sus propias habitaciones. La puerta particular de Brannoch quedaba delante, se abrió al acercarse y el thoriano asomó a ella su enorme mole.

Librodot

-¿Qué es esto? -preguntó con frialdad. Su corpachón se contraía debajo del pijama llamativo, que vestía, como si se preparase para un desesperado salto final hacia sus armas-. Yo no le invité.

Valti se echó atrás el casco.

-Puede que usted no lamente una visita, milord -dijo.

-¡Ah!, ¿usted? Y también Langley, y... entre -el gigante les condujo a su sala de estar-. ¿Qué pasa ahora?

Valti se lo explicó. La alegría del triunfo hacía que el rostro de Brannoch pareciera inhumano.

Langley permaneció junto al ataúd metálico flotante. No podía hablar a Saris, no podía prevenirlo de nada ni decirle *ahora*. El holatano yacía a ciegas en una oscuridad de hierro. Sólo sus sentidos y sus facultades mentales podían llegar más allá de su cárcel.

-¿Lo habéis oído, Thrymicanos? -gritó Brannoch-. ¡Vamos! Llamaré a los hombres.

-¡No!

Brannoch se detuvo en mitad de su movimiento.

-¿Qué pasa?

-No los llames -dijo la voz artificial-. Nos lo esperábamos. Ya sabemos lo que hacer. Te irás con ellos solo; te seguiremos pronto en nuestro vehículo.

-¿Qué diablos espaciales...?

-¡*De prisa*! Hay en juego más de lo que te supones. Chanthavar puede venir en cualquier instante y nos queda mucho que hacer todavía.

Brannoch dudaba. Si se le daba un momento para pensar recordaría las habilidades de Saris, advertiría el súbito ligero cambio en el acento de sus thrymanos. Pero acababa de levantarse de dormir, aún estaba con el sueño pegado a los párpados, estaba acostumbrado a obedecer las ordenes de los Monstruos...

Valti le empujó. El alivio se hizo evidente en su florida palabrería.

-Tiene razón, milord. Sería diabólicamente difícil sacar ese tanque enorme sin despertar sospechas, llevaría minutos convocar a los hombres. ¡Vámonos!

Brannoch asintió, se puso un par de zapatos y salió por la puerta entre sus supuestos guardianes. Langley dirigió una mirada de reojo a Marin, el rostro de la muchacha estaba blanco por la tensión. Espero que el alocado tronar de su corazón no fuera audible.

Hasta ahora, todo bien. Detenerse en la embajada era inevitable, pero la oposición extra recogida allí tenía que reducirse a un hombre... y a un hombre a quien la conciencia de Langley impelía a que se le contara, la verdad.

Saris no sólo había tenido por misión controlar los micrófonos dé los thrymkanos, sino cortocircuitar los dispositivos de su mecanismo antigravitacional y dejarlos sitiados, inmóviles, desamparados, allí donde estaban; ¿lo habría logrado? ¿Era lo bastante fuerte? ¡Quizás!

Sería extraño, sin embargo, si aquellas agudas y suspicaces inteligencias se contentaran con un dispositivo que les dejara prisioneros en caso de accidente. Debería haber mecanismos para reparar el aparato, herramientas robots controlables desde el interior del tanque. Seguramente habría medios de avisar a todo el anillo de espías centaurianos y saboteadores, arrojándoles para que rompiesen el cerco de Chanthavar y condujesen a los monstruos pensantes a una nave espacial que emprendiera la huida.

Los thrymanos se escaparían. No había manera de impedirlo. Probablemente les perseguirían. Y Chanthavar no podría dormir en paz mucho más tiempo, tampoco. La pregunta era si el grupo de Valti podría colocarse fuera del alcance de un rayo rastreador antes de que alguno de los otros partidos entrase en acción.

«Será interesante saberlo», pensó Langley.

XVIII

En su propio mundo relegado al olvido, ellos jamás habrían llegado tan lejos. De algún modo, a lo largo de la línea, habría habido un hombre con bastante independencia de mente como para saltarse a la torera los procedimientos reglamentarios y no esperar a que sus superiores tomaran una tardía decisión. Pero un esclavo no se educa y adiestra para que piense por si mismo. Esa podría ser la razón por la que la libertad, inestable, ineficiente, consecuentemente impulsada hacia el olvido una y otra vez, todavía se alzara de nuevo a través de la historia.

El vehículo volaba suave y rápido por el oscurecido planeta. Lora se convirtió en una luminosa constelación sobre el horizonte y luego desapareció. Sólo noche podía verse. Langley dudaba poder volver algún día a la ciudad. Pasó como un relámpago por encima de su experiencia durante unas pocas semanas pero ahora era como si ella y sus millones de habitantes nunca hubieran existido. Ello le daba alguna comprensión acerca de la filosofía de Valti su manera de aceptar lo no permanente y lo subyugado como esencial al estado general de las cosas.

El rostro recosido de Brannoch se recortaba en la sombra por la débil luz del panel de: instrumentos.

-¿Sabe por qué ha decidido ayudarnos la Sociedad? -preguntó.

-No... no lo sé... milord... -respondió el comerciante.

-Hay dinero en alguna parte. Mucho dinero. A menos que ustedes planeen alguna traición... -durante un momento los dientes rechinaron, blancos y relucientes, luego el thoran soltó una carcajada-. No. ¿Por qué se molestarían conmigo después de todo, si no fuera, por el propósito que usted me apuntó?

-Claro, milord, pero... supongo que la liga estará desagradecida a mis esfuerzos.

-¡Oh!, sí, sí, no tema, tendrá su pellizco.

El vehículo decantó hacia un pequeño bosque, Valti tomó la palabra.

-Ahí tengo un volador que nos conducirá al crucero, ¡Tengan la bondad, caballeros!

Un disparo segó la cerradura de la caja de Saris. El holatano salió de un ágil salto y el grupo se adentró por entre los árboles.

-Todos llevan armas de energía -murmuró Saris en inglés- Todos menos uno, aquel tipo alto allí, ¿podrás dominarle?

-No tendré más remedio que poder hacerlo -dijo Langley entre dientes.

El volador apareció enorme en el claro, como una columna de noche.

-¿Dónde está el resto del grupo? -preguntó Brannoch mientras subía por la escalerilla hacia la hermética esclusa de la nave.

-Cómodamente durmiendo en sus camas, milord -repuso Valti. Su voz sonó alta y llana en la inmensa calma.

En alguna parte, lejos, los grillos cantaban, es probable que esta sea la última vez que los oigo cantar, pensó Langley. Eran veinte hombres los que tenía que capturar.

Aquella espacionave, aunque en realidad no era más que una lancha destinada al transporte desde la Tierra hasta los cruceros en órbita, estaba diseñada con miras más hacia la velocidad que al confort. Una sola habitación contenía asientos para el pasaje y el puesto del piloto. Valti se desembarazó de su armadura plantó su enorme trasero en el sillón de mando y sus dedos iniciaron una graciosa danza por encima del panel. La lancha se estremeció y saltó hacia el firmamento.

La atmósfera cayó atrás. La Tierra giraba enorme y bella e inalterable contra una cortina de iridiscentes estrellas. Langley la miró con el pesar de las despedidas.

«Adiós, Tierra. Adiós, colinas y bosques, altas montañas, llanuras ventosas, gran piélago de Océanos bañados por la luna. Adiós, Peggy».

Un computador charlaba en voz baja para sí. Las luces parpadeaban en el panel. Valti cerró un conmutador, suspiró con cansancio y se volvió a los demás.

-Está bien -dijo-. Vamos ya en vuelo automático, a alta aceleración. Llegaremos a nuestra nave dentro de media hora. Pueden ustedes descansar.

-Eso es más fácil de decir que de hacer -gruñó Brannoch.

La quietud creció dentro de la estrecha cámara metálica.

Langley miró a Saris. El holatano asintió, aunque de manera débil. Marin vio el gesto y su propia cabeza lo repitió. Era la hora.

Langley apoyó la espalda en la pared cercana a los mandos. Sacó su desintegrador.

-No se muevan -dijo.

Alguien maldijo. Un arma saltó con cegadora velocidad. No llegó a disparar.

-Saris controla cada arma de aquí excepto la mía y la de Marin -explicó Langley-. Será mejor que permanezcan quietos y escuchen... ¡No, no lo haga!

Lanzó un rayo al hombre alto de la pistola antigua. El comerciante se doblegó con un gemido, mientras el arma cayó al suelo.

-¡Lo lamento! -Langley hablaba bajo-. No quiero hacer daño a nadie. Pero hay mucho en juego. ¿Quieren darme ocasión de explicarme?

-Capitán... -Valti se incorporó.

Marin le obligó a reprimirse con un gesto de amenaza. Saris, agazapado en un rincón de la estancia, temblaba a causa del esfuerzo.

-Escúchenme. -Langley sintió un vago enojo al ver que su tono sonaba tan suplicante. ¿Acaso no es el amo aquel que está empuñando un arma?

Pero los ojillos de Valti iban sin cesar de un lado para otro como buscando cualquier oportunidad de hacerse con el control de la situación. Las piernas de Brannoch estaban juntas y replegadas bajo su asiento, prestas para saltar. Los comerciantes espaciales gruñían, reuniendo valor para abalanzarse sobre él y dominarlo por el número.

-Quiero explicarles unos cuantos hechos -prosiguió Langley-. Todos ustedes han sido marionetas manejados a capricho por una de las mayores y más aparatosas intrigas de la historia. Ustedes piensan que actúan por su propio bien... Valti, Brannoch... pero voy a demostrarles lo contrario. En cualquier caso hay media hora de espera, así fue nada les impide escucharme.

-Adelante -exclamó Brannoch con voz gruesa.

El americano dio un suspiro tembloroso y se lanzó a relatar lo que sabía: la sumisión de la Liga, del Tecnicado y de la Sociedad a una potencia extranjera y hostil trabajando para sus propios fines.

Dio a Valti el carrete que llevaba consigo y el comerciante lo colocó en un aparato lector y lo estudió con deliberada y enloquecedora lentitud. El reloj desgranó indolentemente los minutos y la Tierra retrocedió a popa de la nave. La habitación era calurosa y silenciosa. Valti alzó la vista.

-¿Qué va usted á hacer si no coopero? -preguntó.

-Obligarle. -Langley agitó su arma.

La peluda y roja cabezota osciló y en su figura panzuda apareció una curiosa dignidad.

-No. Lo siento, capitán, pero de nada le valdría. Usted no sabe manejar una espacionave moderna. No sabe hacerlo y mi viejo esqueleto no vale tanto como lo que haría en su beneficio.

Langley enfundó su desintegrador.

-¡Está bien!

Parecía una cosa arriesgada, pero Valti se limitó a asentir y a ocupar el puesto del piloto.

-Casi hemos llegado -dijo-. Es hora de poner los frenos y conjugar velocidades.

La espacionave creció enormemente. Era un largo cilindro negro, flotando a través de la inmensidad estrellada. Langley vio destacarse sus torretas artilleras contra la lechosa luminosidad de la Vía láctea. Se produjo una leve conmoción, se oyó el ruido metálico de dos planchas de acero al entrar en contacto y la lancha unió su escotilla de manera hermética con la de la gran nave.

-¡Puestos de combate! -exclamó Valti-. Puede venir conmigo, capitán.

Se lanzó hacia la salida.

Langley se detuvo junto a Brannoch. El gigante le miró y le obsequió con una sonrisa salvaje.

-Buen trabajo -dijo.

-Mire -respondió el americano-, cuando se liberte, vuele de aquí, pero no se vaya demasiado lejos. Escuche cualquier conversación por radio. Piense en lo que le he dicho. Luego, si es usted prudente, se pondrá en contacto con Chanthavar.

-Puede... que lo haga.

-Si... en bien de la Sociedad.

-¡Yo no!

La respuesta de Valti restalló como un disparo de pistola.

-Usted, sí, señor, o personalmente romperé el cuello encima de mis rodillas. En este viaje yo soy el patrón. ¿Debo leerle los artículos concernientes a la obediencia absoluta a su patrón?

-Yo... sí, señor. Pero redactaré una queja en...

-¡Claro que lo hará! -asintió Valti animoso-, y yo estaré a su lado, en el despacho, llenando el impreso de mi reclamación.

Los desintegradores comenzaron a caer a los pies de Langley. Saris se dejó derrumbar en un diván temblando de agotamiento.

-Aten a Brannoch -ordenó el americano.

-Claro... ¿Perdona la libertad, milord? Le dejaremos en este volador, usted podrá libertarse y marcharse a su placer.

Brannoch le miró con ojos asesinos, pero se rindió.

-¿Satisfecho, capitán? -preguntó Valti.

-Quizás. ¿Por qué me cree ahora?

-En parte por las pruebas que me mostró, en parte por vuestra propia sinceridad. Siento respeto por su inteligencia.

-Alguien ha enfocado sobre nosotros un rayo rastreador. Nos están siguiendo.

-¿Quién? ¿Muy lejos? ¿Muy de prisa? -Brannoch disparó las preguntas como un perro hambriento.

-No lo sé. Pueden ser sus amigos de Thrym, puede ser Chanthavar. -Valti jugueteó con algunos botones y consideró la lectura de los diales-. Una nave de buen tamaño. Corre más que nosotros, pero les llevamos nuestros buenos diez minutos de delantera. Costará algún tiempo calentar los generadores para un salto interestelar, así que puede que tengamos que pelear durante ese rato -sus ojos estaban fijos en Langley-. Si el buen capitán nos lo permite.

El americano expelió el aire de sus pulmones con un escalofrío.

-No. Antes que eso les dejaré que nos vuelen a todos.

Valti emitió una risita.

-Sepa, capitán que le creo... a usted y a su fantástica hipótesis.

-Eso tendrá que demostrarlo -contestó Langley.

-Lo haré. Hombres, por favor, arrojen hacia aquí todas sus armas. El capitán nos vigilará a todos, si no lo considera muy aburrido.

-¡Aguarde un momento! -un nómada se puso en pie.

-¿Va a ir usted en contra de las órdenes de los jefes?

Brannoch nada dijo, pero sus ojos eran como fichas azules de piedra.

-¿Es que no lo comprende, hombre? -gritó Langley-. ¿No puede pensar?

-Sus pruebas son muy poco consistentes capitán. Todos esos hechos son susceptibles a otras interpretaciones.

-Cuando dos hipótesis entran en juego, escójase la más sencilla -sentenció Marin, con aire de profeta.

Valti se sentó. Descansó su barbilla sobre un puño, cerró los ojos y de repente pareció muy viejo.

-Puede que tenga razón -dijo Brannoch por fin-. Hace tiempo que me venía yo sospechando de esos monstruos. Pero ya trataremos más tarde con ellos... después que Thor haya conseguido una posición más fuerte.

-¡No! -gritó Langley-. ¡Ciego, loco sanguinario! ¿es que no lo ve? Todo este asunto ha sido maquinado por ellos. Deben considerar a los hombres como gusanos peligrosos. No pueden conquistarnos por sí mismos, pero pueden hacer que nos desangremos en luchas fraticidas. ¡Entonces ellos reirían triunfantes!

Sonó una campana. Langley volvió la cabeza y giró en redondo al oír el grito de Marin. Brannoch casi estaba encima de él. Hizo retroceder al centauriano con un ademán, que sonrió imprudentemente, pero dejó que Valti se acercara al panel de instrumentos.

El comerciante se volvió y anunció con llaneza:

-Dios le ampare si no. Adiós, Brannoch.

Langley cruzó la escotilla. Era el último en salir y la puerta de la gran nave se cerró tras él. No conocía la distribución de aquel crucero, pero siguió su instinto y recorrió los largos pasillos. En su torno se percibía un rugir de máquinas; la espacionave se preparaba para luchar.

A los pocos minutos localizó la cámara de control principal. Valti estaba allí sentado, con Marin y Saris remoloneando, al fondo. La nave debía ser casi por entero automática, un robot en sí, para que pudiese conducirla un hombre solo.

Un globo estelar daba el simulacro de la fría oscuridad exterior saturada de constelaciones. Valti localizó un puntito móvil en el globo y ajustó la telepantalla para ampliar la visión. La nave que se acercaba era una esfera de acero.

-De construcción thrymana -dijo Valti-. Conocería sus líneas en cualquier parte. Veamos qué tienen que decirnos.

Pulsó los botones de la radio.

¡Thrymanos! Entonces debieron escapar casi nada más irse los otros, disparando las armas que indudablemente poseían en algún lugar de su tanque, llegando hasta algún escondido navío de guerra y partiendo al espacio a una velocidad casi imposible. Deberían conocer la órbita de la nave de Valti gracias al Tecnicado. Langley se estremeció. Marin se apretó contra él.

-¡Hola, Thrym! -Valti habló casi con indiferencia. Ojos y manos se movían aún, pulsando botones, ajustando diales, observando las luces indicadoras que flameaban de un departamento a otro.

La voz mecánica respondió de manera estridente:

-¡Han sido seguidos! Si son sensatos, se rendirán inmediatamente. Los patrulleros solares nos han aplicado un rayo rastreador. Nos siguen de cerca y antes de permitirles que se apoderen de ustedes, lo destruiremos todo.

-¡*Solares*! -Langley emitió un silbido. Chanthavar había sido muy rápido en entrar en acción, según parecía. Pero, claro, la fuga de los thrymanos le habría alertado mucho más que cualquier otra cosa.

-Parece que la fiesta pronto tendrá demasiada gente -murmuró.

Valti bajó un conmutador. El globo celeste reflejó diminutos puntitos de fuego que debían ser explosiones fenomenales.

-Las naves pelean entre sí -observó tranquilo-. Nuestra tripulación tiene poco que hacer excepto estar alerta con los controles de emergencia para el caso de que recibamos un impacto directo.

Las dos naves maniobraron, lanzando su propio tonelaje a través del cielo tan ligeramente como si fueran ágiles danzarinas. Proyectiles nucleares partieron raudos para ser destruidos y aniquilados por proyectiles anti proyectiles. Los rayos de energía de largo alcance hurgaron el firmamento con sus fogonazos. Todo lo que Langley notó fue el ulular de los generadores, la loca danza de las chispitas del globo y el afanoso cliquear del cerebro robot entre la nave.

Saris gruñó hambriento.

-¡Si pudiera salir! -exclamó rabioso-. ¡Les clavaría los dientes a todos!

Langley atrajo a Marin hacia sí.

Librodot

-Puede que nos destruyan antes de que podamos largarnos -dijo-. Me siento terriblemente impotente.

-Lo hiciste muy bien, Edwy -respondió ella.

-Bueno... lo intenté. Te amo, Marin.

Ella suspiró con gran felicidad.

-Con eso basta.

Las paredes temblaban y el aire estaba lleno de cólera.

Una voz sonó por el intercomunicador.

-Por poco nos dan en Siete, señor. Las placas exteriores están abolladas por la expansión de la explosión de energía, pero todavía no se pierde aire.

-Adelante -dijo Valti.

Incluso una explosión nuclear tenía que ser muy próxima para causar mucho daño en el vacío. Pero una simple granada que tocara a la nave antes de estallar haría de ella una lluvia de acero fundido.

-Aquí llega Chanthavar -dijo Valti-. Tengo una idea. Estaré a la escucha por la radio así que... -dio vuelta a una llave-. ¡Hola, Thrym! ¡Hola! Los solarianos caerán sobre nosotros dentro de un instante. Les tengo más fobia a ellos que a ustedes, así que, zanjemos nuestras diferencias un poco más tarde, ¿de acuerdo?

No hubo respuesta. Los thrymanos jamás desperdiciaban palabras y debían reconocer aquel fraude tan diáfano.

Pero dos cruceros solares describieron un círculo próximo y ellos sí que lo oyeron. El más próximo describió un arco gracioso que habría sido imposible sin impulsión gravitatoria, y abrió fuego contra la nave thrymana. Valti lanzó un «viva» y lanzó su nave hacia adelante. Un navío no podía hacer frente al ataque de otros dos.

Las pantallas no transmitieron aquella detonación cegadora. Rehusaron la carga, se pusieron blancas y cuando volvieron a funcionar unos segundos más tarde, los thrymanos eran una nube de gas que se expandía rápidamente.

Las dos naves solares describieron un circulo precavido, sondeando a los nómadas con unos cuantos rayos y granadas. Tronó una sirena. Valti rióse estrepitosamente.

-La superimpulsión está lista. Ahora podemos irnos de aquí.

-¡Espere! -dijo Langley-. Llámeles. Quiero hablarles.

-Pero pueden caer sobre nosotros mientras hablamos y...

-¡Maldito sea, hombre! ¡La Tierra tiene derecho a saberlo también! ¡Llámeles! ¡Llámeles inmediatamente!

Pero fue Chanthavar quien entró primero en onda. Su voz sonó crispada.

-¡Hola! Aquí Sociedad... Deténganse para ser abordados...

-No tan de prisa, hermano... -Langley se asomó por encima del hombro de Valti, buscando el auricular. ¡Nos basta dar a un interruptor para vernos a diez años luz de distancia! ¡pero tengo algo que decirle...!

-¡Oh...! ¿Usted? -el tono de Chanthavar tenía algo de comicidad impertinente-. ¿Usted otra vez? ¡Mis respetos hacia los aficionados ha crecido mucho esta noche! ¡Me gustarla tenerle entre mi personal!

-¡Pues no tendrá este gusto! ¡Lo siento! Ahora escuche: -Langley le explicó lo que sabía tan de prisa como pudo...

Hubo luego un silencio expectante. Después Chanthavar dijo despacio:

-¿Puede demostrarlo...?

-Usted puede demostrárselo a sí mismo. Estudie los mismos documentos que yo. Reúna a cuantos agentes centaurianos pueda y, después, les interroga... los thrymanos deben tener en su nómina a algún humano. Ponga los hechos y las hipótesis ante el Tecnicado, pídale una reevaluación... Debe ser capaz ese gran cerebro de sumar dos y dos.

-Puede... puede que tenga usted razón, Langley. Es muy posible.

-Puede apostarse el cuello a que la tengo. Los thrymanos no nos pueden utilizar. Somos para ellos tan monstruosos como ellos lo son para nosotros y la guerra que sostuvimos les convenció de que nosotros somos peligrosos, aun para con los de nuestra raza. Su objetivo debe ser, poco más o menos, el exterminio de todo ser con vida. Quizás me equivoque... pero ¿puede uno correr el riesgo de comprobar esta hipótesis tan probable...?

-No -repuso Chanthavar con sosiego-. Creo que no.

-Prenda a Brannoch. Flota por algún lugar cercano. Usted, él y la Sociedad -todos los planetas- van a tener que enterrar sus pequeñas ambiciones. Si no lo hacen, están acabados. Juntos, pueden enfrentarse ante cualquier poder.

-Necesitaremos ese nulificador.

-No. No lo necesitan. No se puede conquistar un planeta del tamaño de Thrym, pero pueden ustedes hacer retroceder a sus nativos y mantenerles en su sitio si compaginan sus posibilidades. Después, será beneficioso para ustedes saber que «alguien» en la galaxia, en un planeta de hombres libres, posee un arma que no puede contrarrestar nadie. Incluso eso puede sugerirles algunas ideas para libertarse ustedes mismos... ¡Adiós, Chanthavar! ¡Buena suerte!

Desconectó el transmisor y se puso en pie, sintiendo una súbita y enorme satisfacción íntima... Como si acabase de cumplir con algo que le estaba designado desde antes de la consumación de los siglos...

-¡Está bien! -dijo-. ¡Viajaremos!

Valti le dirigió una mirada especial. Sólo más tarde, al evocarla identificó Langley como la mirada de adhesión que un hombre dedicaría a su jefe.

-Será mejor que vayamos primero a Cisne y dejemos que la Sociedad... la verdadera Sociedad... sepa todo.

-Sí -asintió Langley-. Después a Holat, para construir las defensas que prometimos a Saris... ¡Volverás a tu patria, Saris!

La negra y grande cabeza se frotó contra las piernas cariñosa.

-¿Y después? -preguntó Valti; sus manos estaban posadas sobre el panel de control, preparadas para iniciar el salto.

-Y después... -exclamó Langley con una sonrisa de satisfacción-, ¡Marin y yo partiremos en busca de un mundo en el que «nos» podamos sentir como en la patria!

-¿Les importaría que me fuera con ustedes? -sugirió Valti tímidamente.

Marin cogió la mano de Langley. Se miraron sin ojos para ninguna otra cosa más. Y, cuando volvieron a mirar a su alrededor...

¡Había un nuevo sol en el firmamento...!

O, por lo menos, ellos así lo creyeron.